

# **La jaula de oro**

**Shirin Ebadi**

**Traducción de Helena Aguilà Ruzola**



Primera edición: junio de 2009

Título original: *La gabbia d'oro*  
© 2008 RCS Libri S.p.A., Milán  
Todos los derechos reservados

© Shirin Ebadi, 2008  
© De la traducción, Helena Aguilà Ruzola, 2009  
© La Esfera de los Libros, S. L., 2009  
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos  
28002 Madrid  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-9734-853-9  
Depósito legal: M. 20.972-2009  
Composición: Pacmer, S. A.  
Impresión: Cofás  
Encuadernación: Méndez  
Impreso en España-*Printed in Spain*

## ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

## RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio. (Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

## AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

## PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

## Prólogo

—Espérame aquí, vuelvo enseguida —le dije al chófer del coche de alquiler.

A través del espejo retrovisor, comprobé si el pañuelo me cubría el cabello, aunque no tenía por qué preocuparme: el calor me lo había pegado a la frente. Al bajar del vehículo, me asaltó el aire tórrido del desierto de Javaran; aquello era un horno. Estábamos en pleno agosto, y el bochorno era insoportable. Por un momento, pensé en volver dentro, al amparo artificial del aire acondicionado. No, no podía hacerlo, era imposible. Me sujeté bien el bolso al hombro y eché a andar con paso ligero. Al llegar junto a las viejas tumbas de comunistas y bahaíes, me acerqué a la multitud que se iba agolpando.

Debían de ser las fosas comunes. Una extensión informe de hierba y tierra, sin vallar. Los cuerpos de miles de disidentes políticos, caídos bajo los disparos de los pasdarán, los guardianes de la Revolución, se amontonaban unos encima de otros, como espigas segadas. Ni siquiera merecían un funeral o un entierro en un cementerio musulmán. No eran sólo *zed e enguelab*, contrarrevolucionarios, sino también comunistas. «Nada de ceremonias. Como mucho, os haremos saber dónde está el cuerpo.» Eso era cuanto les decían a los familiares de las víctimas. La muerte se descubría tras semanas, meses de silencio, incertidumbre, ausencia. Así ocurrió con Yavad.

Yo estaba allí por él. En los últimos años habíamos perdido el contacto, pero siempre lo llevaría en mi corazón. A él y a toda nuestra generación violada, despedazada por medio siglo de ideologías que luchaban por dominar mi país. Nuestra noble Persia, el desventurado Irán. Ese día sofocante yo estaba allí por Yavad, de quien la historia me había separado. Y por París, Abás, Alí y todos los demás. Para reparar los años de incomprensión y alejamiento, borrar las palabras de odio y hallar otras, las de nuestra antigua amistad.

Me uní al nutrido grupo de mujeres y hombres. Llegaban de todas partes despacio, como una migración. Madres, esposas y hermanas que sujetaban rosas o claveles rojos entre sus manos. Eran muy distintas en todo, pero todas tenían la mirada digna y sin lágrimas. Muertos como éstos sólo pueden llorarse en casa.

En el centro de la multitud, reconocí a una mujer a quien llamaban la Madre, la portavoz de su dolor. Se movía con dificultad entre la gente. Bajo el pañuelo se entreveía su cabello cano y escaso. Unos setenta años. Su hijo, un ingeniero que había estudiado en Estados Unidos, estaba enterrado en algún lugar de Javaran.

La Madre alzó lentamente el brazo y tomó la palabra. El murmullo cesó.

—Hoy estamos aquí para recordar. Sabemos muy bien que la sangre no se lava con

sangre. Somos mujeres, no guerrilleros. Esposas, madres, hijas y hermanas que han visto ya demasiada violencia. Matar a los asesinos no va a devolver a las víctimas a sus hogares...

—¡Calla, infiel! ¡No eran víctimas, sino traidores, *zed e enguelab*, y debían morir!

La voz resonó en el aire tenso, por encima de nuestras cabezas. Busqué con los ojos a la mujer que había hablado. Un chador negro la envolvía de pies a cabeza.

Vi que estábamos rodeados de mujeres y hombres del *goruh e feshar*. Una vez más, las fuerzas que atacaban y dispersaban las manifestaciones estaban listas para entrar en acción.

Nos agrupamos en busca de protección, hombro con hombro, sin saber qué hacer. Recordé las palabras que me había dicho mi madre cuando salí de casa:

—Shirin, *yun*, querida, no vayas; es peligroso.

Me vino a la mente la idea de que, tal vez, al año siguiente, le tocaría a mi madre celebrar un rito funerario por su hija.

Los *goruh e feshar*, como si obedeciesen una orden tácita, sacaron cadenas y cuchillos. Estaban a punto de agredirnos. A nuestro alrededor, sólo silencio y el olor compacto de nuestro miedo.

Se lanzaron al ataque del círculo más externo. La multitud se disgregó. Las mujeres corrían en todas direcciones, esquivando patadas y puñetazos. Los *lebas shajsi*, los agentes de paisano, alcanzaron enseguida a los pocos hombres que había.

—Así aprenderéis —refunfuñaban mientras golpeaban espaldas con sus porras—. ¡Estas concentraciones de traidores se tienen que acabar! Vuestros hijos no merecen ninguna ceremonia. Eran enemigos de Alá y de Irán. Haberlo pensado antes. Haberles inculcado los verdaderos valores. ¡Han muerto por vuestra culpa!

Y arrastraban a sus víctimas medio inconscientes, dejando finos regueros de sangre en la arena. Casi todas las personas que había en el suelo tenían el pelo cano.

Una de las mujeres con chador le tiraba piedras a la Madre, y logró golpearla en la frente. Al ver la sangre, prosiguió más aprisa, enloquecida. Una granizada de golpes, como si no le bastaran todas las piedras del desierto. Varias compañeras la imitaron. La Madre permanecía inmóvil. Los guijarros silbaban en torno a su cuerpo erguido.

—Cobardes —murmuraba con los ojos fijos.

Yo también me sentía incapaz de dar un paso; aquella escena de violencia irreal me paralizaba. Una mujer me empujó en su huida; nunca sabré si pretendía ayudarme o esquivarme. En cualquier caso, me despertó de aquel estado de hipnosis. Eché a correr tras la desconocida. Veía confusamente rostros de mujeres postradas, oía el sonido metálico de las cadenas, percibía el olor acerado de la sangre.

—¡Cobardes! —gritó ahora la Madre, que cada vez estaba más lejos.

Tropecé con una rama, me caí, me levanté. Entre la muchedumbre no se distinguían amigos de enemigos, y te podían arrollar, pisotear o golpear en cualquier instante. El corazón me subió a la garganta y me latía en el cerebro, ahogando todos mis pensamientos. Corría con la boca seca y sin aliento. Un hombre me asió por un brazo y me volví, a ciegas, para darle un puntapié.

—Señora Ebadi, soy yo.

Era el chófer. Me llevó hasta el automóvil casi en volandas, y salimos a toda velocidad. Sin fuerzas, me sequé el sudor que me caía sobre los ojos e intenté calmarme. De repente, sentí frío; miré hacia abajo y vi que, en la huida, había perdido un zapato. Apoyé el pie en una rodilla; la planta tenía arañazos y sangraba. Vi caer una gota densa sobre la alfombrilla del coche, y sólo entonces advertí el escozor de las heridas.

## 1

**Viejas amistades**

Lo primero que recuerdo es el aroma del té, desde lo alto de la estufa que yo no llegaba a alcanzar. El agua hirviendo en la panzuda tetera de metal, luego las manos rápidas de Simin sacando del mueble la jarra pequeña, por encima de mi cabeza.

—Shirin, *yun*, aparta, no vaya a ser que derrame algo.

Otras manos me alejaban mientras Simin abría la caja del té. Sólo los brotes, la parte mejor de la planta. Unas pocas cucharillas, luego el agua humeante. Contemplaba fascinada el humo perfumado que nos envolvía. Simin colocaba con cuidado la jarra pequeña sobre la grande, llena de agua hasta la mitad. Debajo, el fuego lento.

—No tiene que llegar a hervir —me explicaba siempre Parí, muy didáctica.

Las manos de Simin, la voz de Parí, el aroma del té y el blanco marfileño de las paredes de la cocina se ciñen sobre mí, y forman el cálido núcleo de un recuerdo de infancia.

Crecí junto a Parí y sus hermanos. Nuestras madres eran grandes amigas desde que tenían cinco o seis años. En aquella época, ambas vivían en Hamadán, ciudad del noroeste de Irán que, en la antigüedad, fue capital del país con el nombre de Ecbatana. Una amistad entre niñas surgida de un puñado de dulces de almendra, que sobrevivió indemne a los impetuosos años de la infancia, la inquietud de la adolescencia, dos matrimonios y dos traslados. Siendo muy joven, Simin se casó con Husein, un bazarí de Teherán, pero ellas no perdieron el contacto. En la distancia, las cartas viajaban con la regularidad de un diario íntimo, lleno de confidencias, recetas y memorias. Y cuando mi madre, ya casada y con hijos, se trasladó a la capital en 1948, la amistad entre las dos mujeres se transformó, como ocurre a menudo, en un estrecho vínculo entre ambas familias.

Mi padre, Mohamed Alí, hallaba muy agradable la compañía de Husein, hombre dado a las bromas y de sonrisa fácil. Representaban dos filosofías de vida contrapuestas: mi padre era exigente y luchador, jurista por vocación, leal y de carácter serio; a veces mostraba un rigor que algunos tomaban por frialdad, pero no era más que un sentido apasionado de la justicia. A nosotros, sus cuatro hijos (un varón y tres chicas), nos educó en absoluta paridad, pues consideraba que la educación en la igualdad y en el respeto al prójimo debía empezar dentro de la familia. Tenía grandes ideales que seguía con coherencia, y nos los inculcó a todos nosotros, convencido de que nadie podía eximirse de participar en la vida civil y política del país. No importaba cuál fuese el precio.

Husein, aun siendo un hombre recto y honesto, tenía una actitud más conciliadora. Heredó de su padre una tienda de alfombras situada en el corazón del bazar de la ciudad, y la llevaba con su hermano menor, Nader. El negocio les permitía vivir dignamente, sin ser ricos. Si hubieran sido más emprendedores, habrían podido imitar a algunos comerciantes iraníes y lanzarse a la exportación, aprovechando un momento en que la demanda de objetos exóticos era muy alta en Europa y Norteamérica. Pero a Husein le gustaba disfrutar de la vida, y consideraba su tiempo libre como algo sagrado. Él también se esforzaba por no establecer diferencias entre sus hijos, ni en la educación ni en el modo de encaminarlos hacia la vida adulta. Desde luego, esperaba que los varones decidieran sucederlo en el bazar, y estaba seguro de que Parí se casaría y tendría hijos, pero intentaba educarlos en la tolerancia. Había conocido a demasiadas personas y oído demasiadas historias para padecer ese mal que es una mente estrecha. Estar rodeado de personas era su auténtica pasión, y solía invitarlas a casa. Estaba orgulloso de su hospitalidad, y le resultaba fácil trabar amistad con todo tipo de gentes, a quienes invitaba a comer, encantado de escuchar nuevos relatos. Para él, aquello era como viajar, respirar el aire de países lejanos que nunca visitaría. Simin lo secundaba complacida; siempre cocinaba en abundancia, incluso cuando no aguardaba invitados, segura de que su marido se presentaría con un comensal inesperado que haría los honores a sus platos.

A pesar de las diferencias, mi padre y Husein compartían una amistad serena. Durante las largas veladas en casa del bazarí, después de cenar, les gustaba sentarse en los cojines bordados, bajo la ventana esquinera. Sus esposas estaban en la cocina, y a nosotros, los niños, se nos prohibía terminantemente molestar durante las discusiones, encendidas o filosóficas, de nuestros padres. Hablaban de política, inflación, precios al por mayor o derecho mercantil, en el que mi padre era un experto. Ahora creo que se trataba de una fase preparatoria, una especie de calentamiento para prolongar la espera, y con ella el placer, antes de entregarse a su pasatiempo favorito: el *backgammon*. Así, tras un rato de charla, Husein sacaba de su funda una bonita caja de marquetería para jugar al *takteh nard*. Su padre se la compró cuando era un joven comerciante neófito. La parte exterior era un tablero de ajedrez y, en el interior, sobre las puntas de taracea se colocaban las fichas claras y oscuras. Husein cogía una mesa baja que solía estar pegada a la pared y la colocaba entre él y mi padre. Abría la caja con estudiada lentitud, haciendo saltar el mecanismo situado en el centro de la tapa. El estuche se abría en dos mitades, y, radiantes como joyas sobre el terciopelo, aparecían las fichas delicadamente talladas, a las que Simin daba brillo con cera. El ceremonial de apertura siempre hacía exclamar a mi padre: «¡Qué raro es ver objetos tan hermosos!».

Y, a partir de ese momento, se enfrascaban en secuencias de partidas interminables. Durante horas se oía el golpeteo seco de los dados, el choque de madera contra madera de las fichas movidas con destreza y las feroces pullas con que los hombres intentaban «desmoralizarse».

—Si quieres, mientras lo piensas, voy a preparar un té —decía mi padre en cuanto la mano de Husein se detenía un segundo de más sobre una ficha.

—¿Es una excusa para retirarte? Eso es porque sabes que no puedes ganar —replicaba Husein al instante.

Años después, al recordar aquellos rifirrafes, típicos de su forma de jugar y de su sólida amistad, lloré el tiempo en que esos duelos jocosos eran las únicas «disputas» que se daban entre las paredes de un hogar feliz.

El matrimonio de Husein y Simin pronto fue bendecido con la llegada de un hijo varón.



Abás derrochó salud y vigor desde pequeño; pesó más de cuatro kilos al nacer, pataleaba durante horas, lloraba el doble de fuerte que los demás niños y, cosa insólita en un recién nacido, tenía el cabello muy abundante y oscuro. Al crecer, no cambió: al cabello espeso y negro se añadió una barba que le daba un matiz azulado a su rostro oliváceo; en cuanto dejaba de afeitársela unos pocos días, se le enmarañaba. Era un muchacho alto y robusto, casi imponente, con un rostro que, tal vez por ser tan moreno, siempre parecía estar serio. Husein, henchido de orgullo, contemplaba de pies a cabeza a su primogénito, que era su ojo derecho. Abás correspondía a esa predilección con el mismo afecto, y se esforzaba por parecerse cada día más a su padre. Había heredado su honestidad y el profundo amor por la familia, pero no su jovialidad ni sus ganas de bromear. Recuerdo que, las pocas veces que su rostro esbozaba aquella sonrisa suya más bien renuente, sus marcados rasgos se enternecían.

Abás no hacía más que pedir hermanos y hermanas a quienes proteger e instruir, pero pasaron siete años de dolorosos abortos e inútiles peregrinajes propiciatorios antes de que naciese París, destinada a ser una de mis mejores amigas. Luego, en 1950, llegó el segundo y esperadísimo varón, Yavad, quien, según mi madre, era el niño más guapo que jamás había visto. Simin añadía que también era el más testarudo, pues tuvo que llevarlo en su vientre dos semanas más de lo previsto, porque Yavad no daba señales de querer salir. Cuando, por fin, se decidió, obtuvo el perdón al presentarse con dos mejillas sonrosadas y redondas, sin una sola arruga de recién nacido y con un gracioso mechón de pelo en la frente.

Independiente e inquieto desde la infancia, Yavad estaba dotado de una curiosidad voraz, y era incapaz de pasar mucho rato con otros niños, cuyos juegos lo aburrían enseguida. A los cuatro años, cuando Husein se sentaba en su sillón a leer el periódico, el niño se encaramaba sobre los hombros de su padre y escuchaba su ritmo cantarín al silabear. Muy pronto comprendió el mecanismo que ocultaban los trazos sinuosos de las letras, y, a los pocos años, recitaba las palabras al oído de su padre antes de que éste tuviera tiempo de leerlas completas.

En su afán de crecer, Yavad tendía a despreciar la compañía de los chicos de su edad, y prefería husmear entre los adultos. De nada servían las regañinas de Husein para que se mantuviera en su lugar, sobre todo en presencia de invitados: él seguía escuchando las conversaciones de los mayores, y no dudaba en hacer preguntas cuando no entendía algo. Simin lo reñía y lo castigaba, pero, en el fondo, estaba orgullosa de tener un hijo tan inteligente y, además, tan guapo. Y es que Yavad, con su tez dorada, sus grandes e intensos ojos de antiguo guerrero persa y sus rizos alborotados, era la envidia de todas las madres. Su mejor arma era su sonrisa, que mostraba unos dientes blancos y perfectos, e iluminaba como un rayo su delgado rostro. Yavad era consciente de su encanto, y pronto aprendió a exhibirlo con gracia para obtener cuanto quería de sus padres, y también de París, de mis hermanas y de mí, pues todas lo considerábamos nuestro benjamín.

El descaro de Yavad le permitió presenciar las partidas de *backgammon* de su padre. Las primeras veces, se agachaba en silencio junto al borde de la mesa para observar con atención; luego ya se atrevía a comentar los movimientos de los jugadores con leves silbidos que intentaba disimular con accesos de tos. Cuando, por fin, le pidió a mi padre si le concedía «el honor de desafiarlo», éste aceptó divertido, y batió a su joven adversario en cuatro minutos, aunque se sintió algo culpable ante su mirada de decepción. Yavad no se rindió, y pronto le pidió la revancha; perdió de nuevo, pero volvió a la carga a la primera ocasión, hasta que ese reto «menor», al margen de las partidas con su viejo amigo Husein, se convirtió en un hábito para mi padre, quien sólo renunció a las escaramuzas verbales, pues le habría dado vergüenza provocar a un

chiquillo.

Una noche, Parí y yo estábamos en su cuarto hablando de temas trascendentes, como la nueva moda recién llegada de París, cuando, de pronto, oímos un grito procedente del salón. Acudimos corriendo y encontramos a Yavad radiante, de pie junto a la mesa de *backgammon*. Tras echar un vistazo a la disposición de las fichas y a la sonrisa indulgente de mi padre, comprendí que el muchacho había ganado.

Mientras regresábamos a casa, no pude contenerme:

—Yavad estaba muy contento. Ha sido muy generoso por tu parte dejarlo ganar.

Mi padre me miró de soslayo.

—Shirin, *yun* —dijo tras un instante de vacilación—, no lo he dejado ganar. Ese chico llegará lejos —añadió hablando más bien para sí mismo—. Si consigue domar su carácter rebelde, y si hay justicia en el mundo, llegará lejos.

Años más tarde, rememore aquella lejana y cálida velada en la que Yavad descubrió la euforia de combinar suerte y estrategia para alcanzar la victoria. En aquel entonces, el muchacho ignoraba que su partida con la vida iba a ser mucho más difícil.

## 2

**La casa de Abás Abad**

La familia de París tenía una casa con un gran jardín en el nuevo barrio residencial de Abás Abad. Era un chalé blanco, de líneas simples y cuadradas, que a Husein le había costado veinte años de ahorros y sacrificios, como repetía a los numerosos invitados que iban de visita y lo felicitaban por la elegancia de su casa. En la parte trasera había un bonito zaguán, donde, las noches de verano, nuestros padres se sentaban a contemplar el perfil familiar de los montes Elburz. En la base de las columnas, Simin había plantado jazmín, que florecía de abril a agosto; cuando la planta perdía sus flores blancas, había llegado el momento de abandonar la gran mesa al aire libre y sacar el *korsi* de las veladas invernales, el tradicional brasero cubierto con una colcha bordada.

La casa estaba rodeada por una tapia alta que protegía la intimidad de la familia, y, en la entrada, se alzaba una imponente verja de hierro forjado. Los tupidos entrelazados del metal vetaban las miradas indiscretas, pero la convertían en el enrejado más anticuado y recargado de la ciudad. «¿Habéis visto cosa más fea?», se lamentaba París mientras introducía la pesada llave en la cerradura. Sin embargo, para mí, tras las complicadas volutas se ocultaba un pequeño rincón de paraíso: la verja daba a una fuente gorgoteante, en la que Simin echaba migas de pan para atraer a palomas y gorriones. A los lados se extendía un ancho prado donde nuestros hermanos, París y yo jugábamos a pillar durante horas, para luego caer exhaustos bajo la sombra de jóvenes tilos. En la esquina del jardín, frente a los montes Elburz, el maravilloso rosal de Simin impregnaba el aire con su perfume en los cálidos meses de verano.

Cuando divisaba las amplias avenidas arboladas de Abás Abad, me invadía la felicidad: sabía que me esperaba la cálida bienvenida de Simin, siempre deseosa de abrazar a los hijos de su mejor amiga. Cuando hacía buen tiempo, la casa era un vaivén continuo de parientes, amigos, conocidos y clientes de Husein, quienes acudían para disfrutar del fresco en el jardín y de la cocina de Simin, cuya fama había traspasado las fronteras de Teherán. En su mesa nunca faltaban grandes bandejas de arroz con habas u otras verduras, acompañadas de platos de carne. En los cuencos de yogur se ponían a macerar hojas de menta y trozos de pepino, a los que nosotros, los niños, añadíamos pasas. En los recipientes de barro se enfriaba el *kuku* recién sacado del horno; cuando llegaba a la mesa, yo saboreaba por anticipado la suave crema de espinacas, huevos y grosellas que reposaba bajo la fina corteza dorada. Simin nunca reveló el secreto de su crujiente cobertura, ni siquiera a mi madre; según decía, se lo había confiado la mujer de un comerciante armenio, quien le había hecho prometer que no lo divulgaría. Cada

vez que recibía un aluvión de parabienes, Simin lo eludía lamentándose de que el cordero del *joresht fesenyun* no estaba lo bastante hecho, o de que los *halvas* fritos con mantequilla llevaban poco azúcar o demasiado azafrán. En realidad, sus *halvas* eran los mejores de la región; Parí y yo solíamos deslizarnos a escondidas hasta la cocina, donde robábamos algún pastelillo de la bandeja ya preparada para servirlos en la mesa.

Al término de las grandes fiestas de la primavera y el verano, llegaba la estática monotonía de las veladas invernales; mi padre y Husein se aislaban en su rincón tranquilo, mientras que mi madre y Simin se calentaban los pies bajo el *korsi*. Hablaban durante horas sorbiendo té, o escuchaban la radio. Mis hermanos y yo, demasiado inquietos para permanecer mucho rato en la tibieza de las colchas, íbamos a jugar con Parí y Yavad. Abás, que no era niño ni adulto, se unía pocas veces a nosotros, los pequeños; prefería quedarse aparte, hojeando perezosamente un libro mientras nos lanzaba miradas vigilantes de vez en cuando.

Se sentía un poco hermano mayor de todos nosotros, aunque siempre vigilaba con mayor atención a Yavad, debido a la tendencia de su hermano a meterse en los líos más disparatados. Recuerdo que, una tarde de un mes de julio muy caluroso, sus padres insistieron en que durmiéramos la siesta en el piso de arriba mientras ellos charlaban en el salón en penumbra.

Debido al calor, yo no podía conciliar el sueño; Yavad, indignado al verse excluido de las interesantes conversaciones de los mayores, no hacía más que revolverse en la cama. Un frufú de sábanas y lo vi deslizarse hacia la ventana.

—¿Adónde vas? —le pregunté en un susurro.

—Me ha entrado hambre. Voy por cerezas.

—Pero tu padre ha dicho que no puede ser; están demasiado altas.

—Nadie se dará cuenta. ¿Qué? ¿Vienes o no?

Me quedé callada, indecisa entre el temor a que me regañaran y la tentación de las cerezas dulces y jugosas. Yavad interpretó mi silencio como una negativa, y se subió al alféizar sin esperarme. Las ramas de uno de los pequeños tilos llegaban a la altura de la ventana y, con un breve salto, Yavad conquistó la libertad. Avergonzada por no haberlo acompañado y, a la vez, preocupada, me acerqué a la ventana para seguirlo con la mirada. Al fin y al cabo, era mayor que él y me sentía responsable. Vi que descendía por el tilo con agilidad, y que miraba en derredor con aire circunspecto. Si su padre lo descubría, tendría problemas. Corrió en dirección al muro que rodeaba la casa y, tras subirse a otro árbol, se sentó a horcajadas sobre la tapia. Era rápido, silencioso y flexible como un gato. Era evidente que lo hacía a menudo.

Las ramas de un cerezo que pertenecía al jardín vecino quedaban justo a su altura. Yavad empezó a recoger sus frutos, metiéndoselos en la boca uno tras otro. De vez en cuando, se volvía a mirar la casa, desde la cual era perfectamente visible; pero se sentía seguro, triunfante en su empeño. Cuando me vio tras la ventana, me hizo una señal de saludo y un mohín. Era tan gracioso que estallé en carcajadas.

—Shirin, ¿qué haces levantada? —Me volví sobresaltada y vi a Abás inmóvil en la puerta—. ¿Dónde está Yavad?

Su mirada iba de la cama vacía a mí. Antes de que tuviera tiempo de responder, se acercó a la ventana.

—¡Oh, no! —exclamó.

Todo ocurrió en un instante. Abás corrió al salón a llamar a sus padres, y éstos se apresuraron a salir de la casa. Tras ellos iban los míos.

—Yavad, ¡baja de ahí enseguida! —gritó Husein—. Yavad, ¿me has oído? Te digo que bajes inmediatamente. Ahora hablaremos tú y yo.

No parecía que Yavad fuera a moverse. La amenaza del castigo y todas aquellas

miradas fijas en él lo estaban poniendo nervioso. Su luminosa sonrisa se transformó en una mueca próxima al llanto.

—Yavad, ¡baja!

—Es que... no puedo —confesó, y rompió a llorar.

Abás llegó desde la parte de atrás con una escalera. La apoyó en la tapia y empezó a subir.

—Tranquilo, Yavad, no pasa nada. Esto lo arreglo yo —lo calmó con su expresión más sosegada—. ¿Podrás subirte a mis hombros? Sí, así, ya casi estás. Perfecto, muy bien. Ahora agárrate fuerte.

Abás bajó con su hermano menor sobre los hombros. Husein lo cogió al vuelo y le dio un fuerte abrazo. Luego se apartó y le propinó dos sonoras bofetadas delante de todos.

Esa experiencia hizo que Yavad sintiera aversión por las cerezas, pues éstas le recordaban la peor humillación de su infancia; sin embargo, gracias a ello, aprendió a contar con la presencia silenciosa y reconfortante de Abás, quien, desde entonces, se convirtió en su paladín.

Las diferencias que separaban y unían a nuestros padres eran las mismas que marcaban la cercanía entre Parí y yo. Me atraía su lado despreocupado y risueño; al igual que Yavad, era curiosa y decidida, pero tenía la seriedad y el sentido de la responsabilidad que correspondían a su papel de hermana mayor, así como al hecho de ayudar a su madre en las tareas del hogar. No obstante, más que a Simin, se parecía a Husein, con quien compartía el gusto por las bromas y la capacidad de ver siempre el aspecto ridículo de las situaciones. Tenía dos años más que yo, y pronto empezó a ser mi guía en todo lo que me resultaba desconocido. Cuando yo me divertía coloreando álbumes de dibujo, ella me enseñaba a jugar con las muñecas; mientras yo aprendía mis primeros secretos de feminidad, Parí me animaba a probar las recetas de cocina de Simin.

Por aquel entonces, cocinar siempre era un placer, casi un juego, y nos encantaba hacerlo juntas. Preparábamos *gorme sabzi*, y postres como el *falude*. Pero, sin duda, nuestro plato favorito, como el de la mayoría de los iraníes, era el *chelo kebab*. Es un plato a base de arroz, más fino que el occidental, acompañado de carne magra de primera calidad. Suele servirse en una bandeja, preferiblemente de porcelana, con una pizca de azafrán. La carne se corta en lonchas finas y se asa en la parrilla. Se puede acompañar con mantequilla, yemas de huevo, zumaque y frutos secos. Aunque a Parí los frutos secos no la convencían.

—Le dan un sabor raro. No sé, yo no los echaría.

—Está bien, Parí, como quieras —la secundaba yo—. Pero a mí no me disgustan —añadía en voz baja.

Siempre me llevaba a ver las películas estadounidenses que llenaban los cines de Teherán, y me ponía al día de las últimas tendencias en moda occidental, por la que sentía una auténtica pasión. En los años treinta, el sah Reza, quien, poco antes, había subido al Trono del Pavo Real tras un golpe de Estado, se propuso modernizar de forma acelerada el país. Por lo visto, dicho proceso implicaba la adhesión al estilo occidental, y se llegó a imponer la vestimenta europea. Primero obligaron a los hombres a vestir con chaqueta y pantalón; después prohibieron a las mujeres llevar el *hiyab*, el tradicional velo islámico. La que no deseara mostrar su cabello, podía cubrirse, como mucho, con un sombrero. La policía estaba autorizada a amonestar a quienes se obstinaban en vestir de forma tradicional, y arrancaba por la fuerza chadores en plena calle. Durante meses, y, en algunos casos, durante años, las familias más conservadoras

impusieron a madres e hijas que no salieran del ámbito doméstico, con el fin de evitar el deshonor de ser vistas públicamente con la cabeza descubierta.

La prohibición del velo se abolió cuando subió al poder el nuevo sah, quien deseaba congraciarse con los miembros del clero. En los años cincuenta y sesenta, la situación se estabilizó, y la moda europea imperaba entre las muchachas de mi generación, sobre todo en la ciudad. París, como siempre quería ir a la última, hacía que le enviaran las revistas directamente de Francia e Inglaterra, y le pedía a la modista de la familia que le confeccionara vestidos copiados de los trajes de moda. Yo no compartía su admiración incondicional por Occidente, pero siempre recurría a París cuando necesitaba consejos sobre moda, o para saber las últimas novedades de su amada Europa.

Si estaba de mal humor, con una simple llamada se me pasaba todo. París sabía ver el lado bueno de las cosas, mientras que yo solía atormentarme con tal o cual problema. Ella intentaba distraerme y obsequiarme con un poco de intrascendencia. Ahora, cuando pienso en las cosas que tanto me preocupaban —la nota de un examen, una discusión con mis padres—, me doy cuenta de que París tenía mucha razón. Aquella era la edad de la despreocupación. Muy pronto, el «no pienses en ello» nos iba a resultar imposible.

—Tu problema, Shirin, *yun*, es que piensas demasiado. No debes pensar tanto, intenta divertirte —me decía.

—¿Y qué puedo hacer para no pensar? —preguntaba yo, escéptica.

—No lo sé... pero ¡pensar demasiado te estropea el cutis! —exclamaba riendo, y, con una mano, borraba de mi cara unas arrugas imaginarias.

### 3

## La pluma de Mosadeg

El 28 de mayo de 1901, el sah Muzafar ad Din firmó un acuerdo mediante el cual concedía, durante sesenta años, los derechos de explotación de los yacimientos petrolíferos de casi todo Irán al inglés William Knox D'Arcy; a cambio, obtenía el 16 por ciento de los beneficios. En 1914, D'Arcy vendió su sociedad al Gobierno británico, con lo cual este último se atribuyó el derecho a tutelar de cerca la política iraní.

Para proteger sus intereses en el país, Inglaterra necesitaba un buen aliado y el apoyo del Ejército. Por eso, en 1921, respaldó el golpe de Estado de un modesto coronel de las brigadas cosacas persas, Reza Kan, y obligó al sah Ahmad a nombrarlo primer ministro. Mientras el sah satisfacía su pasión por los viajes y se ausentaba cada vez con mayor frecuencia de Irán, Reza Kan, con el apoyo del Majlis, el Parlamento, logró que lo nombrasen jefe del Estado, lo cual puso fin a la dinastía Kayar. El 25 de abril de 1926, Reza Kan subió al Trono del Pavo Real con el nombre de sah Reza Pahlevi. Dicho apellido, adoptado por él mismo siguiendo la usanza europea, significaba «de lengua persa».

Tras consolidarse en su poder, el sah Reza se volvió cada vez más hostil al Gobierno británico, hasta que, en 1932, anunció de forma unilateral que anulaba la concesión petrolera. Los ingleses incrementaron su presencia militar en el golfo Pérsico y amenazaron con confiscar las cuentas del sah en el extranjero, de modo que éste se vio obligado a establecer un nuevo acuerdo. Así, el porcentaje de beneficios petroleros reservado a Irán se elevó a un 20 por ciento.

Las divergencias con Gran Bretaña se allanaron parcialmente; sin embargo, en el escenario político mundial iba a aparecer un motivo de disensión mucho más grave: Adolf Hitler. El sah Reza admiraba sus ideas y su ascenso político, supuestamente imparable, por lo que tendió una mano a la Alemania nazi. Obviamente, ello asustó a los aliados, quienes solicitaron varias veces al sah que expulsara a los diplomáticos alemanes, pero sus peticiones no fueron aceptadas. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno iraní se declaró oficialmente neutral, y anunció que no permitiría cruzar su territorio a ninguna fuerza extranjera. Optar por la neutralidad constituía un apoyo indirecto a Hitler, pues impedía a los aliados pasar por territorio iraní y reforzar el frente soviético asediado por los nazis.

En julio de 1941, los aliados pidieron por enésima vez al Gobierno iraní que expulsara a los ciudadanos alemanes y que permitiera el tránsito de suministros para el Ejército ruso. El sah Reza intentó ganar tiempo reafirmando la neutralidad de Irán. Una

vez agotadas las posibilidades diplomáticas, los aliados invadieron el país y obligaron al sah a abdicar en favor de su hijo, Mohamed Reza Pahlevi.

El nuevo sah subió al poder en 1941 y, al principio, mostró una actitud más abierta y liberal. Sin embargo, a partir de 1949, tras resultar levemente herido en un atentado, fue retomando de forma gradual los métodos de su padre: estricto control y restricción de las libertades políticas y civiles. Todo ello supuso la enésima decepción para el pueblo iraní, que deseaba hallar un verdadero libertador desde hacía tiempo.

Mientras la buena estrella del sah declinaba —ni siquiera había dado al país el esperado heredero—, empezó a brillar la de Mohamed Mosadeg, anciano diputado del Frente Nacional y presidente de la Comisión del Petróleo del Majlis, quien triunfó donde el sah Reza había fracasado: en marzo de 1951, logró que se aprobara una ley para nacionalizar el petróleo, con lo cual quedaba revocada la concesión a Inglaterra. El Gobierno británico se dirigió al Tribunal Internacional de La Haya y, luego, al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Mosadeg defendió personalmente los derechos del pueblo iraní, y obtuvo una sentencia favorable que puso fin al acuerdo petrolero.

Irán lo recibió como a un héroe nacional, y también ganó prestigio en el ámbito internacional. Anciano y delicado de salud, a menudo recibía a visitantes y diplomáticos extranjeros en su dormitorio, manteniendo intacta esa mezcla de deferencia y orgullo típica de la idiosincrasia iraní. Una refinada educación suiza había atenuado sus raíces orientales, y ello lo convertía en un líder aristocrático y popular, moderno y anticuado a un tiempo. Según algunos historiadores, Gamal Abdel Naser se inspiró en Mosadeg para reivindicar los derechos de Egipto en el canal de Suez y liberarse de la injerencia inglesa.

El sah no veía con buenos ojos el rápido ascenso de Mosadeg, pero no pudo evitar nombrarlo primer ministro, y observó con impotencia sus iniciativas para intentar dismantelar siglos de poder absolutista. Mosadeg aprovechó el amplio consenso del que disfrutaba para reducir los privilegios de la corona e instaurar una monarquía constitucional en Irán. Durante su mandato, el sah sólo tuvo poder nominal, y, por primera vez, gobernaron el país políticos elegidos de forma regulada. No obstante, el boicot al petróleo que ejercían los occidentales causaba graves problemas al popular Mosadeg, lo cual facilitó el plan del sah para provocar su caída. Con el fin de derrocar al primer ministro plenipotenciario, el monarca, aliado con los servicios secretos estadounidenses e ingleses, dio vía libre a la famosa Operación Ajax dirigida por Kermit Roosevelt. El 16 de agosto, el sah Mohamed Reza destituyó a Mosadeg, quien se opuso a ello denunciando el intento de golpe de Estado a los medios de comunicación. Multitudes de antimonárquicos y liberales, estudiantes y gente corriente, salieron a la calle para apoyar al primer ministro y pedir que se proclamase la República. En una creciente espiral de violencia que costó la vida a miles de jóvenes, el Ejército sofocó las protestas y detuvo a Mosadeg.

El día de la detención del primer ministro, Simin llamó a todos sus vecinos en tono histérico: «¿Abás está en vuestra casa?». Nos encontrábamos en casa de la abuela, en Hamadán; nuestros padres nos habían mandado fuera de Teherán para evitarnos el peligro de la violencia que reinaba en la ciudad. Aunque Abás se hubiera presentado ante nuestra puerta, la habría encontrado cerrada. Después, Simin nos habló de la angustiada tarde que había pasado buscando a su hijo por todas partes. No estaba en casa, ni tampoco en la tienda. Su madre lloraba pegada al teléfono, Husein recorría las calles intentando no quedar atrapado en alguna manifestación. En aquellos días, la radio, controlada de nuevo por el sah, celebraba sin cesar el fin del primer ministro y la



recobrada libertad del pueblo; sin embargo, al salir de casa, uno no hacía más que tropezarse con cadáveres y enfrentamientos con la policía. Al ver que Mosadeg había rechazado la destitución, los oponentes del sah esperaban que hubiera llegado la hora del cambio y abarrotaban las calles gritando el nombre del primer ministro. El Ejército disparaba sobre los manifestantes, incluso sobre los estudiantes. Incluso sobre los niños.

Para los padres de Abás, aquella tarde fue eterna. En cambio, para su hijo mayor pasó en un instante, y habría de marcar su destino. Sus padres no lo sabían, pero la vida de su hijo había tomado un nuevo rumbo. Desde hacía varios meses, los argumentos de los partidarios del sah estaban modelando su mente joven e influenciable.

El barrio donde vivían, Abás Abad, fue creado a principios de los años cincuenta por iniciativa del sah, y la mayoría de sus habitantes eran oficiales del Ejército. Abás frecuentaba la compañía de los muchachos de su edad y sus familias, y se sintió fascinado ante el orgullo de la ética militar, tan semejante a su innato sentido del deber. Las largas charlas con sus amigos, así como las observaciones de los padres de éstos, hicieron que, a los ojos de Abás, el sah se transformase en un héroe, en el único garante de la grandeza e integridad de Irán. Incluso colgó en su cuarto el retrato de Mohamed Reza y de la hermosa reina Soraya. Desde hacía meses, escuchaba lo que decían los padres de sus amigos, casi todos oficiales que habían dejado de creer en Mosadeg.

«Parecía que la nacionalización del petróleo iba a solucionarlo todo, pero sólo ha provocado que la inflación esté por las nubes», se lamentaban. La decisión de Inglaterra de imponerles el embargo desembocó en una crisis que provocó fuertes recortes, por ejemplo, en el presupuesto de las fuerzas armadas.

«Y, sin el personal especializado inglés, ¿cómo volverán a funcionar a pleno ritmo las refinerías?», añadían, viendo ante sí un futuro de sacrificios inútiles, en el cual valores seculares podían perderse en una sucesión de reformas apresuradas. Desde hacía siglos, Irán, con su nobleza y sus tradiciones, era una potencia. Muchos cambios en muy poco tiempo podían desestabilizar y debilitar a la sociedad.

«Mosadeg se equivoca. Está poniendo de rodillas a Irán para entregárselo a sus amigos comunistas», tal era la inquietante conclusión de los oficiales.

Abás absorbía en silencio estas ideas, y se acaloraba por los abusos cometidos contra su sah. En casa relataba lo que había aprendido, pero las discusiones políticas se diluían en la mirada plácida y desinteresada de Husein. Aquel nuevo fervor político no le preocupaba; creía que el entusiasmo de su hijo terminaría pronto, que volvería a ser el muchacho serio y tranquilo de siempre y ocuparía el lugar que le correspondía en la tienda, junto a él. Sólo que ahora, mientras los soldados asediaban el Majlis, las emisoras de radio y los principales medios de comunicación, temía que Abás, llevado por el ímpetu de las masas, se hubiera visto envuelto en una discusión, una reyerta o algo peor. No era propio de él retrasarse tanto.

Pero Abás no era dueño de sí. Por primera vez, había abandonado su impecable sentido de la responsabilidad y su calma, enfervorizado por un deber más alto: defender a su rey. Mientras regresaba a casa, vio como su vecino, el coronel Ahmad, se marchaba en su camioneta fuertemente armado. Comprendió al instante adónde se dirigía: a detener al traidor. El muchacho, a ratos corriendo y a ratos colgado de los furgones que pasaban, logró seguir a los militares sin que lo vieran. Y, en el desorden, consiguió cruzar la tapia y entrar en la vivienda del primer ministro.

Recuerdo cómo le brillaban los ojos cuando, unos días más tarde, nos contaba por enésima vez su aventura a sus hermanas y a mí.

—¡Así es como salvamos la monarquía! Bueno, la salvó el Ejército, pero yo también estaba allí, con el coronel Ahmad. No sé cómo Mosadeg consiguió escapar. Él y sus ministros se escondieron como ratas en casa de los vecinos. Siento vergüenza

ajena.

Aquella tarde, cuando, por fin, volvió a casa descompuesto y acalorado por la carrera, sus padres fueron incapaces de reprenderlo. Habría sido inútil: Abás vivía en un mundo heroico del que nadie podía sacarlo. Blandía una pluma estilográfica manchada de polvo y sudor. Era la pluma de Mosadeg. Abás estaba tan contento que no advirtió las lágrimas en los ojos de Simin. Aquella mañana había salido de su casa un hijo, y, por la noche, había vuelto un soldado.

Dos días después, Mosadeg se entregó y lo detuvieron. La noticia corrió de boca en boca. Fue una operación rápida y sencilla. El Ejército había rodeado la vivienda de Mosadeg y se había enfrentado a sus últimos hombres leales. Las balas silbaron durante tres horas, dejando atrás una estela de escombros y ruinas. Luego, la rendición. Se decía que habían muerto más de trescientas personas. Unos cuarenta o cincuenta soldados, elegidos entre los más fieles, irrumpieron en casa del ex primer ministro. A su alrededor se agolpaba una multitud de curiosos, deseosa de ver la caída del hombre que, hasta el día anterior, había gobernado el destino del país.

Una muchedumbre heterogénea y furiosa invadió la casa y los edificios adyacentes. Militantes y ciudadanos comunes a quienes la furia de las grandes ocasiones había convertido en chusma. Pisaban los suelos con rabia, levantaban alfombras, daban patadas a los muebles y cogían todo lo que encontraban. «¡Viva el sah! ¡Viva la patria!», gritaban, como si, en un solo día, quisieran vengarse de las dificultades económicas y la incertidumbre de los últimos años.

La indignación contra las injerencias inglesas había caído en el olvido, la ambigüedad de las políticas estadounidenses había sido hábilmente silenciada; por tanto, el único traidor contra el cual podían arremeter era Mosadeg. Un hombre débil capaz de hacer cualquier cosa por los comunistas, quienes habrían acabado con el sah. Eso habría sido el fin. Durante las semanas que siguieron, Abás no cesaba de repetirse esto: el peligro comunista y la necesidad de aliarse con Estados Unidos. Él también había estado en el edificio asediado. Se había introducido en el grupo de los saqueadores y vagaba sin rumbo, atraído y rechazado por la multitud y sus excesos. Aún no entendía ese odio violento, pero se sentía protagonista de un momento importante y creía que, en la medida de sus posibilidades, había hecho algo por su país. Él, Abás, al contrario que los ingenuos o que sus propios padres, había advertido a tiempo el peligro, y se había unido a los justos. Aquel día cogió del escritorio de Mosadeg su pluma estilográfica, negra con los bordes dorados, para recordar el castigo que las fuerzas del sah habían infligido al traidor.

Husein y Simin debían castigar a su hijo mayor por haberlos alarmado de ese modo, pero ignoro qué decidieron hacer al final. Era evidente que nada podría borrar la huella que la detención había dejado en Abás. La historia de la pluma se convirtió en su favorita, y se la repetía a cualquiera que visitara su casa, y también a todos nosotros, siempre que estuviéramos dispuestos a escucharla (lo cual sucedía cada vez menos). Desde entonces, cuando quería comprometerse solemnemente, juraba «por la corona de Su Majestad».

Mi padre no podía soportar estos temas, pues, al ser ferviente partidario de Mosadeg, se vio obligado a dejar el trabajo tras su caída. Empezó a vagar en silencio por casa, dejándonos a nosotros, los niños, en una completa incertidumbre respecto a lo sucedido. Al igual que muchos iraníes, había llegado a la conclusión de que la política era un juego de sucias intrigas en el que nosotros, el pueblo, no teníamos ningún papel. Desde aquel día de 1953, excluyó la política de toda discusión doméstica y nos educó,

hasta donde le fue posible, al margen de la misma.

El ex primer ministro Mosadeg fue procesado por alta traición y desafió con valentía la ira del sah, demostrando una vez más la habilidad oratoria que, poco antes, le había permitido librarse del control inglés sobre el petróleo. Fue condenado a tres años de prisión y a permanecer bajo arresto domiciliario hasta su muerte, que sobrevino en 1967. En su lugar nombraron al general Zahedi, conocido por sus tendencias filonazis durante la Segunda Guerra Mundial.

En los días de mayor peligro, el sah optó por un cómodo exilio en el Hotel Excelsior de Roma, tras lo cual se apresuró a volver a Irán para asistir al proceso y disfrutar de su recobrado poder. Dio las gracias personalmente al responsable de la Operación Ajax, Kermit Roosevelt, nieto del ex presidente Theodore Roosevelt, diciéndole: «Debo el trono a Alá, al pueblo, al Ejército y a usted». Con estas palabras, reconocía implícitamente la sumisión de Irán —que nunca había sido colonia— a Estados Unidos y eclipsaba siglos de orgullosa independencia iraní. El Ejército detuvo a los disidentes o presuntos disidentes y encarceló a miles de jóvenes.

A cambio de su apoyo, Estados Unidos obtuvo acuerdos favorables para sus compañías petroleras, introdujo a hombres de su confianza entre los consejeros del Gobierno iraní y proporcionó al país cantidades ingentes de armas, transformando Irán en el guardián de Norteamérica en Oriente Próximo.

Mucho más tarde, bajo el mandato presidencial de Bill Clinton, la secretaria de Estado Madeleine Albright, en un discurso oficial, declaró que el golpe de Estado orquestado por la CIA en Irán fue un error de inusitada gravedad y pidió perdón al pueblo iraní. En opinión de muchos historiadores, si Mosadeg hubiera permanecido en el poder, su acción reformista habría impedido el endurecimiento del régimen del sah y, por consiguiente, el éxito de la Revolución islámica.

## 4

**El destino de un soldado**

El día del arresto de Mosadeg, Abás decidió entrar en la academia militar. Husein había intentado educar a sus hijos en la libertad para dejar que eligieran su propio camino, pero, aun con todo, intentó disuadirlo. No sólo porque siempre había esperado que, un día, el joven lo sucedería en la tienda, sino porque veía planear la sombra del odio, la ideología y la división sobre la familia. Pero su hijo se mantuvo firme.

—Lo que pasa es que le han lavado el cerebro —le decía Husein, indignado, a su mujer—. ¿Desde cuándo alguien de nuestra familia va al Ejército? Nosotros siempre hemos sido comerciantes.

Simin era de la misma opinión. Como todas las madres, temía la idea de un hijo soldado. Pero sabía que su primogénito, una vez decidía un camino, lo seguía hasta el final, por muy intransitable que pudiera ser. E intentaba tranquilizar a su marido observando que, en vista de las condiciones económicas, la academia, al menos, era una opción pragmática.

—En el Ejército tendrá un trabajo seguro y un sueldo inmediato.

—Si es por eso, yo también puedo darle sueldo y trabajo.

—Es inútil que te enfades. Si el destino no se adapta a ti, tendrás que adaptarte tú al destino.

En parte, Simin acabó apoyando a su hijo mayor para alejarlo, no tanto de su hogar como de las casas vecinas. En los últimos meses, había sorprendido con frecuencia a Abás espiando desde la ventana el patio de al lado, el mismo donde, unos años antes, Yavad robaba fruta. Allí vivían el coronel Ahmad, su mujer y sus cuatro hijos. El pequeño hacía poco que iba al colegio, pero el mayor, Farzam, se había hecho amigo inseparable de Abás. A través de él, Abás había empezado a frecuentar a su familia, y a pasar horas escuchando las peroratas del coronel sobre el sah y la patria. Además, la casa vecina tenía otro atractivo: Turan, la hermana melliza de Farzam.

Abás nunca había hablado con ella, pero solía contemplarla mientras la chica se deslizaba en silencio por los pasillos, o cuando ayudaba a su madre a servir el té. Se movía con gracia y soltura, como si danzara. Sus ropas apenas crujían, y modelaban suavemente su esbelta figura. Su voz lo tenía fascinado: baja y aterciopelada, sin tonos altos, sólo la tierna y afectuosa cadencia que empleaba al dirigirse a sus hermanos pequeños. Abás admiraba aquellos dedos largos y finos que sostenían y ofrecían las tazas, e imaginaba que estrechaba la mano de Turan entre la suya. Aquel simple pensamiento lo hacía temblar de deseo. Su propia turbación ante la muchacha le

impedía advertir que ésta se sonrojaba en cuanto él se aproximaba.

Empezó a espiarla desde la ventana. Se sentía culpable, pues sabía que estaba violando la intimidad de aquella familia, pero no podía evitarlo. La observaba mientras regaba los geranios, mientras recogía ramilletes de jazmín para meterlos en los cajones de la ropa blanca, mientras jugaba con los niños y se revolcaba en la hierba con ellos. Turan había notado el interés y las maniobras de Abás, y aumentaba su donaire para halagarlo, aunque fingía no advertir aquel cortejo discreto, pues sabía que, si se descubría, ya no se atrevería a dejarse ver.

La primera vez que Abás tuvo la osadía de sostener la mirada envolvente de la muchacha, comprendió que aquello era amor.

A Simin no le había pasado inadvertida la simpatía entre ambos jóvenes. La chica le gustaba: seria, educada, bastante instruida, no vivía en las nubes y le gustaban los niños. Pero le preocupaba la familia; el coronel Ahmad era un monárquico convencido que pertenecía al círculo de los fieles al sah, Farzam ya estaba matriculado en la academia, y, a buen seguro, otros hermanos suyos emprenderían la carrera militar. Ella soñaba un futuro distinto para Abás, un trabajo honesto y tranquilo, sin la política de por medio. Había visto cambiar demasiadas veces la bandera de su país. El poder de Mohamed Reza, quien se proclamaba pomposamente *sahansah*, rey de reyes, era tan débil como el de su padre, un soldado semianalfabeto que subió al trono casi por casualidad, y que pronto fue destituido por aliados caprichosos. La misma suerte podía correr su hijo.

Simin presentía todo aquello desde las entrañas, y no podía imaginar hasta qué punto la historia le daría la razón. Por desgracia, la inestabilidad es demasiado previsible en un país como Irán, en el que más del 80 por ciento de los ingresos proceden del petróleo. Rusia, Inglaterra y, luego, Estados Unidos, se disputaron durante años ese inmenso patrimonio, y destruyeron alianzas y dinastías a su antojo. Por eso todos los regímenes han estado siempre a merced de grandes intereses externos. Y los impuestos que pagan los ciudadanos tienen poco peso en las arcas del Estado, cuya riqueza procede del subsuelo y no precisa de un consenso popular. La democracia sólo existe cuando es el pueblo quien mantiene al Estado, porque, en tal caso, el Gobierno se ve obligado a respetar y apoyar a los ciudadanos. Sin embargo, en Irán, ¿qué importancia va a tener el pueblo si es él quien depende económicamente del Estado?

A pesar de la oposición de su padre y de los temores de su madre, Abás entró en la academia militar. En sus escasas visitas a casa, volvía a la ventana y esperaba a que apareciese Turan, para asegurarse de que no se hubiera echado novio durante su ausencia. Cuando terminó el curso de oficiales, se ganó la simpatía de un general que valoraba su integridad y su sincero espíritu patriótico, quien le allanó el camino hacia una carrera brillante. A Abás le gustaba su trabajo, y lo consideraba una verdadera misión. Leía con orgullo la frase que colgaba en las paredes de todos los cuarteles del país: «Dios, el Sah y la Patria». Era un lema que exaltaba los tres pilares de la sociedad iraní: primero, la fe; luego, el rey, cuya autoridad se basaba en su papel de defensor de la religión chií; y, por último, la patria, que existía gracias a su protección. Como dijo un famoso mulá de la época, hasta las abejas necesitan una reina, porque no puede existir una sociedad sin rey. Y Abás creía firmemente en ello.

Vestido con su uniforme recién planchado, pensó que, por fin, tenía algo que ofrecerle a Turan. Cuando se cruzó con la joven en la calle, se atrevió a sonreírle. No sabía que ella también estaba esperando ese momento, y, cuando le devolvió la sonrisa, Abás se sintió colmado de felicidad.

Se casaron enseguida, y se trasladaron a una preciosa casa de dos plantas con un amplio jardín, cerca de sus familias. Cuando supo que esperaban su primer hijo, Abás juró por la corona de Su Majestad que sería el mejor padre del mundo, y rogó que fuera un varón. En los meses siguientes, arregló la casa y construyó una cuna para el pequeño. Quería que su primogénito se sintiera bien recibido.

Una noche, durante su séptimo mes de embarazo, Turan despertó al sentir unas contracciones agudas. Chillaba de dolor. Su marido avisó a la comadrona, llamó a su madre y a su suegra y se dispuso a esperar en la habitación de al lado conteniendo el aliento; mientras, repasaba mentalmente los preparativos de la fiesta: sirope de guindas, pastelillos de miel y de pistacho... Invitaría a sus compañeros de armas e incluso a sus viejos compañeros de la escuela. Todo era poco para su primogénito.

Abás lo había organizado todo, hasta los más mínimos detalles, y se había preparado para recibir a un hijo en su vida. Pero no se había preparado para perderlo.

Cuando el médico le dio la noticia, sólo preguntó:

—¿Era un varón?

El doctor lo miró desconsolado, sin atreverse a tocarlo, porque la desesperación que emanaba el cuerpo rígido de Abás lo detuvo.

—Sí —respondió.

Abás bajó la cabeza y se encerró en el cuarto del niño, sin entrar siquiera en la habitación de la que procedían los sollozos de su mujer. Permaneció allí de pie durante horas, acariciando la cuna que había construido con sus manos.

Pasó las noches siguientes en casa de sus padres, en su viejo cuarto de soltero. No hablaba con nadie; se sentaba, comía en silencio y bebía litros de té que Parí le llevaba de continuo, pues era lo único que podía ofrecerle para llenar el pozo sin fondo de su dolor.

Fue Husein quien lo arrancó de su aflicción.

—Ahora basta, Abás. Me avergüenzo de ti. No eres un chiquillo, y no puedes seguir llorando y eludiendo tu deber. Tu mujer te necesita. Ve a tu casa y pórtate como un hombre.

Jamás había empleado un tono tan duro con él, ni siquiera cuando era niño.

Abás volvió junto a Turan, que seguía en cama, casi inmóvil, sin probar bocado, con su madre en la cabecera. Pálida y delgada, con su afilado rostro surcado por nuevas arrugas, parecía el fantasma de la hermosa muchacha que se revolcaba en la hierba con sus hermanos.

—Perdona —le dijo al verlo entrar.

Abás no halló palabras para consolarla, para decirle que lamentaba haberla dejado sola en su dolor, que no había nada que perdonar, que no era culpa suya. La voz se le apagaba en la garganta. Su mirada se detuvo en las manos de las que se había enamorado, frágiles y exangües, y las estrechó entre las suyas, besando uno a uno los largos dedos. Entonces el nudo de lágrimas que le impedía respirar se desató, y lloró en brazos de su esposa la muerte de su primer hijo.

Cuando Turan se quedó de nuevo embarazada, Abás no juró que sería el mejor padre del mundo. Cuando nació Borna, estaba en una reunión. Cuando llegó el segundo bebé, Arya, no esperó a que su mujer diese a luz, porque iba a ascender de graduación y el trabajo lo absorbía mucho. O tal vez prefirió mantenerse alejado por temor a revivir aquella terrible mañana en que su matrimonio, su vida y su fe en la justicia del mundo se habían tambaleado, aunque no habría admitido tal debilidad ante nadie.

No obstante, en cuanto vio a Borna en su cuna, en los ojos de Abás apareció por primera vez aquella mirada tierna que siempre y sólo dirigiría a sus hijos. Nadie habría esperado semejante mirada de un hombre tan grande, con su espeso cabello siempre

bien peinado y sus anchos hombros. A pesar de la disciplina y el hábito de mando que el Ejército le había inculcado, se convirtió en el padre más orgulloso del mundo. Y enseñó a sus hijos cuanto había enseñado a sus hermanos y mucho más. Casi nunca se dejaba llevar por la impaciencia, aunque, con los años, se volvió más severo. No era el mejor de los padres, pero era un buen padre.

Como cabía esperar, transmitió a sus hijos el respeto por el sah, y pretendía que se levantaran e hiciesen el saludo militar cada vez que sonaba el himno real. Sus ojos se llenaron de orgullo el día en que Arya, a sus cuatro años, se puso en pie y se cuadró al oír el himno en la radio. Arya miraba fijamente el retrato del sah, pero, en pleno himno, se volvió hacia su padre con los ojos muy abiertos.

—*Baba*, tengo que ir al lavabo.

—Espera un momento, Arya, espera a que termine el himno.

—Pero *baba*...

—Arya, es importante, es el himno de Su Majestad. Ya sabes que no puedes ir.

El niño intentó aguantarse, pero no lo consiguió. Mientras permanecía de pie, sacando pecho, empezó a hacer pipí, y luego a llorar de vergüenza y por temor a que lo riñesen. Turan estaba en un rincón, preocupada por la reacción de su marido. Pero Abás, al terminar el himno, tomó de la mano a Arya y lo acompañó con ternura a cambiarse, al tiempo que le susurraba al oído:

—No te preocupes, has hecho pipí por Su Majestad.

Pocos meses después del nacimiento de Arya, vino al mundo Alí, fruto tardío e inesperado del largo matrimonio de Husein y Simin. El embarazo supuso una dura prueba para la madre, que pasó los nueve meses en cama, postrada por la inesperada hinchazón y el constante dolor de espalda. Le costó mucho recuperarse tras el esfuerzo físico, y confió el cuidado del pequeño a Parí. Ésta, con el niño en brazos, pareció redescubrir su olvidada pasión por las muñecas. Lo atendía, le daba de comer, lo cambiaba; cuando creció, le enseñó a andar, lo seguía mientras corría por el jardín y pasaba tardes enteras en casa jugando con él. Para el pequeño, Parí fue su principal compañía, como una madre, al menos hasta que se matriculó en medicina y empezó a tener poco tiempo para dedicarle. Lo mismo le ocurría al resto de la familia: Husein tenía trabajo en el bazar; Simin debía atender a los otros hijos; Yavad siempre tenía nuevos intereses y casi nunca estaba en casa; Abás tenía su familia y su trabajo lo mantenía muy ocupado.

Alí, como si supiera que había sido un niño inesperado, crecía dócil y taciturno, esforzándose por dar pocas molestias. Lloraba poco, obedecía sin rechistar y se perdía en sus pensamientos, acostumbrado a estar solo con frecuencia. A veces, Parí lo hallaba inmóvil en la posición en que lo había dejado horas antes, con un lápiz en la mano y un álbum para colorear abierto ante sí, todavía intacto.

## 5

### Dos hermanos

Husein murió de repente en el verano de 1968, fulminado por un infarto. Yo estaba fuera de Teherán con mi familia, y me enteré de la noticia un mes después. Cuando mi madre y yo fuimos a visitar a Simin, la encontramos muy avejentada. Daba vueltas retorciéndose las manos, con la mirada ausente. Llevaba a Alí de la mano, y parecía su abuela.

—No creí que iba a pasar mis últimos años sin él —repetía—. ¿Qué haré sin Husein? Que Dios me proteja.

Cuando nos quedamos solas, Parí me contó que su madre no lo superaba. Todas las actividades se habían convertido en algo inaccesible para ella, y delegaba en su hija incluso las tareas cotidianas más leves. Abás, con su habitual eficiencia, tomó las riendas de la situación. Había sido un buen hijo y un buen hermano mayor, era un buen cabeza de familia y estaba dispuesto a hacerse cargo de su madre y los demás. Le pidió a su tío que comprara la parte de su padre en la tienda, porque Yavad acababa de matricularse en ingeniería y Alí era demasiado pequeño. La casa, orgullo de Husein, resultaba demasiado grande y dispendiosa, por lo que se puso en venta. El general protector de Abás hizo una oferta generosa y la compró. Ese dinero bastaba para asegurar a Simin una modesta renta, y para comprar un piso pequeño en el mismo barrio. Así fue como Simin se vio obligada a renunciar a su rosal, y al pequeño huerto donde cultivaba habas, berenjenas, tomates y rábanos. Sólo llevó consigo unas plantas de albahaca, y las puso en el alféizar de la ventana de la cocina. Cada vez que las miraba, sacudía la cabeza, entristecida al ver esas hojas tan finas oprimidas por el cristal y la grisura del panorama; no se parecían en nada a las espesas matas verdes de su jardín.

El piso nuevo era algo pequeño para los muebles de la vieja casa, pero Abás sabía que Simin nunca consentiría en venderlos, por lo que resolvió comprimirlos dentro aprovechando al máximo los espacios, incluidas las esquinas y el pasillo. Nadie se quejaba si, en la penumbra del corredor, tropezaba con una mesa baja o con un arca labrada que no debería haber estado allí, y ninguno de los hermanos propuso jamás vender los muebles. Las miradas que dirigía Simin a la vieja madera y el modo en que acariciaba aquellas formas sinuosas, sin un solo rastro de polvo, eran demasiado conmovedores. Tampoco protestaron cuando Abás les explicó que debían transferirle a Simin su parte de la herencia, porque la ley sólo permitía a la esposa heredar una mínima parte del patrimonio del marido, y eso no bastaba para que viviera tranquila.



—Si no, ¿qué va a hacer *maman* cuando vosotros os caséis? ¿Se va a quedar sin nada?

Parí y Yavad, convencidos de las palabras de su hermano, cedieron su parte de la herencia, pero la de Alí quedó intacta, pues aún era menor y no podía disponer de su dinero. El niño observaba en silencio los cambios, sin saber a quién pedir explicaciones. En el dolor y la conmoción de aquellos días, Alí había ido pasando de unos parientes a otros, y en todas partes se sentía un invitado llegado en un momento inoportuno. En el piso nuevo perdió el derecho a tener un cuarto propio, y acabó durmiendo con Yavad. Obediente, trasladó allí sus cuatro cosas y los juguetes que habían pertenecido a sus hermanos, y comprendió que tardaría años en tener un espacio completamente suyo.

Cada mes, Abás dividía su sueldo en cuatro partes; se quedaba tres, y la otra se la daba a su madre. Con estos pequeños arreglos, se aseguraba de que su familia saliera adelante. También llevaba a casa las provisiones alimenticias que el Ejército entregaba a los oficiales. Dividía cada ración en dos, una para su madre y sus hermanos y otra para él, su mujer y sus dos hijos. Cuando volvió a recibir invitados, Simin adquirió la costumbre de servir en su mejor bandeja las tabletas de chocolate que su hijo le regalaba.

—Coged —decía—, me lo acaba de traer mi hijo; es suizo.

En aquellos días, estaba muy de moda tener en casa productos de otros países, y sólo unos pocos podían permitírselo. Además, le gustaba alardear de su primogénito, un oficial del Ejército de carácter generoso. «Eres muy afortunada por tener un hijo como Abás. Abás es un hombre como es debido, con la cabeza en su sitio», repetían sus amigas. Y Simin se limitaba a asentir sin mediar palabra, más orgullosa que nunca de su primogénito, mientras se le deshacía el chocolate en la lengua.

Las responsabilidades privaron a Abás de su serenidad natural. Vérselas con la burocracia y las jerarquías militares, ocuparse de dos familias y hacer que cuadraran las cuentas de un presupuesto incierto lo estaban transformando en un hombre más serio y taciturno. Ahora bien, una cosa eran sus hijos y otra, sus hermanos. Sobre todo con respecto a los mayores, temía no tener suficiente autoridad para desempeñar el papel de cabeza de familia que se había impuesto. Durante años, había encubierto a Yavad, interviniendo cuando éste se metía en líos, y, en varias ocasiones, lo había sacado del atolladero antes de que su padre se enterara. Incluso le había tocado llevárselo a rastras de alguna pelea. No es que Yavad fuera violento, pero tenía un carácter impulsivo y no sabía mantener la boca cerrada, por lo cual se había enemistado varias veces con compañeros o chicos del barrio.

—¿No sabes mantenerte alejado de los líos? ¿Aún no has aprendido cuál es tu sitio? —le decía Abás a su hermano menor, aunque sabía muy bien que no serviría de nada.

Yavad se sacudía el polvo del pantalón y se encogía de hombros, sin intentar justificarse. Entre sus pestañas, largas como las de una muchacha, se filtraba una mirada que oscilaba entre la disculpa y la complicidad, y en las comisuras de sus labios asomaba una sonrisa.

—Al menos, la próxima vez, búscatelos de tu talla —mascullaba Abás con resignación, mirando los hombros estrechos de su hermano.

Sin embargo, ahora que Husein había muerto, todo había cambiado. El joven militar, oprimido por el peso de las nuevas responsabilidades, creía que ya no era tiempo de proteger y apoyar, sino de dar una lección, por dura que fuese, a su hermano menor. Por eso, en la siguiente pelea, se quedó al margen. Cuando Yavad logró salir de

ella, lo miró con resentimiento con el ojo que no tenía hinchado. Y Abás, en vez de consolarlo, se mostró agresivo.

—Aparte de un ojo a la funerala, ¿qué has sacado de esto?

—He defendido mis ideas. Deberías estar orgulloso de mí; tu trabajo también consiste en sostener las tuyas con la violencia —replicó Yavad, quien, cuando había cometido una falta, se volvía arrogante.

Pero el Ejército era un tema que no se podía tocar con Abás.

—Mi trabajo es defender mi país —gruñó sin levantar la voz, pero con una tensión peligrosa que le contraía los hombros.

Por una vez, Yavad calló, apartándose a tiempo del abismo que había estado a punto de abrirse entre ellos. No obstante, la tierra había temblado, y el vínculo entre ambos, basado en antiguas certezas, había entrado en crisis. A Abás, hombre de lealtades inamovibles, lo asaltó la idea de que su querido hermano menor se estaba convirtiendo en un hombre, y de que se iba alejando de él, de las ideas y principios que regían su vida. Yavad, por su parte, salió de aquel episodio con la idea de que ya no podía contar con su defensor de siempre.

Así, empezó a alternar más con chicos de su edad, amigos que lo comprendían, que llevaban la misma vida que él, entre su casa y la universidad, y, sobre todo, que compartían sus ideas políticas. Yavad aún iba al instituto cuando arrestaron al padre de su mejor amigo, acusado de militar en el Tudeh, el partido comunista iraní. Desde entonces, los dos muchachos empezaron a leer panfletos políticos y a interesarse por las ideas marxistas, movidos, más que nada, por la atracción hacia lo prohibido. Durante la Segunda Guerra Mundial, fundaron el Tudeh intelectuales marxistas encarcelados por el sah Reza. Su hijo no contaba con fuerzas suficientes para sofocar a sus oponentes, y, al principio, permitió que el partido desarrollara libremente sus actividades políticas. El Tudeh estaba vinculado a la Unión Soviética, o, como decían los militantes, existía «una relación de fraternidad con el partido comunista soviético», si bien este último, en realidad, pretendía sumisión y obediencia de su hermano menor iraní. Gracias al apoyo ruso, el partido se había ampliado, y, además de los intelectuales antimonárquicos de la capital, contaba con la adhesión de los obreros de los pozos petrolíferos situados al sur del país. En 1949, el sah consideró al Tudeh responsable del atentado fallido contra su persona, e ilegalizó el partido. Tras la caída de Mosadeg, se tomaron medidas aún más severas, en parte para complacer a Estados Unidos, país que, en aquellos años, se hallaba en plena guerra fría. Con todo, el Tudeh siguió operando en la sombra, e intentó mostrar al mundo la dictadura del sah.

Al igual que en el caso de Abás, Husein había optado por callar ante el nuevo ardor político de Yavad, convencido de que la pasión del joven terminaría pronto. Desde luego, no lo entusiasmaban las proclamas que éste hacía durante la cena, pero, normalmente, bastaban unas palabras para acallarlos. Husein levantaba los ojos del plato y le pedía:

—Nada de mítines en la mesa, por favor.

Y Yavad, que siempre había tenido sentido del humor, inclinaba hacia atrás la cabeza y lanzaba una carcajada sin color político. Abás, por su parte, frenaba la lengua por respeto a su padre, y fingía no oír lo que decía su hermano. Sólo en una ocasión se enzarzó en una disputa, y ambos se enfrentaron con la dialéctica sorda de sus respectivas ideologías, claras e irreconciliables. Cuando Abás advirtió que era capaz de levantarle la mano a su hermano predilecto para defender al sah, sintió miedo de sí mismo, y se prometió que, en un futuro, evitaría cualquier discusión política. Yavad, al no hallar a nadie a quien provocar, moderó su carga polémica.

Y así siguió hasta que Abás puso en tela de juicio su relación con Borna y Arya.

La pelea surgió tras la enésima imprudencia de Yavad, y, si el momento no hubiera sido tan tenso y ambos hermanos no se hubiesen sentido confusos e irritados, tal vez no habría tenido consecuencias graves. Yavad regaló a su sobrino Borna por su cumpleaños un bonito libro ilustrado de Samad Behrangui. Narraba la historia de un pez que no se conformaba con vivir en su estanque, y que iba hasta el mar a explorar un torrente. Tras varios encuentros y aventuras, el protagonista conoce a un grupo de peces que lucha para cortar las redes de los pescadores y liberar a sus compañeros. Y así descubre su misión en la vida:

Puede que ahora halle la muerte, pero, mientras viva, no iré a su encuentro. Si un día me veo obligado a enfrentarme a ella, lo cual, sin duda, sucederá, no importa. Lo que cuenta es la influencia de mi vida y mi muerte sobre los demás...

Antes de poder unirse al grupo, el pez fue capturado por un pelícano, y decidió sacrificarse para salvar a los otros peces que habían caído en el pico del ave.

Esa misma noche, Borna y Arya le pidieron a su padre que leyera el cuento con ellos. Abás lo recitó con su voz lenta y profunda, mirando de reojo a sus hijos, que iban deslizándose bajo las sábanas.

—¡Yo también quiero viajar por el mundo y ser un héroe! —exclamó Borna antes de quedarse dormido.

Abás experimentó una instintiva sensación de orgullo ante el valiente chiquillo, y sonrió para sus adentros; pero, mientras cerraba la puerta del dormitorio de los niños, lo invadió una insólita inquietud. No se trataba de la metáfora del cuento; ni la entendía ni era capaz de asociar la imagen de su sah a la del pelícano, porque, a sus ojos, éste no era un opresor de quien nadie tuviera que librarse. Lo que lo inquietaba era el espíritu independiente del pez, que se había ido a explorar a pesar de las exhortaciones de los adultos para que permaneciera tranquilo junto a los demás. Cuanto más pensaba en ello, más negativo le parecía aquel ejemplo. ¿Y si sus hijos hicieran oídos sordos a los consejos de los adultos? ¿Y si se obstinasen en no comprender el valor de las tradiciones? Al fin y al cabo, ése era el camino que había recorrido Yavad: nadie lo había frenado en el momento oportuno, él mismo lo había protegido cuando armaba alboroto, y, como resultado de todo ello, se había convertido en un muchacho consentido y presuntuoso, que iba por ahí protestando contra el rey y sintiéndose un combatiente. No, con sus hijos no iba a cometer el mismo error que Husein, se prometió antes de quedarse dormido.

Al día siguiente, mientras Borna y Arya estaban en la escuela, cogió el cuento y fue a devolvérselo a Yavad.

—Toma, mejor que lo guardes tú. No creo que sea una lectura adecuada para los niños. De ahora en adelante, preferiría que lo consultaras conmigo antes de hacerles un regalo. Es evidente que no sabes qué puede impresionar a unos chiquillos como ellos —dijo secamente, y le tendió el libro.

Yavad, quien, en el fondo, también era un chiquillo irresponsable, no comprendió el reproche. Para Abás, la familia era intocable, y sus hijos eran los únicos seres a quienes quería más que al sah. Pero Yavad sólo advirtió que su hermano mayor lo consideraba una compañía poco recomendable para sus sobrinos, y se sintió profundamente herido.

—¿Te da miedo que Arya y Borna acaben despertando? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

No hizo ademán de coger el libro, y se quedó mirándolo con aire desafiante.

—Mis hijos no necesitan despertar. Están bien educados y son inteligentes. ¿Cómo te atreves a juzgarlos? —masculló Abás conteniéndose a duras penas para no levantar las manos.

—Nadie pone en duda su inteligencia —repuso Yavad remarcando con intención el «su».

La mano de Abás se alzó y descendió sonoramente sobre la mejilla de su hermano. El golpe seco de la bofetada retumbó en la habitación. Los dos hombres se miraron, mudos tras aquel gesto brusco e inesperado. En un instante, la grieta que se había formado entre ellos desde la muerte de su padre se transformó en una enorme vorágine, un remolino que engullía el afecto compartido durante tantos años.

Yavad, con los ojos húmedos de ira y humillación, dio media vuelta y se fue. Abás permaneció inmóvil, con el libro entre sus manos. Muchos años después supo que, ese mismo día, por la tarde, su hermano se puso en contacto con el Tudeh.

## 6

## En el nombre del sah

—Id vosotras, yo me quedo aquí —decía mi padre cuando mi madre le proponía ir a visitar a Simin.

Durante el último mes, con una excusa u otra, nunca había querido acompañarnos.

—Por favor, no digas eso, Mohamed Alí *kan*. ¿Qué pensará la gente si, un día de fiesta, dejo solo a mi marido para ir a otra casa?

—Pues quédate aquí conmigo, *kanum* —replicaba él sin inmutarse.

—Puedes jugar al *backgammon* con Yavad. Se le da bastante bien —insistía mi madre.

—No es más que un muchacho. Si no gana enseguida, se cansa y se distrae. Y así no tiene gracia.

La verdad era que, tras la muerte de Husein, mi padre se aburría mucho durante nuestros habituales encuentros. Por eso empezamos a espaciar las visitas y a tratarnos por separado. Mi madre seguía viendo a Simin y yo, a Parí. Y sólo nos llegaban noticias esporádicas de Abás, Yavad y Alí.

Parí y yo solíamos quedar en la ciudad para charlar con otras amigas en el Café Naderí, donde saboreábamos esos cafés con helado que tanto le gustaban a Parí. Por aquel entonces, yo ya me había licenciado y había empezado a hacer prácticas como juez.

Aquella tarde, cuando Parí me recogió a la salida del despacho, enarcó una ceja como signo de desaprobación ante mi aspecto desaliñado. A la hora de vestirme, mi criterio se limitaba a la ropa que caía primero en mis manos, y mis ojos, aún adormilados, casi no se fijaban en ella.

—Trabajas demasiado —sentenció Parí mientras sacudía la cabeza.

—Sí, estoy muy ocupada, pero me gusta.

—No me digas que trabajar es tu forma de divertirme.

—No es eso, es que no tengo tiempo para todo.

—Anda, ven, voy a hacer que te diviertas de verdad.

Y me arrastró a un largo maratón de escaparate en escaparate, hasta que nos detuvimos a descansar un poco y reponer fuerzas en un *chelo kebab*, donde Parí se empeñó en recordar nuestras antiguas experiencias como cocineras. Sus relatos siempre eran amenos, y, aunque me los supiera de memoria, no podía dejar de reír. Sin embargo, cada vez que yo intentaba hablar de política, un ámbito que, debido a mi trabajo, estaba adquiriendo cierta importancia en mi vida, Parí se encogía de hombros. El tema la

aburría.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No sabes que ayer mismo detuvieron a diez estudiantes?

—Mi padre tenía razón: lo mejor es mantenerse al margen.

No comprendía su actitud superficial, que me sorprendía en una chica inteligente como ella. Con todo, había algo en su voz que denotaba ansiedad. No lo hacía casi nunca, pero aquella noche la acompañé a casa.

Subí a tomar el té, y percibí enseguida aquella nueva nota estridente en el acogedor salón abarrotado de Simin.

—¿Unas vistas de Isfahán? —le pregunté a Parí con curiosidad.

Descolgué el pequeño cuadro y lo acerqué a la luz. Hacía meses que no iba a su casa, y me sorprendió ver un objeto tan corriente entre los muebles de madera maciza de su madre.

—Bastante feo, ¿verdad? Es el último hallazgo de Yavad.

La miré, intrigada. Parí suspiró y se dejó caer en el sofá.

—Ahora sólo piensa en sus queridas ideas de izquierdas. Y quienes piensan de otro modo son sus enemigos.

—No sabía que estuviera tan convencido.

—Yo tampoco. Pero no pierde ocasión de discutir con Abás. Lo acusa de ser conservador, enemigo del pueblo iraní. ¿Imaginas cómo reacciona Abás? La mayoría de las veces sale de aquí dando un portazo.

Empezaba a comprender la hostilidad de Parí hacia la política.

—Su última provocación —continuó— fue quitar el retrato del sah de casa, y sustituirlo por este bonito paisaje. Cuando Abás se dio cuenta, puso el grito en el cielo. Le dijo que era un ingrato, y que si todos nosotros tenemos una casa, es gracias al sah, y que él no piensa perder el tiempo con esas estupideces. Incluso le llegó a echar en cara que, todos estos años, lo había estado manteniendo. Y entonces Yavad le dijo: «¿Sabes qué hago yo con tu dinero y tus ideas?».

—No me lo puedo creer. Pero si los dos hermanos se adoraban.

—Eso era antes. Abás se fue jurando que no volvería a poner los pies en una casa donde no había un retrato del sah. *Maman* le suplicó que se calmara, pero él no atendía a razones. Y Yavad menos aún. Durante un mes, Abás no dio señales de vida, y nos mandaba el dinero a través de Turan. Y tampoco permitió que Borna y Arya viniesen a vernos.

—¿Y ahora ya han hecho las paces?

—Ni en sueños. *Maman*, a base de lágrimas, convenció a Abás para que volviera, pero se niega a encontrarse con Yavad. No quiere ni pronunciar su nombre, lo llama «ése». Me pidió que lo avisara cuando Yavad no estuviera en casa, y así puede venir sin temor a cruzarse con él. Es increíble, pero hace tres meses que no se ven. Quizá sea mejor así. Mamá no puede ver como se pelean, se le parte el corazón.

Poco después, durante una de mis visitas a Simin, me encontré por casualidad con Abás, a quien acababan de ascender a coronel. Era el 19 de agosto, el aniversario del golpe de Estado, y aprovechó la ocasión para repetir la historia de la pluma estilográfica y del merecido castigo que recibieron los traidores. Aquello era demasiado.

—En primer lugar, Mosadeg no era un traidor —estallé—, e hizo lo que el sah Reza no había sido capaz de hacer: nacionalizó el petróleo e intentó librarnos de los extranjeros. En cambio, tu sah permitió que Estados Unidos volviera a entrometerse en nuestros asuntos. Y, en segundo lugar, era un primer ministro elegido

democráticamente, y el pueblo lo quería. Sólo el Majlis podía destituirlo, no el sah, y mucho menos la CIA.

—¡Nunca creí que tú también te dejarías engañar! —exclamó, furibundo—. Atacas al sah, cuando, gracias a él, pudiste ir a la universidad y hoy eres juez. Si no hubiera sido por los Pahlevi, que Dios los proteja, las mujeres iraníes seguirían recluidas en casa, esperando a que su marido se acordara de ellas.

El sah Reza advirtió la necesidad de modernizar el país, y envió a muchos jóvenes a estudiar a Europa para formar a los profesores de la futura élite intelectual. Curiosamente, algunos de ellos acabaron siendo acérrimos detractores de la monarquía. Tal fue el caso de Tagui Arani, fundador de la izquierda iraní y primer difusor de las ideas marxistas, y de Mehdi Bazargan, nombrado primer ministro tras la Revolución islámica. Los jóvenes formados en Europa se convirtieron en el cuerpo docente de la primera universidad iraní moderna, la cual, por iniciativa del sah Reza, se instauró en Teherán y se abrió a las mujeres. En cuanto a su hijo, éste introdujo el sufragio universal en 1963, lo cual me parecía muy poca cosa para soportar más de cuarenta años de régimen, y para justificar las palabras ofensivas de Abás.

—Yo estudié en la universidad y me he ganado mi puesto. No tengo nada que agradecerle al sah. Si no estuviera tan sometido a Estados Unidos, utilizaría mejor los beneficios del petróleo y dejaría de comprar esas cantidades de armamento. En Irán hacen falta otras cosas...

—¡Necesitamos armas contra los comunistas! —me interrumpió Abás—. ¿Has olvidado al gigante dormido a lo largo de la frontera? ¿Qué crees, que la Unión Soviética nos habría dejado en paz? Sin el sah, sin Estados Unidos, Mosadeg habría debilitado Irán, y lo habría dejado caer como una manzana podrida en manos de los comunistas. Lo que tú te obstinas en llamar golpe de Estado fue una alianza legítima entre Estados Unidos e Irán, el país más poderoso de Oriente Próximo. ¿No ves cuánto hemos progresado?

Lo miré, furiosa y desconsolada: había oído la misma argumentación, con idénticas palabras, en boca de no sé cuántos oficiales. Respetaba profundamente a Abás, pero, de pronto, lo vi tal como era: un hombre de inteligencia limitada, que permitía que otros pensarán por él.

—No comprendo por qué todos los que habéis ido a la universidad salís de ahí con esas ideas subversivas —prosiguió en su monólogo—. ¿Todos vuestros profesores son comunistas? ¿Por qué los rectores no impiden que se difunda cierto tipo de propaganda? Mira como ha terminado Yavad: pasa más tiempo con sus amigos que en la universidad. No comprendo cómo se deja engañar tan fácilmente. Pero a mis hijos no les va a pasar; quiero que estudien en Estados Unidos. Prefiero tenerlos lejos a oírles decir un día que Irán puede prescindir de Su Majestad.

Mi madre me dio un ligero codazo y renuncié a discutir. Cada vez entendía mejor que Simin y Parí se sintieran tan exasperadas con la política y las continuas peleas domésticas. Mientras asistía a la progresiva enemistad entre los dos hermanos, mi malestar iba en aumento, como si presagiara un desastre inminente.

## 7

**Cuatro paredes grises y desnudas**

Una tarde, Parí me llamó al despacho y me pidió que nos viésemos lo antes posible. Quedé con ella en el Café Naderí, pero la encontré esperándome a la salida del juzgado.

—Perdona, Shirin, *yun*, he cambiado de opinión. No me pareció buena idea vernos en un lugar público —dijo sin saludarme.

Llevaba un pantalón cómodo, una vieja camisa y zapatillas de deporte. Nunca la había visto tan desaliñada, ni siquiera en casa, y ella advirtió mi mirada.

—Hoy vas a reñirme tú por mi aspecto, ¿verdad?

Pero la broma no sonó convincente, y la sonrisa murió enseguida en sus labios, muy pálidos sin su capa habitual de carmín.

—Ven, vamos a pasear por el parque y te lo cuento —dijo.

Nos encaminamos despacio hacia una plazoleta que sólo unos ojos generosos podían llamar parque. Mi amiga parecía sumida en sus pensamientos. Me dirigí a un banco situado en un rincón, pero ella tiró de mí con delicadeza y, con un gesto, me indicó que prefería andar. Transcurrieron unos minutos antes de que se decidiera a hablar.

—¿Sabes algo de la protesta de los estudiantes en la universidad? —me preguntó.

—Me temo que no —repuse, sorprendida de que hubiera sacado ese tema—. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Es por la subida del precio del autobús. Las asociaciones de estudiantes han convocado una huelga nacional contra el aumento. Ya sabes, la crisis, la inflación, la explotación del pueblo, lo de siempre. Yavad ha participado en la huelga. —Suspiró sacudiendo la cabeza y añadió—: Al final, el sah ha suprimido el aumento, pero luego ha ordenado que detuvieran a los cabecillas de los manifestantes. Y han cogido a Yavad.

—Oh, no. ¿Y cómo está? —pregunté, sin saber qué otra cosa decir.

—No tengo ni idea. No nos permiten ponernos en contacto con él. Sólo nos han dicho que lo tienen en una celda de aislamiento. *Maman* no hace más que llorar y rezar, rezar y llorar.

—Le diré a mi madre que vaya a verla y le haga compañía.

—Gracias, Shirin, eres muy amable. —Vaciló unos instantes antes de continuar—: En realidad, he venido a pedirte un gran favor. ¿Conoces a alguien que pueda ayudarnos? Al menos, para que podamos enterarnos de algo y mi madre se tranquilice.

Parí se mordía nerviosamente el labio. Comprendí cuánto le había costado implicarme en aquella historia.



—Parí, ya sabes que, si pudiera, no dudaría en ayudaros. Pero trabajo aquí desde hace poco, y no conozco a nadie. Además, los disidentes políticos son presos «especiales», y los procedimientos que se siguen con ellos son distintos.

—Comprendo. Perdóneme, es que no sé a quién dirigirme. Estoy muy preocupada.

Nos habíamos detenido. Parí me miraba fijamente a los ojos, y pude ver en su cara que no había dormido.

—¿Has hablado con Abás? Seguro que él conoce a alguien.

—Ya, pero no quiere hacer nada. Dice que ya es hora de que Yavad aprenda a cuidar de sí mismo, que no puede seguir sacándole las castañas del fuego. Eso es lo que piensa mi hermano, el gran defensor de la familia —concluyó, y su voz vibraba de indignación.

—Quizá tema por su carrera. Si sus superiores descubren que tiene un pariente comunista...

—No, no es eso. O tal vez sí, puede que le preocupe. Tengo la impresión de que ya no lo conozco. Igual es que se avergüenza de Yavad, y le resulta humillante tener un hermano «rebelde»; igual, en el fondo, le parece justo que esté en la cárcel.

*En aquel momento no podía entender qué significaba estar encerrado en una celda de aislamiento. Lo descubrí en mis propias carnes años más tarde, durante el régimen de la república islámica.*

*La puerta suena detrás de mí con un clic seco. Estoy en una habitación de tres metros por dos. Cuatro paredes grises y desnudas, lisas. Del techo cuelga una bombilla que da una luz débil. No hay ventana. El suelo está cubierto por una moqueta que tiene polvo y excrementos incrustados; debe de hacer años que no la limpian. Está tan sucia que no sabría decir de qué color es.*

*En una esquina se amontonan las mantas de paño basto; si ello fuera posible, diría que aún tienen más manchas que la moqueta. Una cuchara y un cuenco de lata, que pertenecieron a no sé quién, completan mi ajuar.*

*Miro a mi alrededor, desolada. No me atrevo a tocar nada. Infecciones y enfermedades son muy comunes en la cárcel. También el sida. Tengo un marido y dos hijas esperándome, temo contagiarme e infectarlos.*

*Al principio, no sé qué hacer; me quedo de pie, inmóvil, durante más de dos horas, sin consumir energías para retrasar el momento de sentarme. Pero empiezo a estar muy cansada. ¿Quién me asegura que me liberarán?, me pregunto. ¿Mis amigos habrán corrido la voz de que me han detenido?*

*Pensando en ello, me siento en el suelo, exhausta. Me abrazo las rodillas e inclino la cabeza para ocultar las lágrimas. ¿Qué delito he cometido?*

*Una noche de 1998, mientras un grupo de estudiantes de la Universidad de Teherán protestaba por el cierre de un periódico de tendencia progresista, la policía y los lebas shajsi entraron en la residencia universitaria, hirieron a muchos jóvenes y mataron a uno de ellos, Ezat Ebrahimnezhad. Yo era la abogada elegida por la familia para descubrir y demostrar quién había ordenado el ataque y quién había disparado. Mi trabajo de investigación marchaba bastante bien, y había encontrado a una persona dispuesta a hablar en el juicio. El testigo tenía pruebas de lo que afirmaba, y nunca se retractó; sin embargo, el tribunal prefirió incriminarme por haber declarado en falso en vez de escuchar su declaración. Acusar a la policía nunca es buena idea en la República Islámica de Irán.*

*Mi celda da a un pasillo vacío. A mi alrededor no hay ruidos, lamentos ni respiraciones. El silencio absoluto me aterra y me contrae el estómago. Daría*

*cualquier cosa por que alguien me dirigiese la palabra y me recordara que estoy viva, que aún existe un mundo poblado de seres humanos a mi alrededor.*

*Ni siquiera el sueño me apacigua. No tengo almohada y, cuando pido una, el guardia me responde que no está permitido. Me duermo con el brazo doblado bajo la cabeza y, al cabo de una hora, me duele tanto que me despierto. Cuando no es eso, es la ciática. No sé por qué, pero en la cárcel no se pueden llevar medias. La humedad agudiza mi inflamación, y doy vueltas durante horas sin encontrar una postura que me alivie.*

*Parece que el tiempo no pasa, o quizá pase demasiado aprisa. Pierdo la conciencia de las horas y los días. La luz siempre está encendida y, sin ventana, es imposible saber cuándo es de noche y cuándo brilla el sol. En el momento en que me detuvieron, se llevaron todas mis cosas: el bolígrafo, el cuaderno, las gafas y, obviamente, el reloj. Eso es lo peor: el tiempo. Cómo pasarlo y cómo medirlo. Siento una desesperada necesidad de razonar, hacer cálculos, saber qué hora es y cuánto tiempo ha transcurrido desde que me encerraron. Sé que cuando me traen pan, queso y té ha llegado un nuevo día, o, al menos, estoy convencida de que eso es el desayuno. Sin embargo, pronto empiezo a sospechar que sustituyen la cena por el desayuno para que pierda la noción del tiempo y me vuelva loca. Y temo que lo estén consiguiendo.*

*De vez en cuando, se abre la mirilla y, desde el exterior, un guardia me observa sin dirigirme la palabra, sólo para humillarme y ver como desespere instante tras instante.*

*Los primeros días, esos ojos indagadores e indiscretos me enfurecen. Violan mi escasa intimidad. Luego recuerdo que, en las celdas de aislamiento, hay cámaras instaladas para observar los gestos del detenido y vigilarlo. Un día, tras mucho buscar, encuentro una sobre las bisagras de la puerta. Me echo a reír y, al escuchar ese jadeo ronco que sale convulsamente de mi boca durante unos minutos, me siento al borde de la locura. Luego me invade la congoja. El saber que me observan hace aún más difícil soportar esta vida. Ahora me siento cohibida cada vez que me cambio de ropa; no soporto la idea de que unos extraños, probablemente hombres, puedan ver mi cuerpo desnudo. Incluso me cohibe estar sentada, beber del cuenco y comer. Me propongo no llorar para no dar esa satisfacción a quienes están al otro lado. Y ésa es mi salvación, porque la testarudez con que me niego a complacerlos me impide caer en la más absoluta desesperación. Una vez a la semana, una guardia me saca de la celda para que me duche. Se queda conmigo mientras me desnudo y me lavo bajo el chorro de agua caliente. Ni siquiera allí puedo tener un momento de intimidad. Al día siguiente, me obligan a limpiar sin guantes mi celda, el inodoro, el cuarto de baño y el pasillo. Con la pizca de raciocinio que aún me queda, he intentado convencer a los guardias para que me dejen hacer la limpieza antes de la ducha y no al revés, pero no ha sido posible modificar esta tortura inútil. Tengo que ensuciarme y seguir sucia durante una semana para luego volver a la misma rutina.*

*Cada tarde, otra guardia me lleva a la sala de interrogatorios. Cada tarde las mismas preguntas; las he contestado cientos de veces. Nadie me pega, y a veces llego a pensar que preferiría eso en vez de soportar el constante goteo de preguntas iguales una y otra vez.*

*Después supe que los psicólogos llaman «tortura blanca» a la celda de aislamiento.*

Yavad estuvo un año en la cárcel. Parí y su madre obtuvieron permiso para ir a verlo unas cuantas veces; después de cada visita, salían destrozadas. Simin se metía en la

cama gimiendo, o se dedicaba a rezar y, durante horas, apoyaba su frente en el *mohr*, la piedra plana que los chiíes utilizan para sus plegarias. Parí vagaba por la casa como una sonámbula, arremetiendo ora contra «el irresponsable de Yavad», ora contra «el terco de Abás».

Al final, las constantes recriminaciones de su madre y su hermana y, sobre todo, las lágrimas de ambas, convencieron a Abás. Llamó a un amigo suyo que, con la máxima discreción, habló con otro pez gordo. Y Yavad salió sin saber a quién debía su libertad.

## 8

**Mashhad**

Yavad parecía otro: espigado y delgadísimo, con una mirada seria y penetrante que incomodaba a sus interlocutores. Hablaba a intervalos, con largas pausas entre una palabra y otra, como si le faltara el aliento. Había contraído asma. Le habían roto la nariz, y le había quedado torcida. En el pómulo derecho tenía una profunda cicatriz que partía de la oreja y llegaba casi hasta los labios. No podía andar solo, porque los pies le dolían al apoyarlos en el suelo. En la cárcel los torturaban dándoles latigazos en las plantas de los pies, y, en cuanto las heridas empezaban a cicatrizar, los fustigaban de nuevo con violencia.

Simin se sentía tan feliz de tener a su hijo en casa que intentaba no fijarse demasiado en su estado; además, se propuso conseguir que volviera a ser el de antes. Desempolvó su vieja magia culinaria y organizó un gran banquete familiar con los platos favoritos de Yavad. Éste, acostumbrado a la dieta pobre de la cárcel, a duras penas logró probar bocado. Abás, obviamente, no quiso ir, para no romper el veto que le había impuesto a su hermano.

—Alí y yo hemos estado comiendo sobras una semana. ¡Y no es que *maman* haya perdido facultades! —me contó Parí resoplando.

Pero Simin no se daba por vencida, e intentaba colmar de atenciones a su hijo. Creía que debía dormir mucho para recobrar fuerzas. Le quería regalar ropa nueva, pero se contenía debido a la talla: en la cárcel, Yavad había perdido más de quince kilos, y ella pensaba hacer que los recuperara todos en poco tiempo. Cuando imaginaba la ropa colgando sin forma en su cuerpo flaco y blanco, renunciaba a comprarla, convencida de que pronto le quedaría estrecha.

Yavad no soportaba aquel exceso de atenciones, aunque comprendía las buenas intenciones de su madre. Se alejaba, molesto, cuando ella lo perseguía con sus consejos («¿Por qué no te relajas en el sofá? Aún estás débil, abrígate. ¿Tienes hambre? Mira qué naranjas he comprado hoy; cómete una, te sentará bien»), y sólo el respeto evitaba que le respondiera con brusquedad. Para evitar las continuas intromisiones de Simin, Yavad pasaba el mayor tiempo posible fuera de casa, vagando sin una meta concreta, o bien se encerraba en su cuarto y se tumbaba en la tabla de madera que había querido como lecho. Prefería no volver a acostumbrarse a las comodidades del pasado; la cárcel había marcado su futuro, le había hecho comprender su deber de oponerse al régimen. Si la lucha era su destino, tarde o temprano se vería obligado a pasar a la clandestinidad, y tal vez lo arrestaran de nuevo; mejor estar preparado y habituarse enseguida, de cuerpo y

espíritu, a las duras condiciones de un nuevo encarcelamiento, se decía mientras adaptaba su huesuda espalda a la rigidez de los listones de madera.

Tras su paso por la cárcel se sentía un hombre: había sufrido en silencio el aislamiento y la reclusión, había olvidado el hambre, había soportado la tortura. Todo lo que antes le gustaba —los partidos de fútbol, el *backgammon*, las charlas con los amigos— había dejado de interesarle. Eran hábitos que pertenecían a otro mundo y a otra persona, al chiquillo que había sido. Por eso recibió con la máxima indiferencia la carta de expulsión de la universidad; no habría tenido ningún sentido volver a las aulas, habría sido más bien perder el tiempo y borrar todo lo sucedido.

Había llegado el momento de tomar las riendas de la situación, se decía. Empezó a buscar un empleo cualquiera y a responder a todos los anuncios, pero, por mucho que redujera sus expectativas, sólo conseguía rotundas negativas. Al fin entendió que aún llevaba encima la marca de la cárcel, y que difícilmente le darían una oportunidad, por lo menos en Teherán. Además, allí no se sentía seguro; fuera donde fuese, le parecía que la policía secreta lo seguía. El hombre que leía el periódico sentado en un banco, el repartidor de la acera de enfrente, incluso el mozo que, desde hacía años, le llevaba los paquetes a Simin: cualquiera de ellos podía ser un espía al servicio de la Savak.

Simin organizó un viaje de tres días a Mashhad, capital de la provincia de Jorasán, cerca de la frontera con Turkmenistán. Allí descansan los restos del octavo imán Reza, que murió en el año 817 por comer uvas envenenadas, según la historia religiosa. Desde entonces, lo que era una humilde aldea se convirtió en el principal santuario chií, meta de millones de peregrinos desde hace mil doscientos años. A lo largo de los siglos, reyes y sultanes compitieron para honrar como merecía la sacralidad del lugar, y para ello erigieron cúpulas, mezquitas y minaretes, en un resplandeciente alarde de magnificencia sin igual en todo Oriente Próximo. Hoy, todas las calles de la ciudad convergen en el santuario, rodeado de murallas circulares que encierran dos mezquitas, seis escuelas teológicas, dos museos, cuatro patios, oficinas y bibliotecas.

Mashhad, gran centro de estudios teológicos, fue escenario de constantes revueltas durante el reinado del sah Reza, dado que éste, al igual que Atatürk en Turquía, promovía la laicización del Estado. Él fue quien abrió los santuarios a los turistas, quien introdujo en el código civil leyes de origen europeo, en abierto contraste con la *sharia*. Además, retiró a los religiosos la jurisdicción en los tribunales, y recordó al país sus orígenes preislámicos al recuperar el calendario persa y al cambiar, en 1935, el nombre oficial de Estado de Persia por el de Irán. Naturalmente, la medida más extrema fue la prohibición del velo; algunos exponentes del clero, en señal de protesta, se refugiaron en el santuario. Pero ni siquiera ese recinto sagrado logró detener al sah Reza; los enfrentamientos prosiguieron en su interior, y hubo víctimas por ambas partes.

Mi madre quiso unirse al peregrinaje, y me convenció para que la siguiera. Nos fuimos por la mañana temprano, junto a Parí, Simin y Alí. Me sorprendió ver que faltaba Yavad, pues, aunque nadie lo hubiera dicho explícitamente, estaba claro que aquel viaje era una ofrenda por su excarcelación.

—Ya sabes cómo es mi hermano —me confió Parí en cuanto nos quedamos solas—. Cree que rezar es cosa de débiles o de fanáticos, y que no sirve para nada. Dejó que *maman* lo organizara todo y luego, en el último momento, se echó atrás. Aunque yo lo entiendo: seguro que, desde hace tiempo, se moría de ganas de estar solo.

Cuando llegamos, nos recibió la acostumbrada multitud de fieles. Hombres y mujeres de todas las edades atestaban las calles, y, como un único flujo, se movían en la misma dirección, unos hablando animadamente, otros con la cabeza inclinada, rezando.

Parecían columnas de hormigas dirigiéndose al hormiguero. Aquí y allá se alzaban los turbantes de los mulás procedentes de las escuelas teológicas; negros para los descendientes del Profeta, los demás blancos. Nos unimos a los peregrinos y cruzamos las murallas circulares.

Dentro del *haram e motahar*, el recinto sagrado del santuario, decenas de mendigos tendían la mano para pedir limosna. Había personas con malformaciones, ciegos y simples pobres sentados en todos los rincones, cubiertos con capas negras para protegerse del sol.

Simin se dirigió a la fuente donde los peregrinos se lavan manos y pies antes de entrar en los lugares sagrados. Mientras hacían sus abluciones, me detuve a contemplar la gran cúpula dorada que coronaba el mausoleo del imán Reza, resplandeciente contra el fondo azul del cielo. Seguía fascinada ante su perfil neto y brillante cuando Parí me dio un ligero codazo.

—Ven, los demás ya van hacia allí, y podríamos perdernos.

Apuramos el paso para alcanzar a Simin y a mi madre; Alí las seguía de cerca, con la cabeza inclinada. Nos reincorporamos a la fila ordenada de peregrinos que, cada día, visitan el mausoleo para implorar la protección del imán. Cuando mis ojos deslumbrados por el sol se habituaron a la luz interior, descubrí el enorme sagrario de oro que protegía la tumba de todo contacto. Sentí un escalofrío en la penumbra, entre leves crujidos y movimientos de desconocidos, quienes se inclinaban para tocar y besar la tupida barandilla, tras lo cual giraban varias veces alrededor de ésta murmurando sus oraciones. Simin se arrodilló, y sus dedos se cerraron sobre las volutas doradas, como si quisiera sujetarse; después rozó el metal con sus labios.

Alí se arrodilló junto a su madre. Sus ojos parecían echar chispas cuando miró a su hermana. Madre e hijo permanecieron mucho rato en esa postura, hasta que la multitud de peregrinos los obligó a levantarse.

—Ven, Parí —dije—, vayamos a cumplir con nuestro deber y luego salgamos.

Era jueves, el día en que se recita el *kumail*, y Simin, Alí y mi madre prefirieron quedarse todo el día en el mausoleo. Parí me acompañó a inspeccionar el *haram e motahar*. Visitamos la Masjed e Azim e Gohar Shad, la Gran Mezquita que Gohar Chad, esposa del hijo mayor de Tamerlán, mandó construir en su propia memoria. Mujer generosa y de gran vanidad, pidió una cúpula mayor que la cúpula dorada del mausoleo; sus arquitectos, para complacerla, proyectaron una inmensa estructura de cincuenta metros de altura, enteramente cubierta de porcelana azul. Observamos el rico portalón dorado y la profusión de piedras incrustadas, hasta que Parí me suplicó que fuésemos a almorzar, más atraída por los efluvios de los restaurantes cercanos que por la perspectiva de contemplar otras finuras artísticas.

—La cultura no quita el hambre, Shirin. Ya sabía que mi madre se pondría insoportable, pero no esperaba que tú fueses tan aburrida.

Y me llevó a un restaurante en el que ya se había fijado por la mañana.

—No sabía yo que tu madre fuera tan devota —comenté.

—Siempre lo ha sido, pero, desde que liberaron a Yavad, todo le parece poco. Este peregrinaje es por él, para pedir al imán que proteja a mi hermano. Lleva tres meses buscando trabajo y no encuentra nada. En confianza, yo creo que ni siquiera el imán podrá ayudarnos.

—¿Piensas que la Savak tiene algo que ver?

—Yavad está convencido de que sí. Dice que no va a encontrar nada en Teherán. Y yo también empiezo a creerlo. No busca un empleo de alto nivel; hasta se ha ofrecido como obrero, pero no lo cogen en ningún sitio. El mes pasado parecía que lo iban a contratar de dependiente en una tienda de material eléctrico, pero, cuando se presentó al

puesto de trabajo, el dueño había cambiado de opinión. Le dio a entender que no había tenido elección.

—¿Y sus viejos amigos no podrían ayudarlo?

—Ninguno. Sus compañeros de universidad se guardan bien de hacerlo; tienen familia, trabajo, algunos se ganan bien la vida y no quieren problemas. Si se cruzan con él por la calle, fingen no reconocerlo. Sólo mi hermano fue lo bastante ingenuo como para creer de verdad en lo que hacía. ¿Y qué ha ganado con eso? Un año de cárcel y padecer asma —concluyó filosóficamente Parí—. Anda, vamos a pedir.

Parí propuso que fuéramos a Tus, a visitar la tumba del poeta Ferdusi, autor del poema épico nacional, el *Sahnameh* o Libro de los Reyes. Allí fue el único que no quiso ir.

—Me gusta Ferdusi, pero prefiero al imán Reza —aclaró, y se encogió de hombros.

Desde hacía algún tiempo, Parí intentaba recuperar el vínculo especial que había tenido con su hermano, a quien tanto había querido y acunado cuando era pequeño, hasta que los estudios universitarios la alejaron de él. De modo que intentó convencerlo para que nos acompañara.

—Rendirle homenaje a Ferdusi viene a ser como honrar a los padres de Irán. Él supo cantar nuestra historia y nuestro espíritu, no como tus mulás, que balbucean sus frasecillas en árabe sin entenderlas siquiera.

—No digas esas cosas —repuso Alí irguiendo la cabeza—. Los mulás son hombres santos.

—Qué ingenuo eres, Alí. ¿Sabes cuántos mulás tienen más de una mujer? ¿Y cuántos se obstinan en elegir el *sigueh*?

El *sigueh* es un contrato matrimonial temporal, que se utiliza para legitimar vínculos que nada tienen que ver con el matrimonio. Sobre todo en los mausoleos, las mujeres se ofrecen a los peregrinos, quienes pactan con ellas un modesto *mehrieh*, la suma de dinero que corresponde a la mujer como indemnización al disolverse el matrimonio. Tras una breve ceremonia que es pura formalidad, la pareja consuma la unión y, luego, cada uno sigue su camino.

—Parí, no hay que dudar de la palabra de los mulás. Aunque algunos cometan errores, eso no significa que el islam sea un error —sentenció Alí, y se encaminó hacia el santuario para tomar parte en la oración.

Mientras paseábamos en torno a la blanca y prominente tumba, símbolo de la vanagloria del sah Reza, Parí se quedó apartada. La conocía lo suficiente para saber que estaba molesta por la negativa de Alí. Esperando a que se le pasara el mal humor, convencí a las demás para dar un paseo por el parque cercano. Al fin, tras un largo silencio, Parí recuperó las ganas de hablar.

—Es una pena renunciar a un día tan bonito para quedarse encerrado en una mezquita. Qué estúpido es Alí.

—Deja de ofender a tu hermano —lo defendió Simin, resentida—. Deberías tomar ejemplo de él. Sólo es un muchacho, pero ya es un buen musulmán; igual que su padre, Dios lo tenga en su gloria.

Alí era el hijo que menos había conocido a Husein, pero era el que más se le parecía físicamente. Bajo y compuesto, desde pequeño andaba con el mismo paso lento, un pie tras otro, como si midiera el suelo. Simin decía que sus ojos eran tan negros y penetrantes como los de Husein. Sin embargo, al contrario que su padre, Alí nunca bromeaba, y no tenía amigos. Había transcurrido su infancia en soledad, yendo de habitación en habitación para no sentirse un estorbo, y eso lo había marcado. El niño taciturno se había convertido en un muchacho tímido y susceptible, que sólo conocía los

aspectos serios de la vida, y se sentía incómodo si alguien reía de forma muy exuberante, pues lo consideraba una inconveniencia.

Los jueves, noche sagrada para los musulmanes, Alí iba siempre a la mezquita. Allí participaba activamente en los programas de formación y enseñanza. El mulá lo llevaba a las celebraciones, cuando oficiaba ceremonias en casas privadas o lugares públicos. Además, lo animaba a aprenderse de memoria el Corán, y Alí ya sabía recitar muchos pasajes.

Simin sentía que su hijo estaba seguro y aprobaba su vocación religiosa, que lo protegía de las exaltaciones políticas de sus hijos mayores, o, al menos, eso creía ella. Lo consideraba simple fervor, aunque ningún otro miembro de la familia fue nunca tan devoto; ni siquiera Husein, pese a haber sido muy creyente y respetuoso. Abás, exteriormente, parecía un buen musulmán, pero, según decía Parí, habría preferido rezarle a su sah. En cuanto a ella, sólo rezaba antes de los exámenes o cuando tenía algo que pedir.

—*Maman*, te prometo que el próximo semestre rezaré —repuso Parí con uno de sus mohines—. Ahora estoy de vacaciones, ¿qué voy a decirle a Alá?

Simin la fulminó con la mirada. Al fin y al cabo, aquello era un peregrinaje.

A su regreso de Mashhad, encontraron la casa vacía. Yavad se había ido. Había recogido sus libros y sus panfletos, había metido en una maleta algo de ropa vieja que aún le quedaba ancha y se había marchado. Sólo dejó una nota.

*Maman:*

*En Teherán no hay sitio para mí. Soy adulto y no puedo seguir dependiendo de ti. Y tampoco quiero que me mantenga Abás con su sueldo robado al pueblo. Perdona que no te haya avisado, pero sabía que no me dejarías marchar. Voy a reunirme con un compañero en Rasht; me ha dicho que allí, entre las fábricas y el puerto, seguro que encuentro trabajo.*

*Con afecto,*

YAVAD



## 9

**La barba de Alí**

En 1963, el sah Mohamed Reza, por sugerencia de la administración Kennedy, llevó a cabo una serie de reformas que pasaron a la historia con el nombre de *enguelab e sefid*, Revolución blanca. El objetivo era evitar un giro hacia el comunismo mediante la rápida modernización del país, lo cual incluía una redistribución de las tierras, la nacionalización de los pastos y la reforma de los sistemas electoral, administrativo y académico.

El sah sometió a referéndum dichas iniciativas, y, de forma muy sospechosa, obtuvo un consenso del 99,9 por ciento. Religiosos y estudiantes boicotearon el voto; por toda respuesta, el Ejército ocupó la Universidad de Teherán, donde cientos de jóvenes se habían manifestado gritando «¡Sí a las reformas! ¡No al sah!».

Con la Revolución blanca, Mohamed Reza se jugó muchas simpatías. A los latifundistas y a los mulás, quienes también eran grandes terratenientes, no les gustó la redistribución de tierras, que amenazaba sus privilegios seculares. El clero tampoco aceptó la constitución del «ejército del saber», formado por jóvenes diplomados a quienes mandaban a las zonas rurales para que enseñaran a leer y escribir, tarea que, tradicionalmente, correspondía a los mulás, y que les garantizaba una base de sólidas influencias. Los comerciantes, por su parte, no estaban de acuerdo con la política fiscal ni con el control de los precios, que podía acabar arruinando a muchos de ellos.

Todo eso provocó que, un mes de junio, la población saliera a la calle a protestar. Los religiosos lo hicieron a través de la voz de Ruholá Jomeini, quien tuvo la osadía de oponerse abiertamente al sah. Aunque lo detuvieron varias veces, Jomeini no dejó de enfrentarse al soberano, y mostró su hostilidad cuando Mohamed Reza, con el fin de asegurarse nuevos suministros de armas, concedió inmunidad diplomática a todos los estadounidenses. El sah conminó a Jomeini a moderar su comportamiento, y, al final, este último pagó sus declaraciones con el exilio, primero en Turquía y después en Irak.

Cuando un fundamentalista islámico, en señal de protesta contra las medidas del sah y, en particular, contra las concesiones a Estados Unidos, asesinó al primer ministro Hasan Alí Mansur, el soberano revocó la inmunidad. No obstante, la Revolución blanca siguió su curso. La más mínima chispa bastaba para desencadenar protestas, y, la mayoría de las veces, el sah acallaba esas voces con sangre. Tal fue el caso de los manifestantes de 1963, encarcelados, torturados y asesinados.

Los enemigos del monarca pertenecían a tres categorías: los nacionalistas, herederos de las ideas liberales de Mosadeg; los comunistas, reunidos en varios grupos;

los religiosos, contrarios a la laicización del Estado y a la emancipación de las mujeres. El sah, quien debía su poder al respaldo de Estados Unidos, miraba con suspicacia sobre todo a los primeros, pues temía que llegaran a un acuerdo con el Gobierno estadounidense y lo destituyesen. En cambio, no existía ninguna posibilidad de que los religiosos o los comunistas llevaran a cabo semejante iniciativa, si bien estos últimos podían hacer de cabeza de puente para que la Unión Soviética instaurase un gobierno afín y conquistara las aguas del Golfo.

Así pues, los grupos islámicos parecían ser los más inofensivos, ya que, siendo tan adversos a la laicización del Estado, no podían aliarse ni con la liberal Norteamérica ni con la atea URSS. De modo que el sah, tras el exilio de Jomeini, adoptó medidas menos restrictivas con ellos, sobre todo para no enemistarse con gran parte del pueblo iraní, que siempre había sido profundamente religioso. Sin embargo, el monarca subestimó la influencia que ejercían los mulás en la gente corriente, y olvidó que éstos eran los únicos que tenían contacto directo con todas las clases sociales, en especial las más bajas.

En 1977, el hijo mayor del ayatolá Jomeini, Mustafá, murió en extrañas circunstancias en Irak. Sobre este hecho circularon múltiples y contradictorias versiones, desde el envenenamiento o el infarto hasta el atentado. La ceremonia fúnebre en su honor concluyó con un enfrentamiento entre la multitud y las fuerzas del orden. El disturbio encendió una mecha imparable que podía hacer explotar las tensiones que vivía Irán. Las protestas se sucedían de continuo: los intelectuales pedían libertad; los religiosos se sublevaron en favor de Jomeini; los obreros convocaban huelgas, lo cual ponía en peligro la economía nacional. El 8 de septiembre de 1978, tras una manifestación que tuvo especial impacto, el sah ordenó al Ejército que disparara sobre la multitud; ese día pasó a la historia como Viernes Negro.

El monarca, asustado ante la influencia de los religiosos, intentó alejar más aún al ayatolá Jomeini, y consiguió que lo expulsaran del cercano Irak. No obstante, su traslado a la localidad parisina de Neauphle-le-Château no favoreció al sah, puesto que, desde su nueva residencia, el ayatolá tuvo ocasión de transmitir su mensaje a través de los medios de comunicación. En poco tiempo, Jomeini se convirtió en el único líder reconocido por todos los oponentes del sah, y se halló en una situación que no había previsto, que jamás habría podido imaginar: al grito de «¡Unidos hasta la victoria!», nacionalistas, comunistas y grupos islámicos se aliaron para derrocar la monarquía.

Yo también protestaba en las calles. Tras años de silencio y paciencia forzosa, en la universidad había respirado el entusiasmo de la disidencia y la convicción de poder hacer algo. Y, si en aquel entonces había gritado contra el aumento de las tasas de matrícula, en 1978 creía que todos teníamos derecho a cambiar el país. Y me sentía henchida de orgullo.

Mi marido, algunos amigos y yo nos uníamos a las masas y gritábamos nuestro eslogan: «¡Independencia, libertad, república islámica!». En aquel momento, creía de veras que la república islámica nos llevaría a la independencia y a la libertad. Sólo temía que el día de nuestra victoria contra el sah no llegara nunca.

La manifestación iba de la mezquita de Gaba hacia la plaza Azadi. La muchedumbre había salido a las ocho, y aumentaba continuamente. A lo largo del recorrido, desde las calles laterales confluían pequeños grupos que engrosaban la masa de gente. Cuando nos incorporamos, me hallé rodeada de muchas más personas de las que esperaba, hombres y mujeres que expresaban al unísono nuestra voluntad de renovación.

Algunos llevaban el retrato de Mosadeg, otros el del ayatolá Jomeini. El tiempo pasa, pensé: el viejo primer ministro era la esperanza de ayer; ahora que ha muerto, el

ayatólá tiene que ser la de hoy.

Un grupo de islámicos, procedente de un patio situado a nuestra derecha, se unió a la multitud. A la cabeza iba el mulá y, detrás, algunos acólitos, todos con el cabello muy corto y la barba poblada. Alí estaba entre ellos. Me dio un vuelco el corazón al verlo; casi no lo reconocía. Desde que París se había marchado a Inglaterra a cursar la especialización, había perdido el contacto con su familia.

Alí había crecido; un muchacho corpulento y robusto, que andaba con la cabeza gacha y sostenía una fotografía de Jomeini. Su rostro, antes tan dulce, tenía una expresión ceñuda, y una barba incipiente oscurecía sus mejillas.

—Alí, ¿eres tú? ¿Cómo estás? ¡Hoy es un día glorioso! ¿Y París? ¡Hace mucho que no sé de ella!

Las llamadas al extranjero tenían precios prohibitivos, y nos conformábamos con unas pocas cartas perezosas que llegaban cuando sus contenidos ya eran agua pasada.

—Recibí su última carta —proseguí— hace dos meses. Vosotros, en casa...

—Hermana —me interrumpió Alí con brusquedad—, el número de seguidores del islam aumenta, y París, *inshalá*, volverá pronto a Irán para servir también al pueblo.

Su tono distante y formal me sorprendió.

—Alí, soy yo, Shirin, ¿no me has reconocido?

Él se quedó callado, con los labios obstinadamente cerrados. Miraba hacia un punto impreciso en el suelo. De pronto, lo entendí. Era su forma de protestar porque yo no llevaba el pañuelo. Alí no quería cometer un pecado mirando a una mujer sin velo, y había decidido mirar al suelo. Me quedé de piedra, sin palabras. Tenía catorce años menos que yo, casi habría podido ser mi hijo. Lo había cogido en brazos cuando era pequeño, había jugado con él, lo había ayudado a hacer los deberes. Y ahora me trataba con formalidad y con un desprecio evidente.

—Shirin, ¿qué haces? —dijo mi marido tomándome del brazo—. Nos hemos quedado atrás.

Lo seguí, todavía desconcertada. Alí retomó su camino sin añadir nada más.

Seguí observándolo a lo largo del recorrido. Al final, reconocí a su mulá. Había leído las oraciones durante la ceremonia que Simin encargó para pedir la liberación de Yavad. En aquella época, ésta me confió que el mulá tenía dos mujeres y cinco hijos, y que todos compartían un humilde piso de dos habitaciones. «Es un buen hombre», decía Simin, y, como le daba lástima, cada mes le regalaba algo de dinero en vez de hacer la ofrenda ritual para el *joms* y el *zakat*.

Aquel mulá era el mismo que, ahora, andaba con una seguridad que rayaba en la intrepidez y gritaba «¡Muerte al sah!». Y Alí lo seguía como una sombra.

París regresó al cabo de dos meses, tan inconsciente y despreocupada como siempre. Lucía una media melena de diva del cine mudo, y había tenido que comprarse otra maleta para volver con sus trajes nuevos.

El comportamiento de Alí me había ofendido, y no podía olvidarlo. A la primera ocasión, le hablé de ello.

—Ah, otro hermano cargante —comentó, y resopló para alborotarse el elegante flequillo—. Lo último que nos faltaba, ¡un fundamentalista islámico en la familia! ¿Sabes que va todos los días a la mezquita?

—Y a ti, por ser tan emancipada, ¿no te dice nada?

—Oh, sí, intenta imponer el «decoro» en casa. Pero, en cuanto empieza a declamar su decálogo de la buena musulmana, me abalanzo sobre él y lo abrazo. Tendrías que ver como se aparta, asqueado —concluyó riendo.

—¡Pero si lo criaste tú! ¿Cómo se atreve a tratarte así?

Una vez más, me sorprendió la ligereza de Parí ante ese vínculo que, pese a haber sido tan fuerte, ahora se estaba rompiendo de un modo que, me temía, era inevitable.

—Quizá yo sea la única que se parece realmente a nuestro padre. Siempre pienso que lo más importante es la familia, y que lo demás, tarde o temprano, se arreglará solo.

Y siguió sorbiendo su té de jazmín, absorta en sus cavilaciones.

Habría querido decirle que, por desgracia, la filosofía de Husein había fallado en dos ocasiones, y que Alí podía ser la tercera. Y añadir que, precisamente, era la familia lo que se estaba dividiendo. Pero ella seguía el hilo de sus pensamientos.

—Oye, ¿sabes que Yavad ha vuelto? Dijo que no tenía sentido seguir en Rasht ahora que ha estallado la Revolución, así que dejó su trabajo en la fábrica y ha vuelto a casa, a «echar una mano a los compañeros». Para *maman*, tener a todos sus hijos cerca es el colmo de la felicidad. Lástima que mis hermanos no puedan estar en la misma habitación sin pelearse. ¡Se llevan fatal! —Me lanzó una mirada cómplice—. ¡Pobre Abás! Ahora, para entrar en la casa que ha ayudado a pagar, tiene que esperar a que Yavad y Alí no estén. No soporta a ninguno de los dos.

Como siempre, Parí relataba el lado divertido y guardaba para sí el más preocupante. Sólo muchos años después me contó qué había ocurrido entre sus hermanos.

Los primeros meses en que Alí había empezado a seguir al mulá, Yavad, en casa, siempre andaba tras él, sin dejarlo ni un momento.

—Yavad, basta ya —le suplicaba Alí, que seguía siendo un chiquillo muy susceptible.

Zigzagueaba entre los viejos muebles, avanzaba deprisa del pasillo a la cocina, al salón, se metía entre los sillones rojos y el sofá, iba a sentarse sobre la cama. Pero Yavad siempre iba tras él, a pocos centímetros de distancia, casi pisándole los talones.

—Esto es lo que haces con tu mulá. ¿Cómo es que a él no le molesta?

—Es un guía, es normal que vaya delante de mí. Yo aprendo de él.

—Bobadas. A ti se te ha secado el cerebro de tanto rezar.

—Yavad, basta ya.

—Deberías pensar con la cabeza, Alí. Piensa con la cabeza. Y, por favor, arréglate esa barba. No soporto verte así, ¿la recortamos un poco?

Cada vez que se cruzaba con su hermano menor, Yavad le hacía la misma pregunta, y movía los dedos como si fueran tijeras. Alí respondía con un gruñido, pues había renunciado a dar explicaciones sensatas. Le gustaba así y punto, cabello corto y barba larga. Aunque, en realidad, lo suyo no era más que vello sin afeitar.

Yavad, casi sin darse cuenta, tomó la costumbre de hacer el mismo gesto a los mulás que se encontraba por la calle. En cuanto veía a uno, unía el índice y el corazón como señal de desprecio. No le molestaban los mulás como tales, aunque tampoco le gustaban; lo que le resultaba odioso eran sus barbas. Lo irritaba esa maraña grisácea y sucia, igual en todos sus rostros. Cuando veía una barba le entraban ganas de arrancarla con fuerza. Para resistirse a la tentación, había ideado ese gesto con los dedos a modo de tijeras, sin decir nada, sólo el movimiento. Así, imaginaba que cortaba la barba y aplacaba el instinto de arrancar y herir.

Hasta que una noche, con su ímpetu habitual, decidió que, si Alí no lo hacía, él mismo se encargaría del asunto. Oyó como su hermano llegaba, se desnudaba y se acostaba. Permaneció inmóvil en la oscuridad hasta cerciorarse de que su respiración era rítmica y pesada. Fue a la cocina, abrió el cajón y sacó las tijeras sin hacer ruido. Con el mismo paso silencioso, se acercó a la cama de Alí y, centímetro a centímetro, se

arrodilló junto a su cabeza. Pero, mientras levantaba las tijeras, un hueso de la rodilla le crujió con un ruido seco y agudo. Alí abrió los ojos y chilló.

—¿Qué ocurre? —voceó Simin.

Llegó corriendo, como en los viejos tiempos, cuando sus hijos eran pequeños y gritaban a causa de alguna pesadilla.

—¡Me quiere matar!

Alí se levantó de un salto, bañado en sudor. Yavad seguía agachado, contrariado por el fracaso de su plan; sacudió la cabeza, indignado ante una acusación tan absurda.

—Sólo quería recortársela un poco. Esta barba da asco, y en cuanto entra por la puerta, apesta.

Parí, que también había acudido corriendo, estalló en carcajadas. Simin le dio una bofetada.

—*Maman* —lloriqueó Parí, más asombrada que ofendida.

Los otros dos hermanos también recibieron sendas bofetadas. Simin los miraba, demasiado furiosa para hablar. La habían despertado en plena noche, le habían dado un susto de muerte por una cosa así.

Volvió a la cama acordándose de cuando eran pequeños, de cuando bastaba cogerlos en brazos, acariciarlos y susurrar que no pasaba nada para aplacar cualquier desazón. Ahora se sentía impotente. Encontrar a uno de sus hijos blandiendo unas tijeras contra su hermano... Eso ninguna madre podía soportarlo.

## 10

### *Alá akbar*

Todo el mundo sabía que el sah estaba gravemente enfermo. Los medicamentos para controlar el tumor nublaban su mente, el país estaba revolucionado y él no parecía capaz de tomar ninguna iniciativa. Cambiaba de colaboradores, aceptaba algunas peticiones y, acto seguido, ordenaba que disparasen sobre la multitud, sin seguir una línea clara. Sus oficiales ya no sabían qué órdenes debían acatar. Estados Unidos también parecía haber abandonado a Irán a su propia suerte.

Entretanto, las protestas aumentaban, las manifestaciones eran imponentes, las huelgas se extendían a nivel nacional, y quienes, poco antes, estaban indecisos, ahora se echaban a las calles. Desde la otra punta del mundo, la voz del ayatolá Jomeini difundía aquel grito único que unía todas las banderas: «¡Fuera el sah!».

En un desesperado intento por recuperar la confianza de su pueblo, Mohamed Reza, en un discurso radiotelevisivo, dijo haber oído la voz de la Revolución, y nombró primer ministro a Shapur Bajtiar. Éste, para calmar las aguas, prometió suspender la ley marcial, y aconsejó al monarca que abandonase temporalmente el país. Estados Unidos apoyó esta solución a través de su embajador, William H. Sullivan. Cuando le comunicó el mensaje, Mohamed Reza dijo: «Está bien, pero ¿adónde voy?». Sus ex defensores estadounidenses temían enemistarse con los revolucionarios e impulsarlos a aliarse con la Unión Soviética, de modo que no quisieron comprometerse.

A mediados de enero, el sah aterrizó en Egipto, donde lo aguardaba el presidente Anuar as Sadat. En los meses siguientes fue de un país a otro, pero la gravedad de su tumor requería tratamientos sofisticados. Al final, el presidente estadounidense Jimmy Carter aceptó acogerlo en Estados Unidos como ciudadano privado. En ese momento, sus condiciones de salud eran muy graves. Al poco tiempo, el 27 de julio de 1980, murió. Tal como pedía en su testamento, su cuerpo fue enterrado en Egipto. Su amigo Sadat decretó un funeral de Estado.

En cuanto el sah abandonó Irán, las autoridades cerraron los aeropuertos para impedir también el regreso del ayatolá Jomeini. No obstante, el 1 de febrero, el ayatolá desembarcó en Teherán. Le preguntaron qué sentía, a lo cual respondió: «*Hici*», 'nada'. Una única y hosca palabra que decepcionó profundamente a los patriotas, aunque algunos la justificaron interpretándola en clave irónica. Con todo, grandes multitudes lo recibieron como a un libertador. Quienes, al igual que yo, no consiguieron llegar al aeropuerto para saludarlo, vieron en televisión el histórico acontecimiento. El 12 de febrero, las fuerzas armadas se pusieron de su parte.

Durante meses, antes de la victoria de la Revolución, religiosos y comunistas, intelectuales e iletrados subían a los tejados de sus casas, a las nueve en punto, para gritar, tal como había pedido Jomeini, «Alá *akbar*», 'Alá es grande'. En la luz tenue del anochecer, los gritos resonaban de edificio en edificio, de casa en casa, en un delirio trepidante de esperanzas y esperas. ¿Qué iba a ser de nuestro amado Irán? Nadie lo sabía, pero el futuro se nos antojaba lleno de promesas.

El ayatolá Jomeini aprovechó la debilidad del Gobierno de transición para reforzar la posición de los religiosos y asegurarse un grupo de fieles incondicionales. Tomó bajo su control las riquezas de los Pahlevi, con las cuales mantenía a los pasdarán, la nueva guardia revolucionaria que debía actuar como contrapeso del Ejército. Los días 30 y 31 de marzo, se celebró un referéndum para que la población decidiera si quería la república islámica, y ésta se aprobó con un inverosímil 98 por ciento de los votos. Jomeini fue nombrado Guía Supremo, y, en poco tiempo, se hizo con el control total del país.

La nueva Constitución ponía el destino de Irán en manos de pocas personas. Desde entonces, la situación casi no ha cambiado. El Guía Supremo, un representante religioso, tiene los poderes legislativo, judicial y ejecutivo, y no debe responder de lo que hace ante el Parlamento, el pueblo ni ninguna otra institución, aunque el artículo 5 establece que el pueblo debe aceptar al Guía por amplia mayoría. Sin embargo, quien lo nombra es el Consejo de Discernimiento, órgano compuesto por un grupo de representantes religiosos; el pueblo elige a los mismos entre los nombres de una lista confeccionada por el Consejo de los Guardianes de la Revolución.

El Consejo de los Guardianes tiene un poder enorme. Los miembros del Parlamento y el presidente de la República sólo son elegibles tras la aprobación del Consejo, el cual, además, puede ejercer su derecho al veto sobre las leyes aprobadas en el Parlamento, siempre y cuando considere que éstas violan la Constitución o los principios islámicos. Entre los musulmanes siempre han existido discrepancias acerca de los principios fundamentales del islam, de modo que el Consejo de los Guardianes puede rechazar con suma facilidad cualquier ley que no le convenga. Así pues, no es de extrañar que un sistema constitucional tan cerrado y endogámico no haya instaurado ningún tipo de democracia en Irán, ni que la república islámica haya acabado con todos los sueños de libertad.

Esto es así, literalmente. El nuevo régimen se propuso eliminar a oponentes y rivales, incluidos los viejos aliados. En primer lugar, mandó fusilar a los representantes del gobierno anterior, tras juicios sumarios en los que no se respetaron siquiera los derechos más elementales de los imputados, como el derecho a defenderse. Radios, periódicos y televisiones dedicaron amplio espacio a estos homicidios cobardes, como si fueran actos meritorios. Después les tocó a los kurdos; tomando como pretexto las reivindicaciones secesionistas del Kurdistán iraní, los tribunales revolucionarios condenaron a muerte a cientos de personas. Y, para mayor afrenta, dijeron a las familias que, si querían que les entregaran los cadáveres para poder enterrarlos, debían pagar el coste de las balas. Por último, atacaron a los Muyahidin Jalq, 'Combatientes del Pueblo', quienes habían cometido la imprudencia de abrazar la lucha armada, así como a los miembros del Tudeh y del resto de partidos de izquierdas.

Con el fin de introducir el cambio tan esperado en Irán, dos de las primeras medidas que adoptó el nuevo gobierno de la república islámica fueron la legalización de la poliginia y la obligación de llevar velo.

El único que se sintió satisfecho con estos cambios fue Alí. Todos sus hermanos habían

perdido, incluida Parí. Cuando nosotros aún creíamos en la Revolución y ensalzábamos al ayatolá Jomeini, ella fue la única que se mostró clarividente.

—Ya veréis —decía—, la situación no mejorará. Nos van a quitar hasta los pocos licores que bebemos.

En cambio, Alí asistía al principio de su sueño: Jomeini había instaurado el concepto de *velayat-e faqih*, gobierno del jurisconsulto, el experto en derecho —obviamente— islámico. Se trataba, pues, de un gobierno del clero, según Alí, el único legitimado por Alá, no por los hombres. Ahora gobernaban los *fuqaha*, hombres virtuosos expertos en derecho islámico, quienes pronto transformarían Irán en una isla de orden y moralidad. El ayatolá exportaría su filosofía política, y, bajo su guía, todos los países musulmanes se agruparían en los Estados Unidos Islámicos. Estaba a punto de nacer la tercera superpotencia, autónoma e independiente, nueva e invencible. Alí sólo temía que el ayatolá no viviera lo suficiente para llevar a cabo sus grandiosos proyectos, y, cada mañana, su primera preocupación era informarse sobre el estado de salud del líder.

Con el fin de perseguir sus objetivos, el ayatolá Jomeini apoyó a los muyahidines afganos que se habían sublevado contra el gobierno socialista. La Unión Soviética envió sus tropas para evitar que el régimen fuera derrocado, en vista de lo cual los muyahidines perseguidos reforzaron sus filas y se convirtieron en el grupo islámico más temible. No satisfecho aún con ello, el ayatolá respaldó la fundación del Hizbolá para captar a los chiíes libaneses.

Realmente, aquello fue sólo el principio del sueño de Alí. Y de muchas pesadillas para todo el mundo.

Su mulá era un viejo amigo de Jomeini, y, tras la proclamación de la República, se convirtió en una de las figuras más importantes de la Fiscalía. Aquel don nadie que, poco tiempo atrás, recitaba oraciones por las casas y vivía de la caridad, ahora ocupaba un alto cargo en la justicia. Y ni siquiera había estudiado derecho; es más, quizá no tuviese ni una diplomatura. Me sentía indignada.

Antes de que nombraran al mulá, ocupaba el cargo un ex profesor mío de derecho, un hombre mayor con mucha experiencia, por quien todo el mundo sentía un gran respeto. Cuando estudiaba, colaboré con él en muchas ocasiones, y lo ayudé a redactar ensayos y artículos. Era doctor en filosofía, derecho y economía, daba clases en la universidad, escribía textos de derecho fundamentales y dominaba a la perfección el inglés y el francés. A pesar de su cargo, llevaba una vida sencilla, lo cual demostraba que era honesto y no admitía sobornos. Siempre se desplazaba solo en su viejo Peykan. En cambio, su sucesor revolucionario circulaba en un coche extranjero blindado, y lo escoltaban veinte pasdarán, como si estuviéramos en guerra. Alí iba siempre a su lado.

El mulá de Alí se esforzaba por demostrar la importancia de su cargo y el alcance de los cambios que se estaban introduciendo. Inspeccionaba todos los despachos y examinaba informes que no comprendía, todo por el mero placer de impartir órdenes. Al cabo de unos meses, tuve ocasión de verlo mientras desempeñaba sus funciones.

Acababan de destituirme como juez por el único pecado que no podía evitar: ser mujer. Tras licenciarme, doctorarme y ejercer durante diez años, me relegaron a tareas administrativas. Estaba trabajando en el despacho donde me habían exiliado, y una compañera me avisó de que el fiscal general nos haría una visita sorpresa. Jueces, administrativos y simples repartidores debían dirigirse a la sala de oración.

Cada vez que oía ese nombre, me entraban ganas de reír. En tiempos del sah, era la sala de conferencias, y solía utilizarse para recibir a los periodistas y a los visitantes



importantes. Ahora se reunían allí los creyentes incondicionales; cada día, a las doce, los revolucionarios competían entre sí para exhibir su fe religiosa. Se levantaban metiendo mucho ruido con las sillas y corrían a la sala; dejaban sus zapatos a la vista, para asegurarse de que todos advirtieran su presencia, y se arrodillaban presurosos. Se inclinaban repetidamente, golpeando la cabeza contra el *mohr*, como si sólo un chichón pudiera demostrar su fervor. Tras diez minutos de oración urgente y ostentosa, arremetían contra el sah y contra Estados Unidos, gritando a más no poder eslóganes trillados.

Yo prefería rezar en privado, en casa. Nunca entraba en aquella sala. Me levanté con un suspiro y seguí a mis compañeros. En la entrada, me quité los zapatos junto a los demás. La sala era amplia y rectangular, iluminada por grandes ventanales. En el centro, sobre un pequeño palco improvisado, estaban las butacas para el fiscal y su séquito. Enfrente habían alineado los asientos para los hombres; detrás, las sillas de las mujeres.

Fui a sentarme, indignada. Pensé en el *apartheid* de Sudáfrica y en la segregación racial de Estados Unidos. Por primera vez, entendía qué significaba ser negro.

Mientras los compañeros tomaban asiento, empecé a sentir náuseas. Por algún extraño motivo, la higiene se consideraba antirrevolucionaria, y perfumes y desodorantes eran un escándalo. En aquellos días, el más sucio era considerado el mejor defensor de la República y el islam. El olor a pies y a sudor rancio apestaba el aire. Aquello era irrespirable, y me pregunté cuánto tiempo podría aguantarlo.

Lamentablemente, el fiscal nos hizo esperar media hora. Oímos cerrarse las puertas de cuatro o cinco coches, luego el pesado taconeo del calzado militar a lo largo de los pasillos desiertos. Por fin, hizo su entrada, triunfal. Entró con un gesto de saludo altivo y subió al palco. Los guardias se colocaron en semicírculo detrás de él. Dos de ellos se quedaron en la entrada con los fusiles preparados. Aquel hombrecillo menudo, con su aire afectado y soberbio, parecía una caricatura de sí mismo.

Empezó a cantar las excelencias del nuevo gobierno, y recitó por enésima vez las grandes promesas del ayatolá. Cada dos o tres palabras, intercalaba un *inshalá* a modo de buen augurio, como una fórmula mágica. Su mirada se dirigía obstinadamente a las filas de los hombres, para huir de la corrupción y porque las mujeres no merecían aquellas palabras de gracia.

De las alabanzas pasó a las amenazas: los tiempos del sah habían terminado, criminales e infieles debían desaparecer. Todo buen iraní tenía el deber de luchar por su país y ganarse, *inshalá*, un lugar en el paraíso. Quien no obedeciera, sería despedido.

Las náuseas y la indignación crecían a un tiempo dentro de mí. Pero lo que de verdad me dolió fue ver a Alí a su lado, y presenciar cómo asentía enérgicamente con la cabeza ante cada una de las afirmaciones estereotipadas de aquel hombre.

## 11 Un matrimonio sin *nabat*

—*Maman*, sé que tenías muchas ganas de que me casara. Pues bien..., ésta es tu nuera, Fariba.

—Buenos días —dijo Fariba, cohibida.

Simin permaneció inmóvil unos segundos. Luego saludó a su nuera con un hilo de voz.

—Yavad no me había dicho nada. Es un poco raro que, hasta hoy, no me haya enterado de que tengo una nuera, ¿no? —la increpó mirándola a los ojos.

La cara de Simin traslucía su desaprobación.

Yavad se dirigió al pasillo y empujó a Fariba delante de él para guiarla hasta el salón, donde Parí estaba leyendo un libro tumbada en el sofá. Ralentizó la marcha para efectuar una entrada por sorpresa. Se acercó a su hermana con el paso silencioso de las grandes burlas y exclamó a voces, de una vez:

—¡Hermana, te presento a mi mujer!

—¿Te has vuelto loco? Me has asustado. ¿Por dónde has entrado, por la ventana?

Parí se levantó de un salto y sacudió la corta melena, como si quisiera ahuyentar su estupor; después miró a su hermano para descubrir si aquello iba en serio. Yavad sonrió, divertido, y se volvió hacia Fariba, una chica delgada y menuda; ésta, plantada en el centro del salón, se retorcía nerviosamente las manos. Parí la examinó de pies a cabeza; de pronto, advirtió que la estaba mirando sin decir nada y se aproximó a ella con aire jovial.

—Hola, encantada de conocerte. Es increíble que mi hermano haya encontrado a una mujer que lo soporte.

Y abrazó impetuosamente a Fariba. Esa misma tarde quiso que nos viésemos para contarme la brillante idea de su hermano.

—Una esposa, así, de la nada, sin habérselo dicho a nadie. ¿Cómo ha podido hacerlo? Sabía que *maman* lo tomaría a mal. Se ha encerrado en la cocina y no ha salido en dos horas. La he encontrado bebiendo té y comiendo pastelillos mientras miraba por la ventana. Hablaba sola. Me ha costado mucho convencerla para que me siguiera al salón.

—¿Ya ha hecho las paces con Yavad? —pregunté con curiosidad.

—Aún no, pero ya se le pasará. Siempre refunfuña, pero, al final, nos lo perdona todo, sobre todo a Yavad. Además, ¿qué otra cosa podría hacer? Ahora ya está casado, ésa es su nuera, y no tiene sentido que empiecen a discutir. Ya habrá tiempo para eso —concluyó Parí guiñándome un ojo.

—¿Y cuánto hace que la conoce Yavad?

—Desde que volvió a Teherán, uno o dos meses como mucho.

—Parece imposible. ¿Cómo es que Yavad se ha casado tan deprisa? —me inmiscuí.

Parí asentía mientras hacía girar mecánicamente la cucharilla en su taza de té.

—¡No me extraña que Simin se haya enfadado! —espeté sin poder contenerme.

—No digo que quisiera elegir a la esposa de Yavad, pero sí saberlo todo con antelación —aclaró Parí—. Conocer a la chica, informarse sobre la familia y hacerlo todo bien, con una bonita ceremonia, como la de Abás. Seguro que tenía decidido qué cocinaría para la ocasión desde hacía tiempo. Y ahora el partido le ha vuelto a robar la posibilidad de mimar a su hijo. Además, creo que se siente culpable con nuestro padre. Desde que murió, mis hermanos se han distanciado. Cada uno se mantiene firme en su postura, y no pueden estar cinco minutos en la misma habitación sin pelearse. Es, ¿cómo te diría yo...?, como si cada uno de ellos se hubiera encerrado en una jaula de oro, tan bella, fuerte y segura como todas las ideologías, pero, a fin de cuentas, una jaula que impide mirar hacia fuera y comunicarse con los demás. Si nuestro padre viviera, quizá sabría cómo limar sus diferencias, pero *maman* no sabe hacerlo —añadió sacudiendo la cabeza—, y se siente culpable por ello.

Percibí una insólita nota melancólica en la voz de mi risueña y desenfadada amiga, y me apresuré a distraerla.

—¿Y ahora qué planes tienen Yavad y su mujer?

—La semana que viene se instalan en su piso.

—¿Y a ti qué te ha parecido Fariba?

—Pues... no está mal. —Advertí cierta contención en su voz—. Es mona; un poco tímida, pero amable y tranquila. *Maman* dice que, con esas caderas tan estrechas, tendrá problemas para dar a luz, pero, en cuanto pasen unos días, dejará de pensar en ello. En fin, podía haber sido mucho peor —concluyó con una nota de optimismo.

A mí, que la conocía muy bien, aquello me sonó forzado, como si sus palabras desentonaran con sus pensamientos. Sólo al final de su visita dio rienda suelta a sus preocupaciones.

—Crearás que soy tonta, pero, al principio, Fariba me ha dado miedo —me confió en un susurro.

Su mirada era culpable, como la de quien confiesa haber imaginado algo sabiendo que debe avergonzarse de ello.

—No me interpretes mal —dijo, y adelantó las manos a modo de advertencia—, no creas que soy la típica hermana celosa y protectora. Pero, en cuanto la he visto, con esa blusa blanca casi fosforescente en la penumbra y el pelo tan negro, me ha parecido una criatura maléfica. No sé, habrá sido por efecto de la luz, o porque es menuda y silenciosa como un espectro, pero resultaba poco natural verla allí, inmóvil, en el centro del salón.

Miré a Parí con sorpresa. No era propio de ella creer en extrañas supersticiones.

—Me estoy convirtiendo en una cuñada cascarrabias, ¿verdad? —inquirió algo avergonzada.

—Shirin, *yun*, ¿dónde están las flores? —preguntó mi madre.

—No las he cogido, *maman*; ya sabes que, para Yavad, estas tradiciones son cosa de burgueses. ¿No querrás que nos haga una escena? —respondí impaciente.

—¡Pobre de él! Si Yavad no quiere flores, vamos a cogerlas para Simin. A ella le gustará que nosotras, al menos, respetemos las tradiciones.

Mi madre eliminó así toda posibilidad de objeción, y yo bajé por un ramo de lirios.

Simin no se había resignado a la boda improvisada de su hijo, y había querido organizar una fiesta para presentar a Fariba a parientes y amigos. Nos abrió la puerta Yavad, en vaqueros y camiseta, como siempre. Le tendí las flores.

—Toma. ¡Y burgués lo serás tú! —le espeté sin dejarlo hablar.

—Ven, Fariba —llamó riendo a su mujer—, te presento al gallo de pelea de quien te hablé.

Se refería a las continuas discusiones que teníamos durante nuestra adolescencia. Desde que empezó a leer los panfletos del Tudeh, se convirtió en un muchacho presuntuoso, y le gustaba polemizar con la gente de su edad desde lo alto de su saber político. En realidad, no era más que un barniz, sólo que superior al de sus amigos o al mío, pues a mí, en aquella época, no me interesaban demasiado los partidos ni las ideologías. Pese a todo, no aguantaba su tono sabiondo; por eso, con el tiempo, aprendí lo bastante como para rebatir sus observaciones, y me producía cierta satisfacción ponerlo en un aprieto de vez en cuando.

Fariba permanecía de pie a su lado. Tal como había dicho Parí, era menuda. Debía de tener casi la misma edad que Yavad, pero el óvalo redondo y la tez clara de su rostro le daban una expresión juvenil que la hacía parecer una chiquilla. Vestía unos vaqueros y una blusa sencilla y clara que hacía resaltar su largo cabello negro. Era bonita, sí, aunque algo inquietante. Me reproché a mí misma el haberme dejado influenciar por las extrañas supersticiones que asaltaban a mi amiga.

Fariba me saludó con educación, sonriendo tímidamente, y luego siguió a Yavad hasta el salón. Simin se había superado a sí misma: platos de pinchos de carne, cuencos de yogur, de arroz con azafrán acompañado de varios *joreshts* y bandejas de pasteles ocupaban todas las superficies disponibles. Sin embargo, había pocos invitados sentados en el sofá y en los pufs: sólo algunos viejos amigos y los parientes más allegados, excepto Abás y su familia.

Alí se mantenía apartado, sentado en el borde de una silla. Yavad notó que su hermano se sentía incómodo, y se apresuró a picarlo.

—Eh, Alí, ¿dónde has dejado a tu mulá? —Al ver que no respondía, prosiguió—: ¿Cuándo vendréis a verme tú y tu barba? No, mejor que vengas solo. No quiero sucias barbas de chivo en mi casa.

Alí, molesto, dejó el vaso de sirope de moras y se alejó; Yavad volvió junto a Fariba.

Mi madre y yo aprovechamos el momento de silencio para reunimos con Simin en la cocina. Ella se secó las manos en el delantal y nos recibió con un abrazo. Estaba esperando la oportunidad de desahogarse un poco.

—¿Habéis conocido a mi nuera? Una chica como es debido, ¿no? Aunque una buena chica iraní no tendría que haberse casado así, a escondidas. Pobrecilla, seguro que quiso complacer a Yavad. ¿Os dais cuenta? Él lo hizo todo a su manera, sin decirme nada.

Simin sacudía la cabeza, exasperada. Hablaba sin freno, y cambiaba de tema siguiendo el agitado vaivén de sus pensamientos.

—¿Habéis visto qué poca gente ha venido? —continuó—. Todos están ofendidos porque no le dijimos nada a nadie. Es que me daba vergüenza contar que ni siquiera hubo *jastegarí*, una petición de mano formal. Que Alá proteja a ese par que han empezado sin ninguna ceremonia. Yavad tampoco le ha regalado el Corán ni las monedas de oro. Y el *nabat*, ¿cómo van a iniciar bien una vida juntos sin los cristales de azúcar? No quiero ni pensar en la boda. Conociendo a Yavad, me conformaría con estar segura de que hubo un mulá.

Dejé a mi madre consolando a Simin y me reuní con los demás en el salón. Parí se

esforzaba por animar la conversación, pero sus frases caían en el vacío.

Puede que Simin tuviera razón: al cabo de tres años, el matrimonio de Fariba y Yavad ya hacía aguas.

Los vi en el funeral de Nader, el hermano de Husein. Murió de un infarto mientras rezaba. Un mes antes, su único hijo, Murad, había sido ajusticiado por colaborar con la organización de los Muyahidin Jalq, los Combatientes del Pueblo, extremistas religiosos contrarios al gobierno del clero. La república islámica, poco después de instaurarse, ordenó una profunda depuración, y, en 1981, intentó eliminar a todos los miembros del partido. En plena guerra, los muyahidines se aliaron con el Irak de Sadam Husein, con lo cual se enemistaron con el pueblo y firmaron su propia condena.

El nuevo régimen no permitió que se celebrara un rito fúnebre en honor de Murad, de modo que el entierro de Nader fue también la ocasión de conmemorar a su hijo. La mezquita estaba repleta de gente y, fuera, había una sólida barrera de pasdarán y agentes de policía lista para contener cualquier desorden.

Me adentré para asistir al rito. A algunos metros, entre los parientes, divisé a Simin y Parí. Una fila de personas avanzaba lentamente en esa dirección para dar el pésame a los familiares. Rostros de mujeres conocidos y desconocidos; me costaba atribuirles una identidad bajo los tradicionales velos. En la mezquita era obligatorio llevar el *magnae*, una capucha que cubría enteramente el cabello, el *rupush*, un sobretodo, o bien el chador. Cerca de Parí había una mujer sentada con la cabeza inclinada, que parecía mirar obsesivamente al suelo. Vestía un chador que le cubría totalmente el cuerpo; se decía que era un «velo por convicción, no por obligación». Sólo podía intuirse que no era alta, pero, bajo aquel manto tan ancho, era imposible adivinar su constitución.

Seguí a Parí hasta su casa para las condolencias de rigor. No pude resistirme a preguntarle quién era aquella mujer que emanaba ondas tan sombrías.

—¿No lo sabes? Es Fariba.

—¿Cómo ha podido cambiar tanto?

—Su hermana le lavó el cerebro. Antes ya era una muyahidín, y, cuando salió de la cárcel, empezó a imitarla poco a poco. Ahora Fariba reza varias veces al día, ayuna durante el Ramadán, va a las reuniones de su grupo y mira con desprecio a los viejos compañeros...

—¿A Yavad también? —la interrumpí en un impulso, sin poder frenar la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—Sí, a mí también, Shirin, *yun* —afirmó Yavad detrás de mí—. Me dijo que ella, para mí, estaba *haram*, prohibida. Una mujer prohibida para su marido, ¡lo nunca visto!

Se esforzaba por mantener su habitual tono burlón, pero percibí tensión en su voz. Entonces llegó Alí, y no dejó escapar la oportunidad.

—Lamento que tu esposa haya conocido el islam a través de la organización de los Muyahidin Jalq, pero siempre es mejor eso que el partido Tudeh. Así se aproxima un poco más a la verdad; al menos, cree en Dios.

Parí miró con desaprobación a su hermano menor, segura de que aquel tema no acarrearía nada bueno.

—No puede hacerme ningún bien tener una esposa retrógrada y anticuada. No hacemos más que discutir.

—Yavad, qué mala suerte tienes —dijo Simin en un tono comprensivo—. Yo creía que el matrimonio, y quizá los hijos, te harían la vida más feliz y estable. Y en cambio...

Alí estaba a punto de intervenir, pero Yavad lo previno:

—No digas una palabra, o te pego un puñetazo.

—¡Yavad!

—*Maman*, no te metas, no le voy a pegar; pero si piensa decirme que lo que hace Fariba está bien, igual no puedo aguantarme.

—Por el amor de Dios, Alí, deja en paz a tu hermano. Penséis lo que penséis, está claro que su matrimonio no es feliz, y a mí sólo me importan las cuestiones familiares. La política nunca me ha interesado, y estoy harta de vuestras peleas.

Parí era incapaz de articular palabra. Ella también detestaba ver discutir a sus hermanos, Alí y Yavad, Yavad y Abás; después de la Revolución, aquello se había convertido en una lucha continua. Tres cabezotas que la hacían sufrir a ella y, sobre todo, a su madre. Y no había forma de detenerlos. Cuando empezaban a pelearse, Parí no intervenía; se limitaba a quitarse de en medio. Iba a sentarse en la cama y se decía una y otra vez: que paren, que paren. Ahora también repetía la fórmula mágica en su cabeza; en alguna ocasión había funcionado.

—Querido, lo que pasa es que tienes mala suerte; no la tomes con Alí por las ideas que tiene.

—No la tomo con él, sino con todos esos retrógrados que le han lavado el cerebro a Fariba. ¡Mira que tocarme a mí una mujer extremista! Soy el responsable cultural de mi grupo político, y me avergüenzo cuando la veo rezar.

Alí ladeó la cabeza a derecha e izquierda, como si quisiera desentumecer los músculos del cuello. No se molestó en ocultar su sonrisa.

—Ten un poco de paciencia, Yavad —le aconsejó Simin— y recuerda que tu madre siempre te ayudará en todo lo que pueda.

—Gracias, pero poco puedes hacer. Fariba me llama hipócrita y traidor, y no comprende que es ella quien ha traicionado nuestros ideales, nuestro movimiento, a nuestros compañeros. Estoy cansado de tener que luchar también en mi casa. No pienso volver.

Simin hizo señas a sus hijos para que se callaran. Había visto acercarse el pesado chador que ocultaba a Fariba.

—Yo ya dije que un matrimonio, sin el *nabat*, no puede empezar bien.

## 12

**Una *pagosha* revolucionaria**

Desde que sus hijos se hicieron mayores, Simin no había hecho más que soñar, planificar y preparar sus matrimonios. No es que pretendiera elegir a la esposa, pero esperaba que consultaran el asunto con ella, y deseaba recibir a la futura nuera con una dulce sonrisa. «*Mobarak bashe*», 'felicidades', le diría antes de abrazarla. No se inmiscuiría en la cuestión de la dote, y elogiaría cualquier vaso, bandeja, colcha o cazuela que hubiera comprado su consuegra. Bueno, quizá, si le preguntaban, podía dar su opinión sobre las cazuelas, siendo como era una gran cocinera. Sin duda, prepararía los pasteles de almendras, pistachos, arroz y miel que se servían antes de la ceremonia nupcial. Imaginaba una gran recepción en un jardín como el de la vieja casa de Abás Abad, con ramos de flores por doquier. También prepararía la cena más íntima, la de los parientes más allegados. Y se superaría a sí misma.

Hacía ya tiempo que había terminado de copiar sus recetas secretas en tres pequeños cuadernos con tapas de cuero; un regalo especial que entregaría a cada nuera al regreso de la luna de miel. «Toma, es para ti. Ahora eres tú quien debe cuidar a mi hijo.»

Sólo Turan recibió el suyo; los otros dos los heredó Parí. Fariba, cuando aún se llevaba bien con Yavad, no compartía esos rituales burgueses; como buena combatiente, cocinaba poco.

La última desilusión provino de Alí. Eligió por esposa a la sobrina de su mulá, Mariam, una chiquilla que no tendría más de dieciséis años, y que aún no estaba preparada para casarse. Simin se prometió que le regalaría el cuaderno de recetas cuando tuviera más experiencia, pero nunca tuvo ocasión de hacerlo.

Alí manifestó que su mayor deseo era que Jomeini leyera el *jotbeh ye agd*, el sermón del mulá durante la ceremonia nupcial. El tío de la novia intercedió por él ante su viejo amigo, y el ayatolá ofició personalmente la boda.

Por motivos de seguridad, la ceremonia debía ser privada, por lo cual sólo asistieron los padres de los novios y el tío de Mariam.

—Ni siquiera yo pude ir, ¿te das cuenta? —me dijo Parí—. Puede que haya sido mejor así. Me habría gustado mucho ver la boda de Alí, pero no de esta forma.

Siguiendo los preceptos del nuevo régimen, Alí impuso la máxima sobriedad. Nada de fiestas ni ceremonias, y, sobre todo, nada de comidas, lo cual supuso un gran disgusto para Simin. Sólo se le permitió organizar la *pagosha* para presentar oficialmente a la recién casada a los parientes y amigos de su hijo. Pocos platos y

sencillos, insistió Alí, porque los verdaderos revolucionarios odiaban el despilfarro y la ostentación de lujo. Su madre se limitó a servir arroz al vapor con verduras y yogur y un poco de carne.

Cuando llegué a la reunión en honor de Alí y Mariam, hallé el pequeño piso repleto de invitados. Parí se me acercó enseguida para coger mi chaqueta. Al ver que estaba a punto de quitarme el pañuelo, me asió la muñeca.

—Por favor, déjalo puesto —me susurró.

Sólo entonces me fijé en el suyo, bien atado bajo el mentón para que le cubriera el pelo. Era obligatorio llevarlo en todos los lugares públicos, pero, en casa, normalmente, todo el mundo se lo quitaba; sólo las más fanáticas no lo abandonaban nunca.

Volví a colocarme el pañuelo. Parí se encogió de hombros.

—Perdona —se disculpó, y me cogió del brazo para acompañarme al salón.

Habían retirado los muebles más grandes de la estancia, en cuyo centro habían colocado una vieja mesa; sobre ésta podía verse el refrigerio de Simin, mucho más modesto de lo que a ella le habría gustado. Dos filas de sillas estaban reservadas a los hombres; otras dos, en el lado opuesto, para las mujeres. Casi todas vestían el chador, excepto algunas primas de Alí, que se habían limitado al pañuelo. Al ver el panorama, me quedé sin aliento.

—Sé lo que estás pensando —dijo Parí en voz baja—. Por favor, siéntate y aguanta. En cuanto tenga un minuto, charlamos un rato.

Elegí un rincón tranquilo, y me pregunté cuánto tiempo debía quedarme para no parecer descortés. Los hombres hablaban animadamente. Abás y Yavad no estaban. Las mujeres permanecían sentadas, en silencio, mirando al suelo. Alguna se atrevía a inclinarse hacia su vecina para susurrarle algo al oído.

Alí estaba de pie en el centro del salón, y escuchaba con atención las palabras de su mulá. Seguía llevando el pelo muy corto, y la barba, muy crecida y sin forma, le cubría las mejillas enjutas. La expresión se le había endurecido, y sus ojos mantenían una mirada severa. Se comportaba como un hombre, pero aparentaba los veinte años que tenía; lo traicionaban sus hombros estrechos, las manos suaves y el aire deferente, casi infantil, con el que se dirigía al mulá.

Colgada en la pared había una gran foto de la boda. El fotógrafo había retratado al ayatolá Jomeini mientras leía el *jotbeh ye agd*, y la pareja quedaba en segundo plano. La novia llevaba un vestido sencillo, sin pretensiones.

La busqué entre los invitados; la vi sentada aparte, cohibida y desorientada en presencia de tanta gente. Tenía la cara redonda, y sus pequeños labios en forma de corazón se contraían en espontáneas muecas cada vez que alguien le dirigía la palabra. Cuando sonreía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Simin pasó junto a ella y le dio un pellizco afectuoso en el pómulo; ese gesto me hizo comprender que le gustaba su joven nuera pese a sus escasas dotes culinarias.

Parí se reunió conmigo al cabo de una hora.

—¿Me echas una mano con los platos? —La seguí a la cocina—. Perdona mi falta de hospitalidad, pero no soporto este velatorio.

—No te preocupes. ¡Y gracias por haberme salvado!

Parí empezó a preparar el té.

—Mira qué cuñada me ha tocado. Con la de chicas simpáticas que hay en Teherán, y Alí ha ido a buscarse una mujer entre las familias más fanáticas e ignorantes.

Mi amiga llamaba «ignorantes» a los revolucionarios porque creía que no sabían disfrutar de la vida. Durante la Revolución, cuando yo me echaba a la calle para apoyar



al ayatolá Jomeini, ella me reprendía con sarcasmo: «¡Ignorante, más que ignorante!».

Parí se mantenía fiel a su propósito de no implicarse en política. Algunas veces, Yavad había intentado que asistiera a las reuniones del Tudeh, pero su hermana le decía que se le ocurrían mejores formas de pasar el tiempo.

Yo, al fin, había comprendido que no se trataba de superficialidad; para ella, era una decisión meditada y necesaria, un intento de no perder a sus hermanos, de mantener unido lo que quedaba de la familia, de no terminar como ellos, encerrada en una jaula de oro. Parí mostraba su interés por el prójimo de otro modo: tras acabar la especialización en Londres, la habían contratado como profesora en la Universidad de Teherán. Por la mañana tenía un trabajo «chic e intelectual»; por la tarde estaba en un pequeño ambulatorio, en las afueras. La mayoría de sus pacientes no podía pagarle, pero ella no habría cambiado aquel cuchitril por la mejor consulta de la ciudad.

—Con lo que gano en la universidad ya tengo bastante. ¿Qué haría con el resto? —preguntaba encogiéndose de hombros, pues no quería que la calificaran de buena o generosa.

Desde el salón se elevó el *salauat*, el canto en alabanza de Alá y el Profeta. Antes de la Revolución, sólo se entonaba en ocasiones de luto, pero, desde que la música y los aplausos estaban prohibidos, también se cantaba en los momentos felices.

—¡Uf!, ¿qué clase de *pagosha* es ésta? Parece un funeral —saltó Parí haciendo una mueca—. ¿Los oyes? Y ahora empezarán con los himnos revolucionarios: «¡Oh, Jomeini! Tú, símbolo de honor; tú, mártir por un ideal» —recitó imitándolos con sorna.

—Parí, eres incorregible —dije, casi sin poder contener la risa—. Podrían oírte y ofenderse. Al fin y al cabo, cada uno celebra las cosas como quiere. ¿O crees que sólo pueden hacerse a tu manera?

—Por mí, que canten el *salauat* todas las veces que quieran, me tiene sin cuidado. Pero me gustaría poder celebrarlo también a mi manera. Son ellos, los revolucionarios, quienes me impiden comportarme de la forma que yo considero adecuada. Y, por si fuera poco, se llevan a mi hermano pequeño.

Entonces comprendí el motivo de su mal humor.

—¿Alí ha cogido un piso?

—De momento, vivirán en una habitación en casa de la familia de ella, hasta que encuentren un piso pequeño.

—¿Y no podían haberse quedado aquí?

—A *maman* le habría gustado, pero Alí no quiso. ¿Y sabes cuál es el problema? Yo. Con mi comportamiento y mi forma de hablar, podría escandalizar a la pobre Mariam. Y eso no puede ser.

Nos sentimos intimidadas durante un momento, y Parí, para ahuyentar esa sensación, se encogió de hombros en su gesto característico.

—¿Sabes qué dijo Alí el día de su boda? Le preguntó a su santo ayatolá Jomeini si podría llamar Ruholá a su primer hijo. Es un adulón insoportable.

—¿Y Jomeini qué dijo?

—¿A ti qué te parece? ¿A quién no le gusta que lo adulen? Dijo que sí: «Que así sea, *inshalá*».

—¿Tu madre qué piensa de Mariam? Yo creo que le gusta.

—Sí, dice que es una buena chica. Además, es sobrina de un funcionario influyente, y eso ayudará a Alí en su carrera. De momento, ya lo ha nombrado investigador judicial —anunció mirándome de soslayo.

Me estremecí ante la noticia. Yo, con mi experiencia, tenía que trabajar como chupatintas, y él, que jamás había visto un libro de derecho, era investigador.

—Alí carece de formación. ¿Desde cuándo los investigadores judiciales no son

licenciados en derecho?

—Desde que tampoco lo son los fiscales —respondió Parí con una lógica impecable.

## 13

### Bajo control

El teléfono sonó una vez, dos, tres veces. Parí corrió a responder.

—¿Diga? ¿Diga?

Nada. Colgó el auricular.

—¿Quién era? —preguntó Simin desde la cocina.

—Nadie.

—¿Otra vez?

Parí no se molestó en contestar. Descolgó el teléfono, marcó un número y colgó.

—Es la segunda vez hoy —explicó dirigiéndose a mí—. Hace dos meses que estamos así. Lllaman un par de veces al día y no dicen nada. Es de locos.

—¿Algún bromista? —sugerí sin convicción.

—Me temo que no. *Maman* ya no puede más. Ayer rompió a llorar por teléfono. Cuando volví del ambulatorio, la encontré con el auricular en la mano. La angustia la devora.

—¿Qué ocurre, Parí? Sabes que puedes confiar en mí.

Parí lanzó un profundo suspiro. Se deslizó en el sofá y se abrazó a un cojín de seda. Le temblaban los labios. Intentaba contener las lágrimas. Su rostro tenía la misma expresión tensa que cuando detuvieron a su hermano. E intuí que la razón debía de ser la misma.

—Es Yavad, ¿no es cierto? —pregunté.

Tras la huida del sah, la alianza entre nacionalistas, comunistas y grupos islámicos se había deshecho como la nieve bajo el sol. Y el ayatolá Jomeini, desde que se hizo con el poder, no hacía más que buscar a sus ex partidarios para depurar el país de enemigos de Alá y de Irán. En aquella fase, los miembros del Tudeh eran su principal objetivo.

—Sí. Dice que ocurre lo mismo en su casa, y en casa de los padres de Fariba. Es un nuevo método para intervenir el teléfono: dejan que suene, esperan a que alguien responda y cuelgan.

De ese modo, en la llamada siguiente, la línea telefónica quedaba intervenida automáticamente.

—Me explicó que tenía que llamar a la centralita —prosiguió mi amiga—, y así luego intervienen la línea equivocada.

—¿Estás segura? ¿No estarás exagerando?

Aún me costaba creer lo que se contaba por ahí en voz cada vez más baja.

—Yo, al principio, también creía que Yavad, después de su mala experiencia, se

estaba volviendo paranoico, y que se sentía perseguido, como en tiempos de la Savak. Pero las llamadas siguen, y son muy regulares. Además, todos sus ex compañeros están cayendo, uno a uno. A algunos los detienen, y otros desaparecen.

Parí ya no se contenía. Grandes lágrimas resbalaban por sus mejillas y humedecían la seda marrón del cojín. Me senté junto a ella y la abracé. Nunca la había visto tan frágil.

—Perdona, Shirin, es que no soporto más la tensión. Estar aquí esperando... ¿Sabes que casi me siento aliviada al ver que nadie responde? Cuando suena el teléfono, siempre pienso que, cualquier día, alguien podría comunicarnos que han detenido a Yavad. Tarde o temprano ocurrirá.

Se secó las últimas lágrimas con el dorso de la mano y se irguió en el asiento.

—¿Tú qué piensas? —me preguntó.

—¿No podría entregarse? En el fondo, en el Tudeh no era más que el responsable cultural. Puede que le caiga poco.

Sabía que el nuevo gobierno había ordenado a los miembros del partido que se presentaran espontáneamente a las autoridades, y que había prometido clemencia.

—No, no se fía. Y, por una vez, tiene razón. No quiero que acabe en la cuesta de los Arrepentidos.

A los presos políticos los llevaban a la cárcel de Evin, al norte de Teherán. Antes de llegar a la puerta, había una rampa muy pronunciada; para mofarse de los contrarrevolucionarios, los carceleros decían que la mayor parte de ellos se arrepentía en aquella pendiente, antes de entrar en prisión.

—Además, ya lo conoces —continuó—, él no va a arrepentirse. Aunque acabara en la cárcel, no traicionaría a sus viejos compañeros, ni renegaría de sus ideas. Ni siquiera bajo tortura. Preferiría morir. Ya le faltó poco con la Savak.

La Savak, acrónimo de *Sazeman e Etela'at va Amniyat e Keshvar*, Organización Nacional de Información y Seguridad, era la policía secreta en tiempos del sah. Oficialmente, debía proteger al país, pero, en realidad, perseguía a los activistas políticos que se oponían a la monarquía. Los presos debían soportar descargas eléctricas, latigazos, hierros ardiendo y palizas; a veces, hasta les arrancaban las uñas. Son métodos aberrantes, pero no raros; mucho antes, y también después, han sido utilizados por las distintas policías secretas del mundo. Pero los pasdarán eran peores. Convencidos de que actuaban en nombre del islam y de Alá, se sentían designados para una misión divina que les valdría la salvación eterna. Por eso no había piedad que pudiera conmoverlos; el suyo era un bien muy «superior» a conceptos tan terrenales como la misericordia, y torturaban a los presos con inaudita crueldad. Algunos creían que matar a los infieles les garantizaría el paraíso. Además, estaba el sabor áspero y enfervorizante del poder. La Savak seguía siendo una organización militar bien articulada, donde cada uno respondía ante sus superiores. Los pasdarán eran soldados con un solo jefe reconocido, el ayatolá Jomeini. Y, dentro del cuadro de jerarquías, era posible construir un reino del terror propio y personal.

Todo ello pasó por mi mente mientras Parí hablaba, pero reservé para mis adentros dichas consideraciones.

—¿Yavad no ha pensado en marcharse de la ciudad? —pregunté a mi amiga.

—¿Para ir adónde? Según él, Teherán es lo mismo que otro lugar. Pero la verdad es que no quiere abandonar el barco que se hunde: el partido. Ese maldito idealismo suyo.

Cuando Parí me acompañó a la puerta, me dijo:

—Recuerda que todo lo que hemos hablado debe quedar entre nosotras.

La miré, ofendida. ¿Cómo podía dudar de mi lealtad? Eso también era culpa de los pasdarán: habían logrado sembrar sospechas entre amigos y familiares.

Yavad se fue de casa con gran secreto, y se resignó a vivir en la clandestinidad. No se llevó sus libros ni su ropa, pues debía dar la impresión de que volvería en poco tiempo. Fariba se trasladó a casa de su familia, y prometió reunirse con él pronto, aunque su devoción por Yavad, suponiendo que hubiera existido alguna vez, se había desvanecido por completo. Más tarde, Parí me reveló la verdad acerca de su matrimonio: el partido, al que ambos pertenecían en aquella época, impuso que se casaran para dirigir juntos una célula clandestina, pues como marido y mujer llamarían menos la atención.

Dos días después de su marcha, los pasdarán fueron a casa de Yavad y no lo encontraron. Luego llamaron a la puerta de Simin y Parí, y pusieron patas arriba su casa en busca de pruebas. Volvieron a presentarse al día siguiente, y al otro; siempre rebuscaban en los mismos rincones.

—¡Menudos ignorantes! ¿Qué creen, que mi hermano está escondido en la alacena? —decía Parí, exasperada.

Pero, mientras continuaran registrando, podía estar segura de que su hermano seguía libre.

Yavad no mandaba noticias para no comprometer a su madre ni a su hermana. Cuando lo invadía la nostalgia, aparecía de pronto, sin avisar. Unas semanas atrás se había dejado crecer la barba para que lo confundieran con los fieles del ayatolá.

—Mirad qué tengo que hacer para venir a veros —les dijo a ambas abrazándolas.

Llevó esta vida durante un año; iba de un cuchitril a otro, cada vez más solo. Cuando, por fin, parecía que las aguas se habían calmado, volvió a casa de su madre. El matrimonio con Fariba había terminado. Poco después, empezaron de nuevo las llamadas, inevitable banda sonora de un drama cuyo fin ya estaba escrito.

## 14

## Veinte años en una noche

Simin y Parí me convocaron con urgencia en su casa para hacerme una consulta legal. Fui ese mismo día, preocupada por su tono de alarma.

—Shirin, *yun*, es muy amable por tu parte. Que Dios te proteja —me recibió Simin en el umbral.

La puerta se había abierto antes de que me diera tiempo a pulsar el timbre. Me hicieron pasar al salón, donde me esperaban tres bandejas de pasteles variados. Parí apareció con el té.

—Como ves, *maman* lo ha organizado a lo grande. Hoy eres una invitada de honor —dijo a modo de saludo.

—Shirin siempre es una invitada de honor —repuso Simin.

—La verdad es que *maman* no podía estar quieta. Lleva toda la tarde amasando y horneando. Cuando está nerviosa, siempre hace lo mismo: cocina. Con las preocupaciones que nos da Yavad últimamente, la despensa está tan llena que la puerta no cierra —me informó Parí con una expresión socarrona.

—Cuando seas madre, lo comprenderás —la acalló Simin, cortante.

—Decidme, ¿de qué se trata? —inquirí para poner fin a la discusión.

—Esta vez se trata de Abás. Mi hermano mayor, tan formal, también puede dar quebraderos de cabeza. ¿A que nunca lo habrías dicho? Como sabes, poco antes de la Revolución, fue a ver a Borna y Arya a Estados Unidos. Esperaba volver junto a su sah, pero ahora... El caso es que va a quedarse allí. El problema es su piso: quieren confiscarlo —explicó Parí, y me tendió una carta.

Después de la Revolución islámica, se había aprobado una ley según la cual el Estado se ocuparía de gestionar las propiedades de los ciudadanos iraníes que permanecieran más de un año en el extranjero. Las propiedades de los ciudadanos perseguidos y con sentencias pendientes eran confiscadas y expropiadas automáticamente; en los otros casos, oficialmente, la medida era temporal. A su regreso, el verdadero propietario podía retomar la posesión de sus bienes, previo ingreso de una gravosa contribución a cambio de los «ingentes» gastos de gestión. La ley pretendía disuadir a los ciudadanos de que se expatriaran, pero no sirvió de mucho. Casi cuatro millones de iraníes abandonaron el país, sus casas y bienes y a sus seres queridos. Los revolucionarios se enriquecieron notablemente, pues compraron los inmuebles por la mitad de su valor. Si los propietarios regresaban, el piso ya pertenecía a otros, y la modesta cifra obtenida con la venta quedaba retenida en concepto de gastos de gestión.

En aquella época, yo sabía bien poco de estos trámites. Cogí el documento que me tendía Parí y empecé a leer la notificación. Abás debía presentarse en una semana; si no, el Estado aplicaría las medidas correspondientes, etcétera. El plazo ya había expirado.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Simin, angustiada.

—Lo siento, pero no lo sé. Tengo que estudiar el caso y compararlo con otros análogos. No os preocupéis —las tranquilicé—, mañana mismo hablaré con un ex colega y os diré si hay alguna salida.

—Gracias, te estamos muy agradecidas. Hemos decidido no avisar a Abás. A *maman* le da miedo que decida volver y arreglar las cosas a su manera —dijo Parí en voz baja.

—No temas, todo irá bien —repuse con una seguridad que no sentía.

Abás se había ido una clara mañana de invierno, varios meses atrás. Era el período de las manifestaciones y las huelgas; las noticias eran cada vez más alarmantes, y el sah estaba a punto de irse, pero Turan no habría renunciado a la visita anual a sus hijos por nada del mundo. Sólo llevaban una maleta ligera; en Los Ángeles no hacía frío, y necesitaban poca ropa. Por lo demás, en casa de sus hijos hallarían todo lo necesario.

Abás se puso a la cola para facturar, y Turan se acomodó en un asiento cercano. Mientras planificaban el viaje, Abás, por un instante, pensó en no acompañarla, en quedarse para luchar contra aquella horda de fanáticos que quería echar al sah. Después la observó, adormilada ante el televisor, y le faltó valor para hacerlo. Dormía encogida, con las rodillas dobladas y los brazos sobre el pecho. El rostro pálido como la cera, enjuto, más inquietante aún debido a los reflejos de la pantalla. El largo cabello hasta los hombros mostraba las primeras pinceladas grises. A Abás le seguía pareciendo muy hermosa, como cuando era una muchacha y la espiaba mientras tendía la colada en el jardín.

Le habían diagnosticado un tumor en el pecho en fase avanzada. Ella había recibido la noticia de su enfermedad con resignación, casi serena. Se ponía en manos de Dios, como siempre había hecho. Se sometió a la operación con confianza. Abás la acompañó al hospital, estrechó sus esbeltos dedos entre los suyos, la tranquilizó y le habló sin parar hasta que los médicos se la llevaron.

Tras la intervención en Irán, empezaría los ciclos de quimioterapia que le harían perder su melena, aún abundante y sedosa. Abás no tenía consuelo. ¿Qué sería su vida sin Turan?, se preguntaba. Perder Irán, al sah, el trabajo, todo eso no le parecía nada en comparación con el temor a perderla a ella, su referente, lo más preciado que tenía.

Por eso se dijo que, en dos semanas de ausencia, no iba a caer una monarquía que duraba desde hacía milenios, y que un solo hombre no cambiaría nada. No podía dejar que Turan fuese sola a Estados Unidos, ni tampoco privarla de la felicidad de abrazar de nuevo a Borna y Arya. Volverían a ser una familia, quizá por última vez.

El mismo día de nuestro encuentro, Parí me llamó por la noche.

—Shirin, no hace falta que te informes sobre lo del piso. Un amigo me ha avisado de que lo confiscarán mañana. Es demasiado tarde. Si, al menos, el portero nos hubiera dado la primera notificación... Se traspapeló entre los recibos.

—Lo siento mucho. Supongo que habrá sido un golpe tremendo para Abás.

—Aún no se lo hemos dicho. Total, el mal ya está hecho. Prefiero informarlo cuando todo haya terminado. Esta noche, *maman* y yo iremos por las cosas de más valor y las guardaremos en un viejo garaje. Luego ya decidiremos qué hacer con ellas —

repuso lentamente París, y percibí un gran cansancio en su voz.

Me despedí de ella con tristeza. Miré en derredor con una sensación desagradable. El sofá, los sillones, los cojines bordados, la alfombra algo raída, el jarrón panzudo donde colocaba las flores, los adornos cuyas formas y pequeñas imperfecciones me sabía de memoria. Siempre había considerado todo aquello completamente mío. Sin embargo, una distracción del portero o un soplo enemigo habían bastado para quitarle a Abás todo lo que había construido durante una vida, los signos tangibles de su paso y sus afectos. Unos desconocidos entrarían en su casa, cambiarían el destino de las habitaciones, tal vez tirarían algún tabique, sin que él pudiera oponerse. Y me pareció que también estaban violando mi hogar.

Esa misma noche, mientras mis sueños se poblaban de ladrones y registros, Simin y París fueron a casa de Abás sin un cuarto de luna que las confortase. Parecía que llevara años deshabitada. Oscura, llena de polvo como si hubieran llovido escombros del techo, maloliente. Quién sabe, quizá Abás no habría querido volver a una casa que había asistido al paso de la Revolución, cuya degradación testimoniaba la caída del sah.

—Por favor, *maman*, no llores. No es el momento. Tenemos que darnos prisa.

París contempló el interior desde la puerta, y sintió que los brazos le pesaban.

—No puedo seguir preocupándome así por tus hermanos, París. No es justo que una madre tenga que sufrir tanto. ¿Por qué Dios ha querido hacerme esto?

Últimamente, quejarse de los hijos se había convertido en su estribillo preferido, aunque luego, en cuanto éstos aparecían, los recibía con los brazos abiertos.

—No metas en esto a Dios, o voy a enfadarme de verdad. Dios no tiene nada que ver. Aquí estamos tú y yo, y, si no piensas echarme una mano, será mejor que te vayas.

París apartó una mesa baja de madera. Sólo faltaba que tuviera que hacerlo todo ella. Miró a su madre, que aún permanecía en la puerta dudando entre abandonarlo todo allí y huir del dolor o recuperar todo lo posible. París comenzó a enrollar una gran alfombra que ocupaba todo el salón. El sentido del deber y la costumbre de no estar nunca mano sobre mano prevalecieron, y Simin se quitó el pañuelo de la cabeza, se arrodilló junto a su hija y sostuvo entre sus fuertes manos el extremo adornado con flecos. La alfombra de su abuela aún estaba en perfecto estado; podía venderla a buen precio.

—Gracias —dijo París, y ahora era ella quien se encontraba al borde de la conmoción.

Cuando terminaron con las cuatro alfombras, empezaron a llevar los muebles al recibidor.

—Ése no, ya pueden quedárselo —dijo Simin señalando una cómoda de madera muy clara, descolorida.

París abrió el primer cajón; montañas de hojas y papeles grapados.

—Con esto no tenemos ni para pan —coincidió su hija y entró en la habitación para evaluar en qué condiciones se hallaba lo demás.

Simin desplegó un método y una energía sorprendentes. Disponían de poco tiempo, y su determinación resultó muy útil. Ella entraba primero en las habitaciones, inspeccionaba los muebles e indicaba a París cuáles debían abandonar. Eran pocos, porque la casa de Abás había sido bonita, y estaba decorada con buen gusto. Entretanto, París pasaba revista a las cosas más pequeñas, sobre todo en el estudio y el dormitorio, para recoger las más valiosas, como joyas o algún objeto de plata del escritorio. Luego, las dos juntas arrastraban los muebles hasta el recibidor, y pasaban a la siguiente habitación.

Y así siguieron durante horas. Al amanecer, tal como había prometido, llegó uno de sus muchos primos para ayudarlas a cargar los muebles en su furgoneta. A las siete ya habían terminado. Bastó una sola noche para borrar las huellas de Abás de la casa donde



había vivido veinte años.

## 15

### De los dátiles a la ONU vía fax

Donald Rumsfeld estrechaba la mano a Sadam Husein y sonreía ante las cámaras. No podía quitarme de la cabeza esa imagen. Miré la pantalla, casi esperando que se desvaneciera ante mi indignada incredulidad. Pero el noticiario de la BBC ya había pasado a otro tema de candente actualidad, los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, como si no acabara de anunciar el fin del mundo. De nuestro mundo. Estábamos perdidos.

—Miná, ¿tú coges la CNN? ¿Podemos volver a ver la noticia? —le pregunté a mi hermana.

—Espera, voy a buscar el canal.

Aquel año habíamos decidido pasar unos días en el chalé que tenía mi hermana en el mar Caspio. Desde el estallido de la guerra con Irak, en 1980, la comida estaba racionada, y los bienes de primera necesidad escaseaban. Allí era más fácil conseguirlos, pues podíamos completar las cantidades que se nos asignaban haciendo algunas compras en el mercado negro, muy próspero gracias a los puertos y al contrabando procedente de Turquía.

Además, el lugar nos proporcionaba la ventaja de vivir en una situación más tranquila. La invasión iraquí ofreció al Gobierno un óptimo pretexto para cerrar filas y llamar a la población a unirse en nombre de Alá, del ayatolá Jomeini y de Irán.

Lo cual se tradujo en una insistente campaña nacionalista y en una persecución todavía más feroz y radical de los disidentes, acusados de ser espías del Gran Satanás, Estados Unidos, y del Pequeño Satanás, Irak. Había que medir cada palabra para evitar denuncias y sospechas; todo el mundo debía comulgar sin vacilaciones con la Revolución y la guerra.

Todos los días, los periódicos y las televisiones nacionales difundían noticias sobre valientes conquistas, heroicas resistencias, gestas indómitas y enfrentamientos victoriosos. Se homenajeaba a los caídos como *shahid*, mártires sacrificados por la causa de Alá; sus familias sabían que se habían ganado un lugar en el paraíso. Y se subrayaba que nuestras pérdidas eran muy inferiores a las del enemigo, pues nuestro Ejército, bendecido por el destino, exterminaba cotidianamente a miles de iraquíes.

—Si damos crédito a los periódicos, la población iraquí debería haberse extinguido hace tiempo —comentaba mi marido doblando con rabia el periódico.

Las únicas noticias fiables provenían del extranjero, pero cada vez era más difícil tener acceso a ellas. En Irán está prohibido tener antenas parabólicas e intentar sintonizar programas extranjeros. Aún hoy, de vez en cuando, los agentes del régimen

irrumpen en las casas y confiscan las antenas ilegales. Aparte de las molestias de tipo legal, sus propietarios se ven obligados a pagar multas exorbitantes. En cambio, en el chalé del mar Caspio, lejos de los controles, mi hermana tenía una parabólica, y veíamos la programación de los principales canales internacionales. Al principio, poder ver un noticiero que no fuera el que imponía el régimen provocó en todos nosotros una sensación de euforia que jamás olvidaré. Sin embargo, pronto apareció ante nuestros ojos la situación crítica de Irán, que era mucho peor de lo que imaginábamos, y el telediarario se convirtió en una angustiada tortura cotidiana.

Aquel día, se confirmaron nuestras peores sospechas: Estados Unidos, nuestro histórico y omnipresente aliado desde hacía treinta años, apoyaba a Irak. Ronald Reagan había enviado a Donald Rumsfeld para informar al mundo de que Irán se hallaba completamente aislado.

El impacto inicial fue devastador, pero pronto se desencadenó el efecto opuesto, y los disidentes del régimen quedaron convertidos en amigos. Unos días más tarde, la televisión nacional retransmitió las mismas imágenes con el fin de hacer propaganda interna, lo cual produjo una impresión terrible en todos los ojos y mentes iraníes; realmente, teníamos a Satanás en contra. La impresión de sentirse acorralados, perseguidos por un chacal y sus ricos y armados compinches, fue el impulso que llevó a algunos a apoyar solemne e incondicionalmente a la república islámica.

Jóvenes y viejos se alistaban, engrosando las filas de un Ejército diezmado, en primer lugar, por depuraciones posrevolucionarias y, luego, por las muertes en el frente. Quienes se lanzaban a luchar eran, sobre todo, los más pobres, debido a la promesa de una pensión para ellos y sus familias. Alí también se marchó, movido por el fervor político y el amor al ayatolá Jomeini. Se llevó a Mariam y al pequeño Ruholá y los instaló en Ahvaz, la capital de Juzestán. Dicha región, en la frontera con Irak, era la primera que había invadido Sadam Husein para poner de rodillas a la economía iraní, pues allí se encontraban los principales pozos petrolíferos y la gran refinería de Abadán. Irak contaba con obtener el apoyo de la población local, constituida por numerosas minorías étnicas, entre las cuales había tres millones de árabes que habían vivido una larga historia de persecuciones. Sin embargo, la población iraní se mantuvo compacta, y luchó calle a calle con una valentía leonina. En los pocos mensajes que conseguía enviar, Alí contaba lo orgulloso que se sentía de estar entre sus audaces compatriotas.

Yavad, por su parte, abandonó Teherán por temor a la nueva ola de detenciones, y volvió a Rasht.

La superioridad militar de Irak era aplastante; Sadam Husein no tuvo escrúpulos a la hora de utilizar armas químicas, ni de bombardear ciudades. Primero en las zonas occidentales del país, y luego en Teherán, llovían misiles que iluminaban el cielo nocturno con sus estelas de fuego. Los estallidos lejanos, o terriblemente próximos, y el continuo sonido de las alarmas no nos dejaban dormir. Huíamos en masa hasta los refugios improvisados, donde tal vez no estuviéramos muy seguros, pero, al menos, no nos sentíamos tan solos. Nuestras mentes estaban pendientes del silbido de los misiles, y suspirábamos aliviados cuando sonaban en otro barrio. Por esa vez, la muerte no planeaba sobre nuestras cabezas.

Desesperados a causa del temor y el exceso de noches insomnes, mi familia, mis padres y yo nos fuimos de nuevo al mar Caspio, a casa de Miná. Escuchábamos el mismo sonido de los misiles, pero recostados en sillones y por televisión; luego nos apresurábamos a llamar a los amigos y parientes que se encontraban en las zonas atacadas para saber si estaban bien. El mal humor y la tensión no nos abandonaban, unidos a un persistente sentimiento de culpa por habernos creado un destino diferente.

Mi padre verbalizó el pensamiento que ninguno de nosotros se atrevía a expresar.

—Me voy, vuelvo a Teherán hoy mismo.

Lo miramos, paralizados. Sabíamos que, tarde o temprano, llegaría el momento de regresar, pero ninguno de nosotros había tenido el valor de declararlo abiertamente ante los demás.

—Quiero volver a mi casa —continuó mi padre—. Si alguien quiere venir conmigo, que vaya por sus cosas. Y quien prefiera quedarse, que siga desayunando tranquilamente.

—Quizá sería mejor esperar unos días —intervino mi hermana—. El peligro no ha pasado.

—Querida Miná, no podemos escapar al destino. ¿Acaso todos los que viven en Teherán tienen un chalé donde poder ocultarse?

Ella lo miró sin comprender.

—Todo lo que les ocurra a ellos, nos ocurrirá también a nosotros —concluyó mi padre.

Temía por mis hijas, y habría preferido no someterlas a aquella imprudencia, pero no habría dejado a mis padres solos en Teherán por nada del mundo. Así pues, decidí retomar mi vida cotidiana, entre bombardeos y escombros; me sentí temeraria, pero, a la vez, me libré de aquel sentimiento de culpa sutil y persistente.

Al llegar a casa, preparé la cena para las niñas y las acosté; luego empecé a escuchar los mensajes del contestador. La mayoría eran de amigos o conocidos que nos preguntaban si estábamos bien después del enésimo bombardeo. Sólo habíamos avisado de que nos íbamos a unos pocos, pues temíamos que los ladrones irrumpieran en el piso como chacales, y que se llevaran lo poco que quedaba de nuestras vidas destrozadas.

Parí era una de las personas que sabían de nuestra ausencia. Por eso me sorprendió hallar tres mensajes suyos. En tono nervioso, me rogaba que la llamara lo antes posible. Lo hice, aunque era muy tarde, las doce de la noche. Su voz sonaba como en los mensajes del contestador: angustiada, jadeante.

—Tengo que verte inmediatamente, Shirin, *yun*. Es una cuestión urgente.

Era fácil comprender que no podíamos hablar del tema por teléfono, de modo que quedamos a las diez de la mañana siguiente en mi casa. Parí llegó un cuarto de hora antes. Estaba muy turbada; empezó a hablar antes de que me diera tiempo a abrir la puerta e invitarla a sentarse.

—Han detenido a Yavad —dijo de un tirón.

Y su cuerpo pareció aflojarse tras haber soltado aquella noticia que la había mantenido en tensión durante días.

—¿Cómo dices?

—Nosotras no sabíamos nada, pero lo cogieron hace semanas. La policía atacó a la célula del partido; dos están muertos y los otros dos, en la cárcel. Yavad está con ellos.

—¿Dónde lo han encerrado?

—No lo sabemos —respondió Parí encogiéndose de hombros.

—¿Quién te avisó?

—Un compañero suyo que, en el momento de la irrupción, no estaba en Rasht y se salvó —me contó Parí pasándose nerviosamente la mano por el cabello—. Cuando vio el estado en que se encontraba el piso donde vivían, huyó a Pakistán por Beluchistán. Me llamó en cuanto la ONU lo puso en el programa de protección de refugiados políticos.

—¿Y Fariba lo sabe?

—¿Ésa? No me hagas hablar. Hacía tiempo que no se veían. Ella dice que no

quiere saber nada de un infiel. Tendrías que oír el desprecio con que pronuncia el nombre de mi hermano. —Y añadió en voz baja, dirigiéndose a sí misma—: Pobre Yavad. Qué infeliz ha sido todos estos años: el matrimonio roto, sin hijos, la clandestinidad, siempre huyendo... No quiero pensar lo que va a sufrir en la cárcel.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Pensaba, como yo, en el estado en que acabó su hermano durante su primer encarcelamiento.

—Ahora estamos en guerra. Va a ser peor, mucho peor.

—¿Qué crees que se puede hacer? —le pregunté a Parí.

Intenté dar una entonación resuelta y tranquilizadora a mi voz, aunque lo cierto es que no tenía ni idea de cómo ayudar a su hermano.

—Shirin, *yun*, la otra vez me apoyaste. He venido a pedirte lo mismo. ¿Conoces a algún juez que pueda recibirme y que, al menos, nos pueda decir dónde está Yavad? Sabes que no te implicaría en esto si tuviese otra salida.

—La mayoría de los jueces que conocía han sido expulsados, lo mismo que yo. Los que siguen en el cargo obedecen todas las órdenes y no tienen ningún poder, menos aún sobre los detenidos políticos.

Sentí una profunda desazón; me levanté y me dirigí nerviosamente hacia la cocina, pensando sin cesar a quién podíamos recurrir.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer? —insistió mi amiga.

—Con los jueces, desde luego, no —repuse con amargura. ¿Y Alí? ¿Esta vez no podría ser él quien lo ayudara? —sugerí al fin, aunque ya conocía la respuesta.

—No. Alí odia a Yavad, y no movería un dedo. Desde que el ayatolá Jomeini se hizo con el poder, Alí odia prácticamente a todos los que no están de su parte. No se habla con Yavad, y ni siquiera quiere nombrar a Abás. Dice que es una vergüenza tener un hermano que fue general.

Una vez más, pensé en todo lo que Abás, pese a su ciega lealtad al sah y su limitada inteligencia, había hecho por sus hermanos. Los había mantenido, les había dado estudios y se había privado de muchas cosas para que a ellos no les faltara nada. Y ahora ambos lo miraban con odio, sin ningún reconocimiento.

Guardamos silencio unos minutos; nuestras mentes, en plena actividad frenética, se hallaban encerradas en una habitación sin salida, sin soluciones.

—Podrías dirigirte a las autoridades internacionales —exclamó Parí de pronto—, a Amnistía Internacional, o a Human Rights Watch. ¿Qué te parece?

Recordé que, hacía poco, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas había enviado a Irán un «representante especial permanente». Se llamaba Reynaldo Galindo Pohl. En los últimos años, las violaciones de los derechos humanos habían sido tan graves que la ONU pidió a uno de sus representantes que se dirigiera a nuestro país e informase de la situación. Naturalmente, al regresar a la base, éste describió lo que había visto, y el Gobierno iraní anunció que no volvería a concederle el visado de entrada.

—Escribiré a Amnistía Internacional, a la ONU, a Reynaldo Galindo Pohl, a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, a Human Rights Watch y a todas las organizaciones que conozco, y las informaré del caso de Yavad.

Mi amiga pareció sentirse aliviada. Cogí papel y bolígrafo del cajón del estudio y empecé a escribir en farsi, mientras Parí traducía al inglés. Tras haber corregido y reescrito varias veces las cartas, las firmé, y decidimos enviarlas por correo al día siguiente. Antes de meterlas en los sobres, las leímos de nuevo para asegurarnos de que no habíamos olvidado nada. Escribí que conocía bien a Yavad, que éste no participaba en la lucha armada, pues sólo era el responsable cultural de su partido, y que lo habían detenido únicamente por sus ideas políticas. Se le negaban todos los derechos mínimos

de un preso, como el permiso a recibir la visita de un abogado y de su familia.

Cuando terminamos, preparé y serví un té para ambas. Tras el esfuerzo, nos invadió el cansancio, pero no nos decidíamos a separarnos, y seguimos charlando de nuestras cosas, en un intento desesperado por recuperar la normalidad. Parí logró sonreír un par de veces, y la tensión iba disminuyendo. De repente, dejó la taza en la mesa.

—Shirin, en correos verán a quién van dirigidas las cartas y las interceptarán, máxime al ver que tú eres el remitente. Todo es inútil, no hay salida.

Por desgracia, estaba en lo cierto. En Irán, la opresión había llegado a esos extremos. Con el pretexto de la seguridad nacional y la guerra con Irak, las líneas telefónicas y la correspondencia estaban bajo control. Obviamente, ello no valía para todos, pero, desde luego, sí para aquellos que, según el régimen, eran sospechosos de mantener contacto con organizaciones internacionales. Y yo era una de esas personas. En varias ocasiones, no había recibido cartas o paquetes postales de amigos que me aseguraron haberlos mandado. No era seguro que la censura las interceptase, pero, desde luego, mis cartas por Yavad corrían el riesgo de no llegar a su destino.

—¿No sería mejor llamar? —propuso mi amiga.

—No. Aunque llamara desde una cabina, sería inútil. Todas las denuncias deben hacerse por escrito. Pero...

—¿Pero... qué? —inquirió Parí con ansiedad.

—Si consiguiéramos un fax, eso podría ser una buena solución.

Cayó de nuevo el pensativo silencio de nuestras mentes concentradas. Tras unos minutos, Parí alzó los ojos.

—Abás tiene un viejo amigo en Teherán. Se llama Farid. Tiene una pequeña empresa de exportación de dátiles. No le interesa la política, y su teléfono no está intervenido.

—Si no le interesa la política, no querrá arriesgarse por nosotros.

—Él no, ¡pero su hijo sí! —dijo Parí, exaltada.

—¿Qué?

—Farid tiene un hijo que simpatiza con la izquierda. Es alumno mío, lo conozco bien. Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por dar a conocer los crímenes del régimen.

Lo pensé un momento; podía ser una buena idea. Esta vez habíamos dado con la solución adecuada.

—Lo importante es que su padre no se dé cuenta de nada —dije sonriendo.

—Por supuesto.

Extrajimos las cartas de los sobres, anoté en una hoja los números a los que había que enviar los faxes y se lo di todo a Parí. Aquella noche se pondría en contacto con su alumno y le pediría ayuda.

Serví un poco más de té.

—¿No te da vergüenza, Shirin? —protestó mi amiga cuando vio las tazas de nuevo en la mesa—. ¡Deberías preparar el almuerzo! ¿Aún no te has enterado de que tienes una invitada? Me muero de hambre.

Ahora que había una esperanza para Yavad, casi había recobrado su humor irreverente.

—Te has presentado aquí al amanecer. No he tenido tiempo de preparar nada. Mira, para que no te mueras de hambre, voy a pedir *chelo kebab*.

—Perfecto, pídelo fuera. Así, por una vez, tu obsesión por el azafrán no lo estropeará —repuso Parí sonriendo.

## 16

**La justicia y el doctor**

El caso de Yavad no era una excepción en Irán. Por desgracia, tuve ocasión de comprobarlo poco después de enterarme de su detención. Una mañana, mi madre me llamó por teléfono angustiada.

—Shirin, han detenido al doctor —dijo sin saludarme siquiera.

El «doctor», como lo llamábamos nosotros, era mi tío. Mi abuelo murió prematuramente, y mi padre, muy joven aún, tuvo que cuidar de su madre y su hermano menor. Con muchos sacrificios, logró mantenerlos a ambos; gracias a su ayuda, mi tío estudió medicina, y se especializó en oftalmología en Europa. Más tarde, se convirtió en uno de los médicos más reputados del país. Ahora tenía más de setenta años, había dejado su cátedra en la universidad, ya no ejercía y vivía tranquilo con su familia. No acertaba a comprender cómo podía haber afrontado al régimen.

—*Maman*, ¿estás segura? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé con exactitud. Han llamado esta mañana para avisarnos. Lo han acusado de haber participado en un golpe de Estado —respondió de un tirón.

—¡Eso es ridículo! ¿Cómo pueden creer que un viejo médico respetable se dedica a conspirar contra el régimen?

Debía tratarse de un error. Por desgracia, uno de tantos. El Gobierno vivía en permanente estado de alerta, sobre todo tras el estallido de la guerra, y cualquier comportamiento podía ser malinterpretado. La acusación más recurrente era la de participación en un golpe de Estado. Todo criminal verdadero o presunto veía como, ante la duda, le imputaban ese delito, sin más. Bastaba una simple sospecha, sin ninguna prueba que la confirmase, para arrestar a un inocente, encarcelarlo durante meses, torturarlo para obtener confesiones imposibles y ejecutarlo. A veces, luego se retractaban y admitían haber cometido un «error judicial»; el Gobierno ya se había disculpado en varias ocasiones por ejecuciones injustificadas, tras lo cual honraba a la víctima como a un mártir, casi como si ésta hubiera elegido morir para calmar las paranoias de los demás. Y su familia recibía una pensión equiparable a la de los caídos en la guerra.

Sin duda, mi tío había quedado atrapado en ese mecanismo perverso e impredecible. Debíamos intervenir enseguida para averiguar qué pruebas tenían contra él y exculparlo, siempre que ello fuera posible.

—¿Qué opina *baba*?

—Aún no he tenido valor para decírselo. Por eso te llamo, Shirin; preferiría que se

lo dijeras tú —me pidió mi madre en tono de súplica—. Tú sabes cómo calmarlo.

Mi padre había sufrido un infarto hacía poco, y no iba a soportar la noticia de que su hermano corría peligro. Ambos estaban muy unidos.

—Está bien. Ahora voy.

Llegué a casa de mis padres a la hora del almuerzo, fingiendo que pasaba por allí. Después de comer, mi padre solía echarse la siesta, y esperaba tener un rato para hablar con mi madre. Le hice señas de que no dijera nada y aguardamos a que él se retirara.

Fue el almuerzo más difícil de mi vida. Mi padre no hacía más que hablar de temas, que, de repente, se habían convertido en sandeces —el racionamiento escaso, las gasolineras vacías, los daños causados por los bombardeos de las ciudades— mientras mi mente vagaba por otros derroteros. Intenté mantener viva la conversación, pero tenía la impresión de que mis palabras salían de la boca de otra persona. Lo que más me afligía era saber que, en cierto modo, estaba engañando a mi padre.

Cuando nos quedamos solas, mi madre me dijo que ya había recibido más de diez llamadas. Amigos y parientes se habían enterado del arresto y llamaban para informarse y mostrar su solidaridad; para que mi padre no la oyese, se había visto obligada a eludir la cuestión e interrumpir bruscamente las conversaciones. Pensé que mi padre acabaría descubriendo la verdad por casualidad y de forma brutal, de modo que decidí abordar el tema cuanto antes. Además, el tiempo podía ser un factor determinante para el doctor.

Cuando mi padre bajó, después de la siesta, acudí al salón con una taza de té humeante. Me senté frente a él y murmuré una breve oración para mis adentros. Había llegado el momento.

—¿Has oído, *baba*? —dije mirándolo a los ojos—. Cada vez detienen a más gente. El régimen no tiene escrúpulos a la hora de acusar a inocentes. Por suerte, cuando los jueces descubren el error, los liberan. Yo diría que, hoy por hoy, existen buenas garantías de que las víctimas de esas injusticias van a ser puestas en libertad.

Mi padre me dirigió una mirada sorprendida. Nunca me había visto tan conciliadora con el régimen.

—¿Cómo era eso que se decía antes? «La cabeza del inocente llega hasta la horca, pero no acaba en la horca». Quizá no resulte demasiado consolador para esos pobres, pero, al menos, se salvan de lo peor.

—Sí, eso pienso yo también —asentí.

Seguía observándome con curiosidad, pues deseaba saber adónde me proponía llegar. Me armé de valor y se lo dije:

—¿Sabes, *baba*? Ahora el doctor también se encuentra entre esos inocentes.

Lo vi palidecer de golpe. Apartó la taza de té y guardó silencio unos instantes. No quería dejarlo solo con sus pensamientos, y me apresuré a hablar de nuevo.

—*Baba*, ya lo verás, será fácil demostrar que no es culpable. Yo me ocuparé de ello. Bastará...

—Shirin —me interrumpió con dulzura—, estoy bien, no te preocupes por mí. Pensaba en lo terrible que es un país en el que un viejo médico no puede disfrutar en paz de su jubilación. ¿Qué van a hacer los jóvenes?

—Ocuparse de sus tíos, ¿no? —repuse intentando desdramatizar.

Sin embargo, mi voz temblaba, y mi sonrisa era forzada. Mi padre sacudió la cabeza y apoyó su mano en mi hombro.

—Gracias, estoy contento de que te ocupes tú del asunto.

Volví enseguida a casa con el fin de advertir a las organizaciones para los derechos humanos. El fax de los dátiles funcionaba de maravilla. Al cabo de dos días, me llamó mi tía para contarme lo que había podido averiguar. Gracias a algunos conocidos, logré que le permitieran visitar a su marido en la cárcel. Fue un encuentro breve, diez minutos



en presencia de un guardia. Mi tío estaba bastante bien; se lo veía debilitado, pero no desanimado. Le explicó el motivo de su arresto. El hermano de un amigo suyo de la infancia dirigía una organización de disidentes políticos que los pasdarán habían capturado hacía poco. En su agenda, estaba el número de teléfono de mi tío, por lo cual, con una lógica impecable, habían decidido arrestarlo en calidad de sospechoso, junto con todas las personas cuyos nombres aparecían en la agenda. En otras circunstancias, me habría reído ante lo absurdo de la situación, pero, en ese momento, sólo sentí rabia por el estado en que se hallaba nuestro sistema judicial, por las patentes violaciones de los derechos y por la precariedad en que vivíamos todos nosotros.

Por suerte, mi tío parecía estar seguro de que iban a soltarlo pronto. En casa, todos suspiramos aliviados, y nos dispusimos a aguardar con optimismo. Sin embargo, los días pasaron, se convirtieron en meses, y nada había cambiado. Empezábamos a estar seriamente preocupados, y entramos en una fase de espera muy distinta, la de las malas noticias. Y éstas llegaron puntualmente.

Una tarde, un primo lejano fue a visitar a mis padres y quiso hablar en privado con mi padre, quien insistió para que yo también estuviera presente.

—No tengo secretos para Shirin, di lo que quieras delante de ella.

Admiré una vez más a mi progenitor, que había educado a todos sus hijos en la paridad; de él aprendí a reivindicar mis derechos como mujer, y a no aceptar ninguna discriminación.

—El hijo de un buen amigo mío es pasdar, y trabaja en la cárcel de Evin —empezó a contar mi primo—. Sabía que el doctor estaba preso allí, y prestó atención cuando oyó que lo nombraban. Se dice que está en la lista de los condenados a muerte. La ejecución podría ser inminente.

Mi padre se dejó caer en el sillón, muy pálido. Su respiración se volvió entrecortada. Corrí por el oxígeno y me quedé a su lado, sosteniéndole la mano. Busqué desesperadamente algo que decir para tranquilizarlo, pero no se me ocurría nada. Me sentía tan consternada como él.

—El hijo de mi amigo conoce al presidente del tribunal —continuó mi primo cuando mi padre se recobró—. Puedo ponerlos en contacto con él; bastará untarlo un poco para resolver el problema.

Todos sabíamos lo corruptos que eran los juzgados. Sobornos y cohechos estaban a la orden del día. El propio Gobierno había tenido que alejar a numerosos jueces «de confianza» por corrupción. Evidentemente, en esa ocasión no me sentí indignada por ello, sino que me alegré: había esperanzas para mi tío.

—Pagaré lo que haga falta —dijo mi padre con el alivio pintado en la cara—. Pero dile al pasdar que, primero, quiero hablar con mi hermano.

Al cabo de una semana, recibimos el pase para visitar al doctor en Evin. Estaba claro que la justicia, en Irán, «funcionaba»; sólo había que saber cómo activarla. Mi padre me pidió que lo acompañara, pues temía no poder aguantar la fuerte emoción pero no fue necesario. El día antes de la visita sonó el timbre en casa de mis padres. Mi madre entró corriendo en el salón, gritando de alegría.

—¡El doctor está en la puerta! ¡Lo han soltado, ya lo han soltado!

Parecía que se había vuelto loca; no dejaba de repetir las mismas palabras. Mi padre y yo nos miramos, incrédulos. Observamos la puerta temiendo que fuera una broma de mal gusto.

Pero en la entrada apareció el doctor en persona. Más delgado y pálido, más encorvado y viejo de lo que lo recordábamos, pero era él. Se acercó sonriendo y nos

abrazó. Mi madre fue a avisar a su mujer, que estaba trabajando, y yo preparé té para todos. Al igual que a mi padre y a mí, al doctor le encantaba esta infusión, y pensé que la habría echado mucho de menos en la cárcel.

Cuando todos nos sentamos de nuevo en el salón, mi tío nos contó por qué lo habían liberado.

—En Evin hay un pequeño hospital para los presos. Cuando descubrieron que era médico, me pidieron que me ocupara de quienes necesitaban intervenciones quirúrgicas en los ojos. Al principio, pensé en rehusar, porque me horrorizaba la idea de colaborar con los pasdarán, pero luego me di cuenta de que así, al menos, podría aliviar los sufrimientos de los presos. Además, no soportaba estar todo el tiempo mano sobre mano; necesitaba sentirme útil y dar sentido a mis días. Y así empezó mi brillante carrera como cirujano en el hospital. Sólo había otro oftalmólogo, y nos turnábamos para operar, hacer las curas, vendar. Nunca había trabajado tanto.

Pese a su aspecto macilento, mi tío parecía de buen humor, y no había perdido su vivacidad. La expresión de mi padre se serenaba a cada palabra suya.

—¿Cómo es que había tantas personas con enfermedades en los ojos? ¿No es una epidemia algo insólita? —pregunté.

—Nada de epidemias, querida Shirin. Son las consecuencias de los latigazos. Tras ellos, a veces se produce un choque nervioso que revienta las venas del corazón, los riñones y los ojos. Si no se trata inmediatamente la hemorragia, el paciente puede quedarse ciego.

—Ya nos lo contarás más tarde —intervino mi madre, impaciente—. Ahora dinos cómo te soltaron.

—Por pura casualidad. Mientras trabajaba en el hospital, vino a pasar visita el nuevo médico jefe y me reconoció. Fue alumno mío en la universidad, y luego ha hecho carrera gracias a la ayuda de su suegro, un mulá del círculo del ayatolá Jomeini. En cuanto supo mi historia, se ofreció a ayudarme. Él fue quien habló con el presidente del tribunal, y, al cabo de dos días, obtuvo la excarcelación. Esta mañana, cuando ha venido a recogerme para firmar los papeles de la liberación, os aseguro que no me lo esperaba. Ni siquiera he tenido tiempo de avisaros —concluyó con una sonrisa.

La forma en que se administraba justicia no era precisamente motivo de orgullo. Tenía razón mi abuela cuando afirmaba que quien vive mucho ve cosas enormes con sus pequeños ojos. Cuando era niña, interpretaba la frase en sentido literal, pero, al crecer, comprendí el significado real de este antiguo proverbio persa: la experiencia que acumulamos día a día nos lleva a conocer y aceptar realidades extrañas e incomprensibles, como la de un hombre detenido por error que escapa a la ejecución gracias a un soborno y al que liberan por casualidad.

## 17

### Visita a Evin

Mientras mi familia y yo intentábamos que liberasen al doctor, las cartas que había enviado a favor de Yavad empezaron a dar fruto. Un día, Parí encontró un mensaje en el contestador que informaba del día y la hora previstos para visitar al preso. Era un mensaje seco y sin rodeos que, aun así, llenó de esperanza a mi amiga y a su madre.

El día antes de la visita, Simin fue al bazar y compró abundante fruta fresca, manzanas, higos y uvas para mimar a Yavad como cuando era niño. A causa del racionamiento y de la guerra, la compra le costó una pequeña fortuna, pero cuando se trataba de sus hijos, ella no reparaba en gastos.

A la mañana siguiente, Simin se vistió con esmero, aunque ya había decidido que llevaría el chador; le parecía que debía intentar congraciarse con los guardias y mostrarse como la intachable madre de un hijo que, a fin de cuentas, era honesto.

Parí observó en silencio los preparativos; callaba para que su madre no percibiera en su voz y sus palabras lo que realmente sentía: lástima; lástima de sí misma, que llevaba años tras las andanzas de sus hermanos; lástima de su hermano Yavad por el infierno de vida al que se había condenado; lástima de Alí y Abás y sus rencorosos silencios; y, sobre todo, lástima de Simin, asustada como una chiquilla porque, al fin, volvería a ver a uno de sus hijos. Los últimos años le habían partido el corazón: Abás no podía salir de Estados Unidos y tal vez no regresaría nunca; Alí había decidido ir al frente y ya no se dignaba a escribirle; Yavad era inalcanzable, primero por ser un clandestino y ahora por estar preso. Sin sus hijos y nietos, se sentía una mujer sola y, lo que era peor, una madre inútil. Pero, incluso más que la nostalgia, lo que la atormentaba eran las peleas y las tensiones. Sus hijos mantenían posturas tan encontradas que no soportaban verse, como si no fueran hermanos, y no preguntaban unos por otros. De hecho, cuando aún estaban todos en Teherán, iban a verla por separado. Las comidas festivas en la vieja casa de Abás Abad ya no eran más que un recuerdo difuso.

Simin y su hija bajaron por la cuesta de los Arrepentidos, como dos presas. Por un instante, Parí se preguntó si Yavad habría pensado en retractarse de sus ideas. Pero era una duda inútil: Yavad no estaba hecho para arrepentirse y poco importaba el precio que tuvieran que pagar él y los suyos.

En la entrada, los guardias las pararon y arrancaron las bolsas de las manos de Simin.

—No vais de *picnic*, abuela —se mofó un guardia.

Pese a la barba que intentaba dejarse crecer, no aparentaba más de diecisiete años.

—Sólo es fruta..., la he comprado para mi hijo —respondió, desolada, mirando sus dos bolsas en manos del joven.

—Pues acabo de confiscarla. ¿No sabes que los presos no pueden recibir regalos? Son traidores, no invitados de honor.

—Déjalo, mamá, no merece la pena —la disuadió Parí tomándola del brazo.

Temía que, de un momento a otro, Simin le soltara un exabrupto a aquel chico insolente, aunque su madre, en realidad, más que irritada parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Quieres ver a tu hijo o no? —preguntó el guardia con dureza, disfrutando al ver que estaba molesta.

—Ven —dijo Parí.

Avanzó tirando con delicadeza de su madre, y ambas, derrotadas, bajaron la cabeza antes de entrar.

Habían llegado con antelación, y el turno anterior de visitas aún no había finalizado. Esperaron de pie diez minutos, observando las paredes sucias, sin intercambiar palabra alguna. Después, un guardia las hizo pasar a la sala de visitas. En ese momento, el grupo anterior estaba a punto de salir, y muchos parientes se agachaban a escuchar las últimas palabras de sus reclusos antes de que bajasen por completo la cortina gris, tras la cual los presos desaparecían al otro lado. Era una habitación oscura, de cuatro metros de ancho por veinte de largo; en medio había un tabique transparente de la mitad hacia arriba, y, a ambos lados, cabinas de menos de un metro de ancho, separadas por finos paneles de aglomerado.

Cuando la cortina gris se alzó de nuevo, Simin vio enseguida a su hijo al otro lado del tabique. Se abalanzó sobre el teléfono de la cabina y empezó a llorar pegada al auricular. Parí la siguió; de vez en cuando, le daba palmadas en el hombro sin dejar de mirar a Yavad. Se preguntaba si él sufría por el dolor que les infligía a ambas, si había una sombra de arrepentimiento en su conciencia. Parí se sorprendió al advertir que ella misma no albergaba ningún resentimiento hacia aquel hermano suyo estúpido y obstinado. Sólo sentía la urgencia de grabarse en la memoria su rostro, sus ojos, su cabello y aquella sonrisa burlona que aún no había abandonado por completo sus labios.

La visita sólo duraría unos minutos; los presos en un lado del tabique, y los parientes en el otro, sin poder tocarse. Tampoco se veían bien; desde el mugriento cristal, Yavad aparecía más bien desenfocado. La barba le ocultaba el mentón y las mejillas, y resaltaba más aún los labios oscuros y bien dibujados.

Al notar la mirada insistente de Parí, él también la miró y le sonrió con calidez.

—Hola, hermanita —susurró a través del auricular.

El saludo interrumpió el flujo de lágrimas de Simin. Su voz llegó metálica y distorsionada a través del tabique divisorio. «Incluso le roban la voz», se dijo Parí indignada.

—Te lo ruego, escribe una carta de arrepentimiento, pide la gracia —suplicó Simin con renovado vigor, confortada al oír las primeras palabras de afecto pronunciadas por su hijo.

Yavad no respondió, se limitó a sacudir levemente la cabeza, como si la cuestión le resultara ajena. Las súplicas de su madre se convirtieron en un único lamento monocorde que fluía de un lado a otro sin interrupción.

—Parí, explícale tú a *maman* por qué no puedo.

—Yavad, Yavad, ten piedad de tu juventud. Aún tienes una vida por delante, puedes volver a empezar y ser feliz. ¿Qué has conseguido siendo tan obstinado?

—Si vais a desanimarme, mejor que no vengáis más —repuso él con impaciencia—. Ya sabéis que no tengo intención de renegar de mis ideas. Si lo hiciera, al salir no podría mirar a la cara a mis compañeros. Los jefes del partido son viejos y soportaron también la prisión y las torturas. ¿Cómo voy a ceder yo por unos pocos meses en la cárcel?

Parí exhaló un suspiro de derrota. Sabía que ocurriría eso, y había imaginado las palabras de su hermano. Pero, por un momento, se permitió tener esperanzas. Él llevaba tiempo encerrado en una celda de aislamiento, e ignoraba que muchos de sus ex compañeros ya habían cedido. Largas cartas de arrepentimiento que incluso habían salido publicadas en los periódicos, nombres de primer orden que habían renegado de mucho más que una idea. Parí se lo habría dicho si hubiera pensado que, con ello, lo haría cambiar de opinión, pero sabía que no la creería. O tal vez, para él, aquello no cambiaba las cosas.

—Díselo tú, Parí, dile que pida perdón, que está sufriendo para nada —insistió Simin sin atender a razones—. Tus amigos Behruz y Amir estuvieron unos meses en la cárcel, y ahora están fuera. Si firmas la carta de arrepentimiento, te darán la libertad. Se lo han prometido a todos.

Su madre lo miraba fijamente a los ojos, ansiosa por captar una señal que confirmara que su hijo pensaba ceder. Parí cogió el auricular. No sabía qué decir; el tiempo era tan escaso que parecía inútil discutir, pero Simin esperaba su ayuda.

—Y vosotras ¿cómo estáis? —preguntó Yavad cambiando de tema y quitándole a Parí un peso de encima.

Le sonrió de nuevo con dulzura, y Parí, agradecida por aquel simulacro de normalidad, empezó a contarle sus pequeños hechos cotidianos. Habló de las reformas en el piso, del ruido que hacían los vecinos, de su trabajo y de una paciente insoportable. Aún estaba hablando cuando la cortina empezó a bajar. Parí y Yavad se agacharon automáticamente y siguieron mirándose a los ojos, cada vez más encorvados para aprovechar hasta la última rendija.

Simin y Parí lanzaron una última ojeada a la tétrica cortina gris y se alejaron, cabizbajas. En cuanto salieron de Evin, ambas sintieron el impulso de sacudir los pliegues de sus ropas y velos, como si quisieran ahuyentar el olor de la cárcel. Mientras subían por la cuesta de los Arrepentidos, Simin dijo:

—Ni siquiera ha preguntado por Abás y Alí. Nunca me resignaré a que mis hijos se comporten así.

## 18

### Iraníes en Estados Unidos

Unos años después, me invitaron a un congreso en Seattle sobre los derechos de la mujer. Entre los conferenciantes estaban Parvaneh Foruhar, una conocida activista y militante del Partido del Pueblo de Irán, y Maurice Danby Copithorne, sucesor de Reynaldo Galindo Pohl como Representante Especial de los Derechos Humanos de la ONU en Irán. Acepté de inmediato la invitación; deseaba hablar con él, sin temor a que nos espieran, para informarle acerca de las últimas violaciones de los derechos humanos.

Diez días antes de marcharme, me llamó una profesora de literatura que tuve en el bachillerato y que tras la Revolución islámica se había trasladado a Estados Unidos. Tenía una relación especial con ella, pues en aquella época me había ayudado a superar mi problema con el tartamudeo. Me había obligado a hablar despacio, remarcando cada palabra para tartamudear menos. Cada vez que me preguntaba la lección, tardaba el doble que los demás compañeros, pero la seguridad de poder conseguirlo me permitió superar ese defecto. Entonces no podía imaginar lo útil que iba a resultarme saber hablar en público. Cuando mi ex profesora vio que yo estaba entre los conferenciantes, me invitó a su casa, y me propuso participar en una reunión con otros inmigrantes iraníes. Al fin y al cabo, si llamaban a Los Ángeles «Teherángeles» era por el gran número de compatriotas míos que había emigrado allí después de la Revolución. Siguiendo los dictámenes de la cultura iraní, opuse a la invitación el *taarof*, es decir, en un principio la rechacé, y sólo acepté tras la reiterada insistencia de mi profesora.

Al saber que iría a Los Ángeles, Simin me pidió que visitara a su hijo Abás, que también vivía en Estados Unidos, para ver cómo estaba. Su hijo le escribía con regularidad, y nunca olvidaba mandarle por su cumpleaños un frasco de su perfume favorito, pero Simin no se sentía tranquila.

—Cuando hay algo que no funciona, una madre lo intuye. ¿Cómo voy a fiarme de unas cartas tontas y unas pocas llamadas? —respondía Simin a quienes intentaban tranquilizarla.

Hacía años que no veía al general, y acepté con mucho gusto ir a saludarlo. Simin aprovechó para que le llevara «cuatro cosillas». El día de mi marcha apareció con una bolsa de doce kilos que contenía los alimentos preferidos de Abás: legumbres, habas, verduras, fruta y limones secos, pistachos y nuestro postre típico, el *gaaz*. Como si todo aquello no pudiera encontrarse en Estados Unidos.

Así pues, mi breve viaje a Seattle se convirtió en una larga peregrinación entre los

iraníes de Estados Unidos. Viejos amigos, conocidos e incluso desconocidos cuyo único vínculo consistía en haber nacido en el mismo país. Siempre me conmueve pensar en la intensidad de los lazos que surgen espontáneamente en la cultura oriental, donde un lejano parentesco o un pretexto más frágil aún bastan para crear afinidades.

Buena prueba de ello fue la actitud de mi antigua profesora. Tras mi conferencia, fue la primera en levantarse para aplaudirme; sus ojos brillaban de orgullo por mi expresión fluida y mi tono seguro.

—Shirin, qué discurso tan bonito. Te has convertido en una magnífica oradora — me dijo con afecto.

—¿En serio, profesora? —le pregunté, divertida y satisfecha.

En el fondo, aunque hubiesen transcurrido más de treinta años, ella seguía considerándome alumna suya. Y no se equivocaba, pues yo no podía evitar llamarla profesora.

Al día siguiente, Arya vino a recogerme para acompañarme a San Diego, donde vivía Abás. La última vez que lo había visto, antes de que fuera a estudiar a Estados Unidos, no era sino un chiquillo imberbe y desgarrado, tan alto que parecía estar a punto de caer hacia delante. Los años le habían regalado un cuerpo esbelto y atlético, y la sonrisa de quien está seguro de su atractivo. Tenía el cabello negro y los ojos oscuros de su padre, y su mirada conservaba todavía un resquicio de esa afabilidad que perdió al crecer demasiado aprisa. Vestía ropa de calidad y tenía un aire completamente estadounidense; las únicas concesiones a sus orígenes eran una barba negra, bien recortada, y un acento cantarín al hablar inglés que difícilmente lo abandonaría.

De Los Ángeles a San Diego hay unas dos horas de coche, pero el viaje, entre charla y recuerdos, se hizo corto. Arya no había perdido el tiempo; mientras estudiaba arquitectura, empezó a hacer prácticas en un estudio para aprender rápido el oficio y ahorrar un poco de dinero. Un año después de licenciarse, ya estaba preparado para trabajar por su cuenta; con un socio, abrió un estudio, y se dedicaron a restaurar y vender casas antiguas. Un *business* muy rentable y estimulante, como me explicó con orgullo. Repetía con insistencia la palabra *business*, pues, sin darse cuenta, mezclaba expresiones y términos ingleses con el farsi.

Ahora su socio acababa de hacer una nueva inversión: habían comprado un terreno residencial en las afueras de Los Ángeles y allí estaban construyendo una serie de chalés que pensaban vender con unos generosos márgenes comerciales. Arya trabajaba mucho, pero le gustaba, y, sobre todo, le gustaba no tener que rendir cuentas a nadie. Se sentía realizado y satisfecho de sí mismo.

Acudieron a mi mente las mil preguntas que Simin me había pedido que hiciera.

—Oye, ¿y a qué esperas para casarte?

—¿Por qué habría de hacerlo? Aquí no es como en Irán, donde todo el mundo se casa porque es lo que sus padres esperan. Aquí, cada uno es libre de hacer lo que quiera, y de no seguir las tradiciones si no las comparte —respondió con la mirada fija en la carretera.

De pronto, su voz se había ensombrecido, y pensé que quizá hubiera sufrido algún desengaño amoroso.

Estaba a punto de decir que, en Irán, la gente también contraía matrimonio por amor; incluso yo, una mujer catorce años mayor que él, me había casado con el hombre a quien quería sin ningún tipo de restricción. Pero vi que tenía una expresión contrariada; probablemente, su padre, Abás, ya lo había atormentado bastante con ese tema y era mejor no insistir.

Desvié la conversación al terreno casi neutral de la literatura, y, para mi sorpresa, descubrí que Arya, pese a llevar años viviendo en Estados Unidos, conocía muy bien las obras iraníes más recientes. Me confió que él también escribía; poemas dulces y musicales, como pude comprobar mientras me recitaba algunos, llenos de nostalgia por su tierra.

—Eres muy bueno. ¿No has pensado en publicar?

—Sí. Mandé unos poemas a una revista literaria de California y me los publicaron. Composiciones en inglés, claro; los poemas en farsi los guardo para mí y para los pocos que pueden entenderlos.

Lo miré con sincera admiración: era muy joven, pero ya se había forjado una carrera prometedora, se había adaptado a un país nuevo y tenía un inesperado talento para la poesía en dos lenguas. Todos los sacrificios de Abás y Turan para mantener a sus hijos en el extranjero se habían visto bien recompensados, pensé.

—¿Y Borna? ¿A qué se dedica? —pregunté.

Acababa de darme cuenta de que aún no me había hablado de su hermano.

—Borna no está haciendo nada que merezca la pena —dijo Arya rascándose la barba, cohibido—. Vino a Estados Unidos para ser director de espectáculos, pero vio que eso también exige dedicación y lo dejó. No terminó sus estudios en la universidad; fingía que estudiaba para que lo siguieran manteniendo, pero no pasó de segundo curso. Sólo dejó de derrochar cuando mis padres vinieron a Estados Unidos. Con la Revolución, lo perdieron todo; ni siquiera podían pagar el tratamiento médico de mi madre. Y el estúpido de Borna seguía cambiando de trabajo cada dos o tres meses; era tan poco de fiar que lo despedían en todas partes.

No sabía qué decirle. Su tono había sido duro y despectivo, como el que empleaba Abás muchos años atrás, cuando se refería a Yavad llamándolo «ése».

—¿Sabes qué hizo una vez? —prosiguió Arya—. Cuando aún fingía ser estudiante, se jugó toda su asignación para la residencia universitaria en Las Vegas. Llamó a nuestro padre llorando, diciendo que había tenido un accidente y que, si no pagaba los desperfectos, lo meterían en la cárcel. Papá reunió todo lo que pudo para pagar la estupidez de mi hermano. Si yo me hubiera enterado, no se lo habría permitido.

Arya seguía rascándose la barba, con la mirada fija hacia delante y las manos asidas al volante.

—¿Estás seguro de que no ha aprendido la lección? A veces, uno sólo necesita el estímulo adecuado para encontrar su camino —dije esperando calmarlo.

—Ahora es presentador en una sala de fiestas. Presenta a los artistas y cuenta chistes malos entre un número y otro. Dice que es director. Le pagan una miseria, pero está contento porque come y bebe gratis, y porque todos sus amigos van a verlo por las noches a la sala. No es gran cosa, pero, al menos, ya hace un año que trabaja ahí y todavía no lo han despedido. Cuando no llega a final de mes, llama a la puerta de nuestro padre. No, Shirin, *yun* no creo que haya aprendido nada.

Durante el resto del viaje, no dejó de torturarse la barba.

—Shirin, *yun*, ¡qué alegría verte! —me saludó Abás con afecto.

Al primer timbrazo Abás abrió la puerta de par en par, como si hubiera estado aguardando detrás. Se había arreglado a conciencia para la ocasión. Llevaba el cabello bien peinado y cuando algún mechón resbalaba, volvía a colocárselo con un gesto rápido de la mano. Vestía un pantalón negro con la raya impecable, y una camisa color crema muy parecida a una que tenía cuando era un muchacho. Su físico era el mismo, alto y grande, y también su sonrisa luminosa.



—Abás, *kan*, ¡yo también me alegro de verte! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Demasiado.

—Te veo muy bien.

—Shirin, tan dulce como siempre.

Era una alusión al viejo juego de palabras de nuestra niñez; *shirin*, en farsi, significa 'dulce'.

Se hizo a un lado para hacerme pasar al pequeño salón. El suelo era de terrazo gris, igual que el del pasillo, y estaba cubierto por una gran alfombra de colores cálidos. Dos sillones burdeos, colocados junto a una mesa baja, ocupaban el centro de la sala. Enfrente, en la esquina izquierda, había un viejo televisor con un tapete encima. Un bufete reluciente completaba el mobiliario; sobre éste, Abás había dispuesto un gran ramo de claveles perfumados. Todo se veía fresco y limpio.

Arya se despidió enseguida para ir a hacer unas gestiones. Prometió que volvería con el mejor *chelo kebab* de la ciudad.

—¡*Chelo kebab!*, ¡como en casa! No te privas de nada, Abás, *kan* —dije, sorprendida.

Todos los objetos de la casa parecían comprados en el bazar de Teherán.

—Se encuentran cosas iraníes, pero los objetos no lo son todo —repuso Abás mirándome con una sonrisa triste—. No son suficiente; faltan el afecto y la solidaridad que uno puede encontrar en Irán.

Mientras él preparaba el té, me senté en un sillón; alguien, seguramente su esposa, Turan, había adornado la parte superior del respaldo y los dos brazos con tapetes bordados. Me hundí en el mullido asiento para relajarme un poco tras varios días frenéticos. Frente a mí, sobre la pared blanca, vi una foto de la boda de Husein y Simin, los padres de Abás, y al lado, en perfecta simetría, otra de la boda de Abás y Turan.

—He dejado un espacio para Borna y Arya —dijo el general siguiendo mi mirada.

Sostenía una gran bandeja de peltre que dejó con cuidado sobre la mesa.

—Pero Borna, el muy granuja, no hará nada de provecho. Doy gracias de que mi pobre Turan no esté aquí para ver a su primogénito haciendo el payaso.

Turan murió un año después de la operación, postrada de dolor y atormentada por la preocupación que sentía por sus hombres, tan perdidos los tres sin ella. Abás tenía una foto suya de joven en la mesilla de noche, junto a la cama que había sido de su mujer. Cada mañana y cada noche la saludaba con una oración cotidiana y personal.

—Arya, ése sí que llegará lejos —prosiguió—. A un chico como él no le costará encontrar novia.

Sus ojos brillaban de orgullo. Empezó a hablarme de los sorprendentes progresos de su hijo, de su trabajo bien encaminado y sus fantásticas perspectivas. En palabras de su padre, el estudio de arquitectos se había convertido ya en una gran empresa de construcción que levantaba barrios enteros llenos de rascacielos.

Poco antes, al llegar a la casa y mientras Arya me guiaba por el angosto pasillo del piso, impregnado de indescifrables olores de cocina, me había confiado que se había ofrecido a comprarle a su padre un piso más confortable. Le habría gustado que se trasladara a uno de los chalés que iba a edificar, pero Abás se opuso, con un tono que no admitía réplica. En esa obstinación reconocí al hombre cegado, capaz de perder a sus hermanos por orgullo. Esperaba que no le ocurriera lo mismo con sus hijos.

Mientras Abás hablaba, alguien, en la habitación de al lado, arrastró una silla y encendió el televisor. El rumor monótono atravesaba las finas paredes y se convertía en un constante murmullo de fondo, salpicado por el sonido metálico de los cubiertos. Desde la ventana se entreveía una serie interminable de edificios iguales a ése, pintados en desvaídos tonos pastel. Unos chiquillos jugaban al balón en la calle y, de vez en

cuando, lanzaban gritos rudos.

De repente, vi el pulcro apartamento de Abás bajo una luz distinta, casi plúmbea: sobre las lisas superficies de los muebles se veían a contraluz los cercos dejados por vasos y botellas; los tapetes bordados cubrían estratégicamente las partes raídas de los sillones, y la sombra de la mesa disimulaba la alfombra gastada. Las cortinas no lograban ocultar las finas grietas que había en las esquinas de las paredes. Aquel intento de orden y limpieza, ese último esfuerzo por mantener la dignidad, me entristeció más que el estado general de abandono del edificio.

Abás me habló largo y tendido de la enfermedad de Turan, de su muerte y del vacío que había dejado; se refirió a las deudas contraídas para pagar el tratamiento, a las preocupaciones económicas y a los continuos sacrificios. Me sorprendió la facilidad con que había retomado la confianza de antaño, de cuando hacía de hermano mayor de todos nosotros, los niños. Ahora, para poder vivir, se había convertido en panadero. Un ex compañero de escuela le había dado trabajo en su tienda, y él se levantaba cada mañana a las cuatro de la madrugada y cruzaba la ciudad para amasar y hornear kilos de pan blanco.

—¡Un general trabajando de panadero! ¿Qué te parece, Shirin? —Lo dijo con una punta de ironía, pero su voz estaba llena de amargura.

Odiaba su nueva vida y el nuevo país, pero no podía regresar. Cuando se había marchado para ir a visitar a sus hijos, creía que tendría tiempo de volver y combatir. Pero el sah había cedido demasiado pronto y se había ido, dejando tras de sí un Irán sumido en el caos y a su general más fiel con un sentimiento de culpa por lo que consideraba una deserción.

En aquellos días angustiosos, Abás intentó volver a casa, pero habían cerrado los aeropuertos para impedir la entrada de Jomeini, y tuvo que resignarse a contemplar de lejos el fin de su mundo. Turan y él habían ido a Estados Unidos con una maleta para una breve estancia, y se encontraron solos y sin dinero. En Irán habían confiscado todos sus bienes, congelado sus cuentas y expropiado su casa. ¿Qué quedaba en Irán para ellos? Además, ¿por qué iban a volver a un país que ya no se parecía al de antes? Abás sabía que, en cuanto pusiera los pies en su tierra, lo detendrían.

—Sólo me arrepiento de no haber cogido un puñado de tierra, de tierra de mi casa, como hizo el sah. Pero entonces no sabía que nunca más volvería a mi Irán. Al menos, me gustaría que me enterrasen allí. No conseguí devolver a Turan a casa. Quizá, cuando me toque a mí, podamos regresar los dos juntos.

Abás miraba un punto impreciso más allá de mi hombro, y sostenía una taza de té que se había enfriado. Distinguí unas finas arrugas junto a las comisuras de sus labios y en los círculos violáceos de sus ojeras. Había dejado de recomponerse los mechones de cabello, y ahora dejaba que le cayeran sobre la frente. Observé numerosos mechones grises que antes no había visto. No tenía ni sesenta años, pero, de repente, me pareció un viejo.

Le pedí que me explicara por qué, en 1979, el Ejército abandonó al sah. Empezó a hablar con voz apagada e incolora.

—¿Recuerdas lo que ocurría? Todos los días había manifestaciones, hordas de personas por las calles, y los eslóganes colmaban el aire. «¡Alá *akbar*, Alá *akbar*!», gritaban desde los tejados, las ventanas, los coches... Un único grito en todas partes. Y esos traidores también gritaban: «¡Muerte al sah!». Durante semanas no hubo más que huelgas, y la economía estaba por los suelos. Nosotros, el Irán de los pozos de petróleo, no teníamos gasolina; las tiendas estaban vacías y hasta los bazares cerraron; la gente tenía hambre, y el dinero, si es que alguien lo tenía, no valía nada. Había imágenes de Jomeini por doquier. El ayatolá soliviantaba a la gente, y la mandaba a combatir en su

lugar mientras él permanecía cómodamente en París, bajo protección. ¿Sabes que franceses, estadounidenses e ingleses vigilaban su escondite como si ya fuera jefe del Estado?

»Nos ordenaron que frenáramos las manifestaciones, pero ¿qué podíamos hacer? Éramos unos centenares contra miles de personas. Salíamos a la calle armados hasta los dientes, con el uniforme antidisturbios, y veíamos pasar a la gente. Ni siquiera les infundíamos miedo. Hasta que nos dijeron que disparásemos. Y disparamos. Yo también vi cómo quedaban las calles tras nuestro paso: muchos cadáveres, jóvenes y adultos, caídos en una mezcla inerte sobre el asfalto; hombres reventados, algunos, con el horror en sus ojos, otros, serenos, como si durmieran. La sangre se condensaba en grumos rojizos, nauseabundos, que pronto se cubrían de moscas. El resto terminó en las cloacas, y la ciudad apestó durante semanas.

»Los otros, los manifestantes, huyeron como ratas asustadas a los patios de los edificios vecinos, se encaramaron hasta las ventanas o derribaron las puertas. ¡Habríamos descubierto a muchos de ellos si hubiéramos registrado por ahí! Pero nadie nos lo ordenó. Aún llevaban encima las salpicaduras de sangre de sus compañeros y el olor del miedo. Ellos se limitaban a huir, no se quedaban a recoger los restos. Nos tocaba a nosotros llorar sobre los cuerpos de tantos jóvenes corrompidos por comunistas y mulás, y pensar en las familias honestas que habían perdido un hijo.

»Después, ya no nos ordenaron que disparásemos. Pensé que era buena señal, que se podría entablar un diálogo. Pero no, ya era tarde. Qué sé yo. La gente estaba furiosa, y creía en el ayatolá Jomeini, no en el sah. ¡Patanes estúpidos!

Abás terminó su largo y átono monólogo sacudiendo la cabeza, como si aún no pudiera creerlo. Nunca había comprendido por qué se había rebelado Irán.

—¿Por qué se fue el sah? Si se hubiera quedado, habría podido defender la monarquía, o morir como un héroe. Y entonces, quizá lo habría sucedido su hijo.

Seguí hablando más para intentar que desapareciera de sus ojos aquella mirada fija que por un deseo real de polemizar; nunca se había podido razonar con Abás.

—Shirin, tú nunca has comprendido estas cosas. El sah estaba enfermo y necesitaba tratamiento. Y, si se hubiera quedado, nosotros habríamos seguido disparando, y habríamos matado a muchos más jóvenes. Lo hizo por ellos —me explicó en tono paternalista—, para evitar una carnicería.

—No lo entiendo, Abás, *kan*. Si el sah sabía que estaba muy enfermo, no le podía dar miedo morir defendiendo el trono. En cuanto a la carnicería, ¿no oyes cuántas personas mueren al día? Capturan, torturan y matan a los disidentes o presuntos disidentes. ¿Sabes cuántas ejecuciones ha habido desde la Revolución? ¿Cuántos procesos sumarios? ¿Cuántos muertos?

Aún tenía fresca en la memoria la conferencia que había preparado para el congreso de Seattle, y todavía podía sentir la desolación que me invadió ante mi impotencia.

—Shirin, no fue culpa del sah, sino de Carter, que nos abandonó. Poco después de que operaran a Turan, en diciembre o enero, convocaron urgentemente al Estado Mayor del Ejército, a las siete y media de la mañana. Teníamos que hablar de la situación política, y de las posibilidades que había de que el Ejército sofocase la Revolución. Cuando llegué, estaban todos los altos cargos del Ejército, un nutrido grupo por cuya lealtad habría puesto la mano en el fuego. Sólo más tarde, al abandonar el país, me di cuenta de que no estaban todos. Algunos nombres, algunos rostros que conocía desde hacía años no se habían presentado. Los traidores, generales como yo, ya habían hecho las maletas, y habían huido antes de que el barco se hundiera.

»Eso sí, entre nosotros estaba Huyser, el general Huyser, enviado especialmente

por Estados Unidos para mantener la situación bajo control. ¡Mentira! Sólo quería atarnos las manos. Se levantó y dijo: «El Ejército no puede intervenir. Muchos soldados son creyentes y se sublevarían. Jomeini tiene una gran influencia sobre ellos. Cada vez hay más desertiones en los cuarteles. Si el Ejército interviniese de forma brutal, estallaría la guerra civil». Sus palabras fueron recibidas en un silencio absoluto. ¿Cómo se atrevía ese estadounidense a decidir por nosotros, y a decidir que nos rindiéramos?

»Pero Huyser siguió hablando sin inmutarse: «En la Conferencia de Guadalupe, Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania se mostraron de acuerdo: hay que impedir la guerra civil. Irán posee armas demasiado avanzadas, reactores y misiles; sería una masacre. Y el armamento podría acabar en manos de la Unión Soviética. En cambio, si pactamos con los líderes revolucionarios, no disolverán el Ejército». Sí, Shirin, dijo exactamente eso: pactar con los líderes revolucionarios.

Abás nunca había tenido una visión objetiva de la política; ni siquiera ahora podía evaluar con perspectiva lo ocurrido. Su rencor y su pesar eran violentos, como si la Revolución aún se estuviese llevando a cabo.

—Mientras escuchaba los delirios de Huyser —continuó—, esperé a que alguien lo hiciera callar, pero nadie habló. Al final, me levanté yo: «General, eso sería traicionar a Su Majestad. ¿Cómo puede creer que vamos a aceptar sus condiciones?». Esperaba que alguien me apoyara; en cambio, el comandante del Estado Mayor me fulminó con la mirada, me hizo señas de que me sentara y dijo: «Claro que somos fieles al sah, ¿cómo osa ponerlo en duda, general? Pero, en interés del país y de la familia real, permaneceremos neutrales. Eso es lo que haremos».

»A lo cual yo repliqué: «Permanecer neutrales significa entregar el país a los mulás de Jomeini». El jefe de aeronáutica tomó la palabra y preguntó si el sah estaba de acuerdo con esas medidas. El comandante del Estado Mayor contestó que Su Majestad estaba muy enfermo, y que no se podía poner en peligro su salud con tales noticias. ¿Comprendes, Shirin? Lo abandonaron, y ni siquiera tuvieron valor para decírselo. Por primera vez, me avergoncé de mi uniforme.

»Me fui pensando en acabar con mi vida. No podía soportar el deshonor de traicionar a Su Majestad. Luego, al ver a Turan en la puerta, me faltó el valor. Ella aún me necesitaba, no podía dejarla. De modo que me lo eché todo a la espalda y me marché. Te confieso una cosa, Shirin: cuando tomé ese avión para venir a Los Ángeles, una parte de mí sabía que no iba a regresar, que estaba abandonando mi país, igual que un traidor. Quizá sea justo que trabaje de panadero, porque no fui un buen general —concluyó con aire fatigado.

—Abás, *kan*, tú solo no habrías podido salvar el país —le dije intentando consolarlo—. Tantos años de abusos y violencia habían exasperado al pueblo. La única esperanza era que el sah se hubiese quedado y hubiera allanado el camino para que su hijo lo sucediera.

Abás se puso en pie de un salto, irritado.

—Shirin, no me has escuchado. Acabo de decirte que el sah no tuvo elección. Todo fue culpa de Estados Unidos, que abandonó a su aliado más fiel e importante en el Oriente Próximo. ¿No me crees? —preguntó lanzándome una mirada desafiante.

Pensé para mis adentros que Abás no era capaz de aceptar ningún error por parte del sah, aun a costa de inculpar a Estados Unidos.

Al ver mi evidente enojo, se levantó y sacó dos libros del interior del aparador. Ambos estaban muy gastados, y tenían muchas páginas con las esquinas dobladas; mientras Abás los hojeaba, vi que habían sido muy subrayados.

—Ellos mismos, los estadounidenses, admiten que derrocaron al sah —dijo Abás con ímpetu, agitando los libros bajo mi nariz—. Todo está escrito aquí. En sus

memorias, el embajador William Sullivan reconoce que Estados Unidos aconsejó a Su Majestad que abandonase Irán, en su propio interés y en el de su país. Eso fue lo que le dijo el embajador. El sah confió en su aliado, y se limitó a preguntar: «Está bien, pero ¿adónde voy?». Huyser relata los mismos «hechos». Mira, lee.

Abrió frente a mí el libro del general Huyser, *Misión en Teherán*, y señaló con el dedo las frases subrayadas.

—¿Ves? Lo reconoce —afirmó volviendo a la carga—. Fue a Irán para convencer al Ejército de que se proclamara neutral con el fin de impedir el golpe. Y pensar que, sólo unos meses antes, Carter había visitado Irán y había reiterado su apoyo al sah. Trataron a Irán como si fuera la lámpara de Aladino: querían exprimir el país y despertaron al genio. Ahora no saben cómo deshacerse de ese monstruo, ya no pueden controlarlo y tienen miedo. *Ahora* tienen miedo. No fue culpa del sah; fue culpa de Carter, que fue un mal político. Tú, Shirin, aún estás imbuida de ideas comunistas.

En otras circunstancias, me habría enfrentado directamente a él, y le habría dicho que Estados Unidos siempre nos había controlado y manipulado, incluso durante el reinado de su querido sah. Le habría recordado a Mosadeg y nuestra antigua discusión. Pero me hacía feliz ver que había perdido ese aire de hombre acabado, y que sus mejillas habían recuperado el color, de modo que dejé el tema. Al menos, durante un rato, había vuelto el Abás combativo que conocía.

Me costó contener la risa cuando mencionó a los comunistas; para él, cualquiera que fuese antimonárquico tenía ideas marxistas. Casi todos los partidarios del sah, por lo menos los pocos que habían sobrevivido, pensaban lo mismo. Los llamábamos *Sah ol La*, el partido del sah, en contraposición a Hizbolá, el partido de Dios, término que, para nosotros, designa a los partidarios más acérrimos del ayatolá Jomeini. La mente de Abás había quedado anclada en los tiempos de la academia militar, sumergida en la propaganda de la corona. Parí tenía razón: sus hermanos vivían en una jaula, y ni siquiera la historia podía liberarlos. Es más: la historia nunca podría liberarlos.

Abás prosiguió con su invectiva contra Estados Unidos.

—Estados Unidos no hacía más que llenarse la boca con los derechos humanos, y luego mira cómo trató al sah. No quería acogerlo para que recibiera cuidados médicos. Carter decía que eso perjudicaría los intereses de su país, porque predispondría en su contra al nuevo Gobierno iraní. Sólo lo acogió al final, pero ya era demasiado tarde.

Dejé que se desahogara hasta que Arya llamó a la puerta. Agradecí la interrupción, pues empezaba a resultarme muy difícil escuchar aquella ciega defensa sin oponerme, y Abás no me dejaba cambiar de tema.

Sin duda, comimos el mejor *chelo kebab* de San Diego mientras charlábamos alegremente. Mientras Arya metía los platos en el lavavajillas y recogía la mesa, Abás se ofreció a enseñarme fotos. Abrió un cajón en busca de un álbum, y distinguí el brillo metálico de un revólver. Él notó mi mirada.

—Sólo es un viejo recuerdo, Shirin —se defendió—, ¿qué iba a ser si no?

—Es una locura, Abás, *kan*. Con todo lo que dicen de los iraníes en Estados Unidos, y tú ocultas un arma en casa.

—Es mi vieja pistola. En el Ejército me enseñaron que la dignidad de un oficial depende de su arma. Y, aunque ahora sea panadero, fui general de Su Majestad —repuso secamente.

Sacó su álbum de fotos y empezamos a hojearlo juntos: instantáneas de familia, comidas en la casa de Abás Abad, fotos de sus hermanos y de sus hijos cuando eran pequeños; ante nuestros ojos pasaban las imágenes de tantos amigos comunes de nuestra infancia, ya olvidados. Al pensar cuántos de aquellos rostros alegres y de aquellos jóvenes cuerpos habían terminado bajo tierra, sentí un nudo en la garganta.

Una foto en blanco y negro resbaló entre las páginas y cayó al suelo. Abás la recogió y la observó un instante: él y su hermano Yavad jugando al fútbol. Abás ya era un muchacho alto y corpulento, pendiente del balón; tras él, su hermano, de pocos años de edad, correteaba con los rizos alborotados por el movimiento y la sonrisa franca, libre de preocupaciones. Abás colocó el retrato en su sitio sin pronunciar una sola palabra.

—Yavad está de nuevo en la cárcel —murmuré como si siguiera el hilo de mis pensamientos.

—Sí, ya lo sé. Siempre le advertí que no fuera por ese camino, desde que iba a la escuela. Pero él no quiso escucharme. Y lo único que ha conseguido es hacer sufrir a nuestra madre, casarse con una mujer más fanática que él y terminar de nuevo en la cárcel. Sólo que esta vez nadie podrá salvarlo.

A pesar de la experiencia y los cambios políticos, Abás seguía hablando de Yavad con el mismo tono irritado de veinte años atrás, cuando lo había sorprendido leyendo los primeros panfletos marxistas.

—Parí y Simin están intentando convencerlo para que se retracte. Muchos lo han hecho ya.

—Yavad no se retractará. Siempre ha sido cabezota, y no va a cambiar. Renunció a la familia por sus ideas, y ahora no va a sacrificarlas.

En su voz había una mezcla de desprecio y orgullo. Me habría gustado que comprendiera hasta qué punto se parecían él y Yavad.

Abás nos acompañó a Arya y a mí hasta el coche. Se despidió de mí con afecto, e insistió para que lo visitara de nuevo.

—Shirin, *yun*, cuando vuelvas, acuérdate de meter en la maleta un puñado de tierra iraní. Quiero llevarla a la tumba de Turan.

Me dio un paquete para Simin y unas cartas para su hermana y viejos amigos suyos. En ese momento recordé la bolsa de comida que había dejado en el automóvil. Por suerte, no había prácticamente nada que pudiera estropearse con el calor. La saqué del maletero y se la tendí.

—Abás, aquí tienes, un regalo especial de tu madre. Son las cosas que te gustan, compradas en el bazar de Teherán.

Al ver aquellos paquetes de frutas y verduras que habían cruzado el océano y Estados Unidos para llegar hasta él, se le humedecieron los ojos por la emoción, y gruesas lágrimas resbalaron silenciosas por sus mejillas. Nunca lo había visto llorar.

—Gracias, Shirin. Me he alegrado mucho de volver a verte.

Cuando ya doblábamos la esquina, Abás me llamó y echó a correr hacia nosotros.

—Shirin, una última cosa. Cuando Parí vació mi casa, ¿sabes si cogió la pluma de Mosadeg? Estaba en el primer cajón del escritorio, donde la guardaba él —preguntó sin aliento.

—Que yo sepa, no, Abás. El escritorio tenía carcoma, y lo dejaron allí. Lo siento.

—No importa, sólo era un estúpido recuerdo. Sí, ya no es más que un estúpido recuerdo.

## 19

### La canción de Ruholá

—¡Comandante! —gritó alguien.

Alí estaba fumando, apoyado en un tanque. Se volvió perezosamente para ver quién lo reclamaba. Se trataba de un nuevo recluta, uno de esos muchachos de los barrios bajos que, pese a su entusiasmo, aún no habían aprendido cómo funcionaba la jerarquía militar.

El chico se detuvo ante él, con la cara enrojecida por el esfuerzo. En ese momento, comprendió.

El primer pensamiento de Alí fue para Mariam, su esposa. La vio llorando de emoción el día de la boda, y de felicidad cuando nació Ruholá. En las familias tradicionales, tener muchos hijos era señal de felicidad, y ella, como todas las mujeres rectas, deseaba ardientemente ser madre. Se quedó embarazada un año después de la boda, y Alá los bendijo con un varón, la mayor felicidad; Empezó a llorar tras el parto, y siguió haciéndolo unos minutos. Alí se sintió orgulloso de ella por haber intentado sofocar los gritos de dolor, y más aún cuando no fue capaz de contener las lágrimas de alegría.

Mariam no había llorado ni siquiera el día en que dejaron el piso, de Teherán. Fue en 1981, y Alí llevaba un par de meses en el sur del país, combatiendo los ataques iraquíes, cada vez más violentos. Querían estar juntos; el deber de una mujer es seguir al marido. De modo que la muchacha cogió a Ruholá, que había aprendido a andar hacía poco, y se trasladó a Ahvaz. Alí era comandante de su sección, y, cuando no estaba ocupado en alguna misión bélica, estaba con ellos, unas dos noches a la semana.

Mariam y Ruholá vivían en dos habitaciones alquiladas. Los únicos adornos de su minúscula casa eran una alfombra y unos cojines, sobre los que Alí, cuando regresaba, se tumbaba durante horas para aliviar los calambres que sentía en la espalda. Dedicaba todo su tiempo, y su cuerpo, a defender el país, atacado sin ningún preaviso diplomático por Sadam Husein. Tenía junto a él a su mujer y a su hijo, y, al menos en los primeros tiempos, mantenía contacto con su madre por carta.

En cuanto descendió del helicóptero que lo había llevado hasta el campamento, sintió que estaba cumpliendo con su deber. Miró en derredor cubriéndose los ojos para protegerlos de la arena; habría empezado a rezar por la suerte de todos los soldados, pero el comandante se acercó a él para darle instrucciones. Rezó al cabo de unos meses, cuando él mismo fue ascendido a comandante.

En su opinión, el amor por la Revolución y el ayatolá Jomeini colmaban una vida

que, de otro modo, habría estado vacía. No advertía que el fervor religioso lo había transformado en un hombre obtuso e insensible a cualquier pensamiento ajeno a la Revolución, el islam y las órdenes de sus superiores. Sólo la llegada de su esposa y su hijo volvió a despertar en él cierta ternura, un sentimiento del que casi se avergonzaba y que lo invadía en cuanto dejaba el casco en la entrada del pequeño apartamento. Esperaba a que Ruholá corriera a su encuentro con paso inseguro, y lo aupaba en brazos para oír sus gritos de alegría.

—Despacio, *baba*, despacio —decía Ruholá en un tono imperioso.

Entonces Alí empezaba a girar sobre sí mismo mientras el niño extendía los brazos como si volara. Esa imagen se mantenía viva cada vez que se encontraba en el frente, cuando la aviación iraquí bombardeaba ciudades y campamentos y él sólo podía hacerse un ovillo y mantener la esperanza. También existen aviones buenos, se decía entre una explosión y otra. Evocaba los gorjeos de su hijo para cubrir el ruido de los motores y las explosiones ensordecedoras de las bombas. Alí, sin darse cuenta, había ido sustituyendo sus invocaciones al cielo por esa letanía de palabras infantiles.

Cuando aún le escribía a Simin, lo hacía durante las horas de descanso, a la sombra de algún vehículo militar. Los progresos del pequeño Ruholá, el trabajo de voluntaria de su mujer..., pero ninguna noticia sobre la guerra, para no provocarle más preocupaciones y angustias. Cuando detuvieron a Yavad, espació sus cartas a casa por temor a que la traición de su hermano pudiera «contaminarlo». Escribía sólo de vez en cuando, porque sabía que a su madre le daría un infarto si no recibía noticias suyas; lo hacía con método y responsabilidad, como si fuera una de sus obligaciones militares. Junto a él, los otros soldados bebían y dormían. El cielo siempre estaba claro y azul, casi alegre, exactamente igual que el día de su llegada. Como si no arriesgaran su vida a cada momento, como si, bajo aquel cielo, no estuvieran luchando con armas y sangre de verdad, para avanzar o, simplemente, para no morir.

A lo largo de la hilera de tanques aparcados solía formarse una fila de soldados que dormían; se tumbaban perpendiculares a las orugas, unos tras otros, con los pies descalzos y la cabeza cubierta para protegerse de la luz y poder conciliar el sueño. Los momentos de descanso eran los mejores, mejores incluso que las horas de las comidas.

Mariam había empezado a trabajar como voluntaria en un centro de asistencia y abastecimiento para soldados, y, al cabo de unas semanas, ya la hicieron responsable de su sección. Era incansable, y ponía en su trabajo todo el empeño que le había transmitido su familia y que veía en su marido. Cocinaba durante horas y remendaba uniformes; había mucho que hacer, y había cogido a otras chicas para limpiar las verduras, cocer el arroz y pedirles ropa a los habitantes de las ciudades vecinas. Alí estaba muy orgulloso de ella. Cuando volvía a casa, la abrazaba, y daba gracias a Alá por haberle concedido una esposa tan devota y llena de energía.

Los ataques del Ejército iraquí, superior en aviación, medios acorazados y artillería pesada y ligera, crearon serias dificultades a las defensas de Irán, que, en los primeros meses, perdió Jorramchar. Entonces, las ciudades de Abadán y Ahvaz se convirtieron en los nuevos objetivos. Los bombardeos dejaron muy poco en pie. Había casas derrumbadas por doquier, montañas de ladrillos y escombros, cables eléctricos enredados, instalaciones abandonadas, paredes abiertas como frutas partidas. Todo cubierto por centímetros de arena del desierto.

Mariam y Ruholá salieron indemnes de los duros ataques de los dos primeros años, y ahora, con el traslado del frente y la retirada iraquí, se sentían casi seguros. Cuando Alí salía de casa y volvía al frente, miraba con seriedad a su hijo, tan pequeño, y le decía:

—Cuida de tu madre mientras yo estoy fuera.



Y Ruholá asentía, como si comprendiese su responsabilidad.

Pero Ahvaz era la principal base militar de Juzestán, e Irak reemprendió los bombardeos en 1985.

—Comandante —dijo la voz de aquel soldado.

Alí imaginó a su esposa entre los escombros, cubierta de sangre.

—¿Qué ocurre? —preguntó intentando no mostrar flaqueza.

—Comandante, lamento darle esta noticia, señor, pero la aviación iraquí ha destruido el centro de asistencia de Ahvaz.

Un escalofrío atravesó la espina dorsal de Alí al pensar en el cuerpo inerme de Ruholá.

—Gracias por informarme —repuso.

El muchacho se alejó sin saber si el comandante había comprendido. Luego, al volverse un poco para mirar a hurtadillas, vio que Alí se agachaba al pie del tanque, y se dio cuenta de que su mensaje le había quedado muy claro.

Fue imposible hallar sus cuerpos. Dos casas se derrumbaron una encima de otra y cayeron sobre un edificio cercano, sobre la carretera y los coches aparcados en los alrededores. Las dos habitaciones con alfombras y cojines ya no existían. Quedaba la enésima pila de escombros, idéntica a tantas otras. Las casas, una vez bombardeadas y destrozadas, eran todas iguales. Lo mismo que los muertos.

Alí llamó a su sección para que excavara; tras un día y una noche de búsqueda, los soldados se rindieron. Habían excavado por él, para entregarle los restos de su familia, pero el respeto se transformó en lástima cuando, pasados dos días, él les gritó que siguieran, que no se rindiesen, que su mujer y su hijo debían estar allí, y que aún podían estar vivos. Era de noche cuando Alí también se detuvo. Lo convenció la mirada de un soldado. Lo observaba como se mira a un enfermo terminal, o a un viejo que ha perdido la razón. Entonces se levantó y se desentumeció las rodillas, doloridas como si estuvieran rotas después de haber pasado tantas horas agachado. Se puso el casco y dijo:

—Volvamos al campamento.

No encontró un solo trozo de ropa, un juguete o una astilla de mueble reconocible para metérselo en el bolsillo y llevarlo consigo a la guerra.

Durante más de un mes, Alí no le dijo nada a su madre. Se sentía muerto e invencible a un tiempo. Se lanzaba a las tareas más peligrosas, era el primero en abrir fuego, se ofrecía voluntario para cualquier misión.

Se echaba en brazos de la muerte conscientemente, pero la muerte no lo quería. Por todas sus acciones recibía medallas o reconocimientos. Al final de cada misión, se examinaba todo el cuerpo, y, muy a su pesar, descubría que estaba bien, sólo unos rasguños insuficientes para cubrir su dolor. Y el día siguiente empezaría igual que el anterior y el sucesivo. Entonces se prometía esforzarse más, y sacaba una fuerza que jamás había tenido; no se cansaba, ya no dormía a la sombra del tanque, ni contemplaba el azul del cielo. En sus ojos sólo había armas, cascos, trajes de camuflaje, proyectiles, misiles. No hablaba con nadie, y había dejado de rezar. Temía que otra letanía pudiese borrar de su memoria el sonido alegre de los gorjeos de Ruholá.

## 20

**La última traición**

En Irán, los funerales tradicionales se offician en las mezquitas. Un mulá recita los versículos del Corán y habla del difunto; a continuación, ruega para que su alma cruce en paz el *pol e sarat*, el frágil puente que conecta el mundo terreno con el más allá. Los parientes rezan con él, y los más allegados van a casa de la familia para recordar y comer el *halva*.

Después de la Revolución islámica, algunos tradujeron su aversión política al régimen en un rechazo total por la religión, de modo que, en sus testamentos, disponían que no se oficiara ninguna ceremonia religiosa. En tales casos, parientes y amigos se retiraban enseguida a casa para llorar juntos.

Parí organizó el encuentro para conmemorar el Séptimo Día. Como su piso era demasiado pequeño, alquiló una sala grande y desnuda que hizo decorar con flores blancas atadas con cintas negras. Todas las sillas eran idénticas. La sala tenía un aspecto muy triste.

Mi madre y yo entramos en la parte reservada a las mujeres. Pesados cortinajes cubrían las altas ventanas, que llegaban hasta el techo, lo cual creaba un ambiente denso y lechoso. Había grandes ramos de flores atados con cintas negras por todas partes. En la gran mesa del centro destacaba la foto de Abás, con una banda de luto. Era un retrato de tres cuartos, hecho cuando lo ascendieron a general; vestía de uniforme, y su mirada estaba fija en el objetivo. No sonreía.

El sector femenino estaba casi lleno: tías, primas y viejas conocidas de la familia habían tomado asiento a la espera de la ceremonia. Los hombres, menos numerosos, aún estaban de pie, y miraban en derredor en busca de alguna cara conocida. La guerra, primero, y la depuración llevada a cabo por el régimen, después, habían diezclado las filas del Ejército. Quedaban, pues, pocos amigos y compañeros de armas.

Tampoco había asistido la familia: Yavad estaba en la cárcel; Alí, en el frente; Borna y Arya, en Estados Unidos, y Simin estaba ingresada en la unidad de cuidados intensivos tras el infarto que había sufrido al enterarse de la muerte de Abás. Como siempre, Parí era la única representante de una familia disgregada.

Había intentado que Alí se tomara un breve permiso.

—En este momento, no puedo dejar el frente —le dijo apresuradamente por teléfono—. Estamos logrando que el Ejército de Sadam Husein retroceda.

Era una nueva fase de la guerra; tras el avance iraquí, el ayatolá Jomeini estaba reconquistando sus territorios, y había rechazado con desdén la resolución de la ONU

con la esperanza de exportar la Revolución.

—Alí, por favor —intentó convencerlo Parí.

Pero su hermano la atajó, y le aseguró que no podía perder más tiempo. No había más que añadir.

—Haré una lectura entera del Corán para salvar su alma —concedió antes de colgar.

El clic de la línea interrumpida resonó en los oídos de Parí como un disparo.

La ceremonia fue sencilla. Los amigos pronunciaron un discurso en memoria de Abás, y volvieron a sentarse en silencio. En último lugar, se levantó Parí, hermosa y compuesta con su sobrio vestido negro. Recordó al hermano afable de su niñez y al hermano generoso de su juventud, y después cedió la palabra a un poeta que, en honor al patriotismo de Abás y a su amor por la monarquía, recitó un fragmento del *Sahnameh*. Algunos miraron a su alrededor con nerviosismo.

Al término, todos nos pusimos en fila para dar las condolencias de rigor. Mi madre abrazó fuerte a Parí.

—Nunca pensé que vería morir a uno de vosotros —le susurró, y luego preguntó por Simin.

—Está mejor. El médico dice que se recuperará; seguramente, mañana dejará la unidad de cuidados intensivos. Pero ha sido un golpe terrible para ella. Creí que no lo soportaría.

Su voz sonaba tenue, se deslizaba sobre las palabras sin titubeos, como si le resultaran ajenas. Todo su aspecto era sumamente distante: su melena corta perfecta, el vestido bien planchado, el maquillaje leve, la compostura.

Yo también abracé a Parí, aunque ella me correspondió con un leve apretón de circunstancias.

—Cuando tengas ganas de hablar, ya sabes dónde estoy.

—Ahora no, Shirin, *yun*, ahora no. Esta noche iré a tu casa.

Acudió puntual. Comimos una *pizza* todos juntos, y luego acosté a las niñas. Cuando nos quedamos solas, Parí empezó a contármelo todo.

El día de Acción de Gracias, Abás fue a Los Ángeles, a casa de Arya. Llegó en autobús, a las siete de la tarde, justo a tiempo para lavarse las manos y sentarse a la mesa. Estaban los dos solos, Abás y Arya. Borna tenía que presentar un espectáculo, y no tenían más familiares en Estados Unidos. No rezaron, y tampoco comieron pavo; para ellos, sólo era una ocasión para reunirse, nunca habían celebrado el día de Acción de Gracias. Por primera vez en muchos meses, Abás no debía levantarse de madrugada para hornear el pan, y eso importaba más que cualquier festividad.

El cuarto y último día, un domingo, Arya salió para ir a una reunión de negocios.

—Dormiré un rato. Mañana, yo también tengo que volver al trabajo —dijo Abás tras desayunar una rosquilla mojada en el té.

Pero no pudo conciliar el sueño, y pronto se cansó de la televisión. Su única distracción fue el cartero, quien le pidió que firmara un recibo y le entregó un sobre del banco dirigido a su hijo. Abás fue a dejarlo en el salón, en un estante donde Arya guardaba recibos y otros papeles de la casa. Antes de volverse, vio un álbum, uno de esos viejos álbumes de fotos, igual que el de su boda, con las tapas duras y verdes y unos grabados de flores. Se sentó en el sofá con el álbum sobre las rodillas: Arya en brazos de su madre, Arya bostezando, Arya con el chupete en la mano y el dedo en la boca. Luego fotos algo posteriores: Arya leyendo un libro y mirando como jugaba Borna. En pocas páginas estaba toda su infancia; debía de haberlas cogido tras la muerte

de Turan. Los niños crecían rápidamente, y pronto aparecieron las fotos de la universidad. Ambos, Arya y Borna, fotografiados en su primer día, a la entrada del edificio, tal como había pedido su madre para tener un recuerdo.

Al hojear despacio las páginas, Abás percibió un repentino calor en las sienes y las manos. Sentía gran nostalgia de la vida familiar; él, que había hecho de padre a sus hermanos, de quienes sólo había podido separarlo una lealtad que consideraba superior; él, que se había casado por amor pero respetando la tradición; él, que adoraba a sus hijos, única razón de su vida, sobre todo el menor; él, que vivía solo y se levantaba de madrugada todos los días. Él, que esperaba conocer a sus nietos. Un nieto varón era su mayor deseo, un hijo de Arya para dar continuidad a la rama fuerte de la familia. Suspiró y cerró el álbum, pero mantuvo un dedo en el interior como punto, para seguir mirándolo cuando se le pasara el sofoco. Tal vez, entre las páginas siguientes, se ocultara una muchacha. La futura esposa que Arya no le había presentado aún... Un poco excitado todavía, Abás giró la página y entonces dos fotos que no estaban pegadas cayeron sobre sus piernas.

Arya abrazaba a un hombre, y en la otra lo besaba. De pronto, el calor que había sentido poco antes se transformó en hielo. Miró delante de él y vio el mismo sillón de la foto del beso. Permaneció inmóvil unos segundos, incapaz de abrir de nuevo el álbum que había arrojado al suelo, como si una serpiente hubiera salido del mismo. Los dedos de las manos se le quedaron rígidos y violáceos. El sudor se congeló en un instante, y dejó en su frente las marcas de las pequeñas gotas; por la ventana entraba corriente de aire, y sintió un escalofrío. Tenía los ojos muy abiertos, y no lograba formular el pensamiento que le salía de la boca del estómago y le daba náuseas. Su hijo...

—¿Por qué no te casas? —le preguntó de golpe y porrazo Abás en cuanto Arya entró por la puerta.

Abás estaba de pie, sudando de nuevo, y farfullaba como si se hubiese atiborrado de somníferos.

—Siempre las mismas preguntas —respondió Arya quitándose la chaqueta—. No me apetece tener una familia en sentido tradicional, como tú la entiendes.

Luego se descalzó y dio unos pasos en dirección a la cocina. Se estaba muriendo de sed. Abás se acercó a él y, con la voz aún más pastosa que antes, dijo:

—¿Tradicional como se hace en Irán, con un hombre y una mujer?

Arya lo miró cabizbajo, inmóvil y alerta, pero no tuvo tiempo de decir nada. Su padre se abalanzó sobre él y le arrojó algo a la cara.

—¿Prefieres otro tipo de familia? —gritó—. ¿Por qué, por qué?

Las dos fotos cayeron al suelo tras darle en el rostro. Arya las miró y alzó los ojos hacia su padre. No sentía vergüenza alguna. Sólo una tristeza infinita.

Al cabo de unos días, Abás miraba la televisión sentado en el sillón, e intentaba aplacar los dolores que sufría en los huesos desde hacía meses. Despertarse tan temprano cada mañana, durante todas las estaciones del año, lo consumía poco a poco. No era viejo, pero se sentía como si lo fuera. Y ahora estaba delante del televisor como un viejo; se adormilaba de vez en cuando, y a ratos despertaba y procuraba entender las imágenes que desfilaban ante él. Normalmente sólo veía noticiarios y, muy de tarde en tarde, alguna vieja película.

Por la oscuridad que reinaba en el exterior, comprendió que se había hecho ya de noche. No tenía nada a mano que le permitiera saber qué hora era; no es que le importara lo más mínimo, pero empezaba a tener apetito.

Se levantó con esfuerzo. Como siempre. Fue a la cocina, calentó unas sobras y

cenó. Echó una ojeada al reloj de pared. Eran poco más de las seis. Al cabo de no muchas horas, tendría que ir de nuevo a trabajar.

Dejó el plato en el fregadero, volvió al salón y empezó a buscar las viejas fotos que había traído consigo desde Teherán. Vio a sus dos hijos pequeños, a Turan y a sus hermanos, casi niños también. Todos lo habían traicionado, y quienes no lo habían traicionado hallaron la muerte a manos de algún traidor.

Dejó el álbum encima de la mesa y rebuscó en los cajones del escritorio.

Pensó en Arya, Yavad, Alí, Parí, su sah, Borna, su madre, su padre, Turan. Pensó en todos.

Después, pensó en la imagen de Arya abrazado a aquel hombre...

Se puso la pistola en la sien... y disparó.

Parí fue la primera en enterarse del suicidio de su hermano; también había sido la primera en enterarse de que Arya era homosexual. Su sobrino se lo había confesado durante unas vacaciones en Londres. Parí le aconsejó que hablara con un psicólogo.

—¿Qué tal? —le preguntó al cabo de unos meses, por teléfono.

—Mejor.

Arya había decidido no ocultarse, no avergonzarse de sus deseos, y, además, ahora tenía un compañero. Era su colega y socio, un joven muy guapo del que Parí tenía una foto. Mi amiga no tenía intención de decírselo a Abás, pues pensaba que moriría de un infarto si se enteraba de que su hijo predilecto no sólo no iba a darle jamás un nieto, sino que, además, era homosexual, una palabra casi prohibida en Irán.

—Cuídate mucho.

Parí siempre concluía las llamadas con esa frase, y lo mismo hizo en aquella ocasión, dispuesta a guardarle el secreto a su sobrino y contenta de haberlo ayudado.

Mi amiga hablaba en voz baja, dejando que gruesas lágrimas le estropearan el maquillaje. La tensión de los últimos días estaba desapareciendo, y ahora sólo le quedaba su dolor.

—Qué raro. Ahora que Abás ha muerto, me siento una chiquilla desorientada. Una parte de mí sigue pensando en él como en el hermano generoso que veló por todos nosotros. Sin embargo, hacía años que no se podía contar con él. Se asía con tanta fuerza a los barrotes de su jaula que nos dejó a todos fuera; y, al final, la jaula le cayó encima.

—¿Qué quieres decir?

—Que Abás estaba tan convencido de sus ideas obtusas que no aceptaba la realidad. Tampoco la de Arya. Es un buen chico, ¿qué tiene de malo que sea homosexual?

—Abás no estaba preparado; vivía en un viejo mundo que se extinguió hace mucho tiempo.

—Es absurdo. Envió a sus hijos a estudiar a Estados Unidos, ¿cómo podía esperar que no cambiaran? Arya nació así, y en Occidente halló el valor para respetarse a sí mismo.

El ímpetu afloraba poco a poco, iba despertando su conciencia dormida por el choque. Volvía a aparecer la Parí que yo conocía.

—Arya no puede dejar de ser como es, pero Abás tampoco podía —le dije con ternura—. Durante años, vivió según la estricta disciplina militar: diana a las seis..., luces apagadas a las nueve... Sus ideas eran tan rígidas como sus jornadas. ¿Crees que podía cambiar a los sesenta años?

Parí negó levemente con la cabeza; luego, exhausta, se deslizó hasta el borde de la

mesa. Me senté a su lado y le rodeé los hombros con un brazo. La oía sollozar con golpes secos en la garganta, casi en silencio.

—Llora. Llora por Abás —le susurré.

Sabía que le haría bien desahogarse, pero ella sacudió la cabeza bruscamente, sin levantar la mirada.

—Abás enterró a su mujer y al sah, perdió su casa y su país y descubrió que su hijo predilecto no era el hombre que él creía. Tuvo mala suerte, es cierto, y no fue capaz de soportarlo todo. Pero ahora no lloro por él. Llora por Arya, que adoraba a su padre y siempre llevará en la conciencia el peso de su muerte.

## 21

### Algo de abrigo

Parí rebasó por segunda vez la cuesta de los Arrepentidos a principios de 1988. Llevaba consigo muchos periódicos, y se había preparado durante horas para el encuentro con su hermano; perseguía un objetivo concreto, y sabía que aquella conversación sería decisiva para la vida de ambos.

Yavad seguía en la celda de aislamiento. Tras mucho insistir, Parí obtuvo el permiso para un cara a cara. El nombre de Alí le abrió muchas puertas, y mi amiga no dudó en utilizarlo, aunque él no lo sabía. Fue a suplicarle al presidente del tribunal, envuelta en el amorfo chador de Simin. Al igual que hizo su madre cuando visitaron Evin, Parí pensó que podía ser útil mostrarse humilde.

—*Hach aga* —imploró con respeto—, permítame ver de nuevo a mi hermano. Hace mucho tiempo que vive aislado, y no sabe cómo han cambiado las cosas. Deje que le hable de la cantidad de comunistas que han entrado en razón y se han arrepentido, y de la clemencia de ustedes. Tal vez él también se convenza de que sus ideas eran falsas y peligrosas.

Las palabras casi se le atragantaban, y se preguntó si habría sonado convincente. Por un instante, imaginó qué habría pensado de ella Yavad si la hubiera oído, pero alejó ese pensamiento. La vida era más importante que las ideas.

—Espero que lo consiga. Su delito es de los más graves —repuso con sequedad el presidente.

Era uno de los muchos mulás que ocupaban puestos de poder gracias a viejas amistades.

—¿Grave? ¿En qué sentido? —inquirió Parí perdiendo la compostura que se había impuesto por un instante.

—No está aquí para hacer preguntas. Límitese a hacer lo que le he dicho. *Joda hafez*.

Tras la brusca despedida, el presidente le hizo señas de que se fuera sin añadir ninguna explicación. Mientras Parí dejaba la estancia, él ya estaba hojeando las mugrientas páginas de otro informe.

Simin seguía débil tras el infarto, y en esa ocasión no pudo acompañar a Parí. Mi amiga no se sentía con fuerzas para ir sola, de modo que fui con ella. En esa época, ya me

había jubilado. No soportaba trabajar en el Ministerio de Justicia tras mi degradación, y pedí la jubilación anticipada. El régimen me concedió ser ama de casa, pero me quedaba mucho tiempo libre. Como no tenía el mismo permiso que Parí, me quedé fuera, observando la cuesta de los Arrepentidos desde el otro lado de la calle.

Un guardia hizo pasar a mi amiga a una sala cuadrada. Una capa de mugre acumulada durante meses empañaba las ventanas, por las que se filtraban escasos rayos de luz; en el alféizar había una maceta con flores artificiales de un gris anaranjado. Yavad entró escoltado por un soldado. Había adelgazado mucho, vestía un harapiento uniforme carcelario y arrastraba los pies en unas babuchas deformadas. Era doloroso verlo así, pero al menos no había un tabique de por medio, ni una cortina gris.

Se sentaron a ambos lados de una pequeña mesa. El guardia se quedó de pie junto a ellos.

—Me dieron permiso para una entrevista privada —dijo Parí en tono perentorio, harta ya de suplicar—. ¿Puede dejarnos solos?

—No estás en tu casa. Aquí, las órdenes las damos nosotros.

Se alejó unos pasos y se apoyó en la pared. No dejó de mirarla ni un instante.

—Déjalo, Parí —intervino Yavad—. De todas formas, van a grabar todo lo que digamos.

Parí recorrió con la mirada a su hermano, como la otra vez. Había envejecido mucho, y la piel de ambos lados del cuello se le había arrugado. El cabello era de un gris sucio que tiraba decididamente a blanco. Sólo la barba era tan negra como antes, por lo que ahora casi parecía postiza. El pelo, abundante, cubría sus labios carnosos y ocultaba aquella sonrisa socarrona. Yavad había perdido su eterno encanto infantil. Sus ojos, apagados por el cansancio y el sufrimiento, ya no brillaban.

Recordando la última visita, Parí se apresuró a mirar a su hermano a los ojos y fue directa al grano.

—Hablé con el presidente del tribunal. Me dijo que tienes que pedir un indulto, porque tu delito es muy grave.

Yavad alzó apenas medio labio, en un débil intento de mueca irónica.

—Yo sólo escribí unos artículos para el periódico. Eso no debería ser un delito en ningún país del mundo.

Recalcó las palabras en tono desafiante, pues sabía muy bien que resonarían en la grabación.

Parí sacó unas páginas de su bolso y las puso sobre la mesa.

—Esto es lo que escriben tus jefes. Se arrepienten y apoyan a Jomeini; y a quienes no lo hacen, los matan. Por favor, Yavad, abre los ojos.

La voz sonó entrecortada en la penúltima frase. Pronunciar la palabra «matan» la convertía en algo terriblemente real, y eso ahogó su respiración durante unos segundos.

Sin embargo, Yavad no parecía turbado; se pasó la mano por las mejillas hundidas.

—Yo no tengo nada de lo que arrepentirme —repuso, sereno—. Además, ¿tú te crees lo que publican los periódicos en estos tiempos? ¿Piensas que hay libertad, que hay algo de verdad en estas páginas? Eres tú quien debe abrir los ojos; no son más que mentiras.

Parí miró al suelo, a los pies de Yavad, casi invisibles dentro de las babuchas negras. El dobladillo del pantalón gastado, deshilachado. Antaño había estado entero. Como su familia. Este pensamiento le dio fuerzas para alzar la mirada.

—¿Y si fuera cierto? —preguntó con vehemencia—. ¿Y si todos los demás, todos, excepto tú, hubieran elegido vivir en vez de pudrirse aquí dentro? ¿Sería eso tan absurdo, Yavad?

Por primera vez, vio pasar la sombra fugaz de una duda por los ojos de su hermano,



y siguió hablando.

—Y si basta con pedir perdón, aunque sea por algo que no has hecho, para salir de aquí? ¿No estás cansado...?

Dejó inacabada la última frase, por prudencia y para que Yavad reflexionara acerca de su sufrimiento, de lo que se estaba perdiendo y del porqué lo hacía. En realidad, esas últimas palabras también iban dirigidas a sí misma. ¿Era posible que Yavad no sintiera compasión siquiera por ella, exhausta y desesperada como estaba? En pocos años, había perdido a un hermano, su madre estaba en el hospital, su hermano menor arriesgaba su vida a diario, loco de dolor, y ahí estaba ella, desgañitándose para convencer a Yavad de que intentara salvarse.

Notó que, a pesar del prolongado aislamiento, él no se sentía exhausto ni desesperado, y que no estaba impaciente por retomar su vida. Tenía la misma mirada ausente que cuando salió de Evin la primera vez. Sólo que entonces, en el fondo oscuro de sus ojos, podía distinguirse el rencor. Comprendió que dicho sentimiento lo había mantenido en contacto con el mundo y, poco a poco, le había permitido volver a la vida. Ahora, en cambio, en su mirada sólo había indiferencia. Al igual que Abás, Yavad se encontraba sin causa y sin familia.

—No lo haré, París.

Ella se aferró a su última carta, aunque se había prometido no jugarla. Le habló del suicidio de Abás, del funeral y del infarto de Simin. Yavad la escuchó en silencio, cerrando los ojos de vez en cuando.

—Lo lamento, lamento todo lo ocurrido. Pero no lo haré. Ya basta, París; no me tortures tú también.

En ese momento, el guardia se acercó a Yavad para indicarle que se levantara. El tiempo había terminado.

—La próxima vez que vengas, tráeme un jersey, algo de abrigo —le pidió su hermano.

Antes de desaparecer al otro lado de la puerta, le sonrió por encima del hombro desde una distancia que parecía infinita.

—¿Qué ha querido decir? —le dijo a mi amiga el pasdar que había entrado con Yavad.

—¿Cómo? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—¿A qué se refería con «algo de abrigo»? —repitió, contrariado.

Si no hubiera estado entre las paredes de una cárcel, junto a un guardia revolucionario, París se habría echado a reír. Sin embargo, se dominó y repuso con calma:

—Tiene frío y quiere algo que lo caliente. Ropa de abrigo.

Tuvo que dar la misma explicación a otros pasdarán de varias graduaciones; éstos, tras deliberar entre ellos, volvían a formular la pregunta, pese a que la respuesta de París no cambiaba. Creían que aquella petición ocultaba un mensaje en clave, y la retuvieron dos horas en el edificio. Al final, dejaron que se marchara.

Cuando me vio al pie de la cuesta de los Arrepentidos, corrió a mi encuentro. Aún temblaba. La imagen de aquella última sonrisa no la abandonaba. Era como la luz distante de una estrella ya muerta.

París no llegó a llevarle ropa de abrigo a su hermano: al cabo de unos meses, hicieron salir a Yavad de su celda de aislamiento y lo llevaron al patio junto a otros cinco presos. Seis caras parecidas, enjutas y grisáceas por la falta de luz. Doce brazos exangües a los lados, con las muñecas unidas por las esposas. Doce piernas delgadas y torcidas, que a

duras penas podían sostener el peso leve del cuerpo. Dos guardias les ordenaron que se colocaran en fila junto a una pared. Seis espaldas débiles y encorvadas, con el uniforme pegado como una segunda piel mugrienta a sus hombros y costados. Otros dos pasarán miraron un instante a aquellos seres patéticos, cuyos rasgos humanos casi habían desaparecido. Luego cargaron los fusiles e hicieron fuego. Yavad había cumplido treinta y ocho años la semana anterior.

Veinte días después, Parí abrió la puerta y vio frente a ella a un guardia revolucionario. Por suerte, no había abierto Simin. El hombre le entregó una mochila militar verde y recitó la fórmula habitual:

—Las ceremonias, aunque sean privadas, están prohibidas. Si respetan las disposiciones, dentro de un año les comunicaremos dónde está enterrado el cuerpo. *Joda hafez* —se despidió, y dio media vuelta.

Parí hizo sentar a su madre en el sofá del salón, y le dijo sin llorar que Yavad había sido ejecutado hacía unos días. Simin, consciente de los rumores que circulaban sobre las ejecuciones masivas, se había preparado para el golpe. Las dos mujeres, muy juntas, abrieron despacio la cremallera de la mochila. Respiraron hondo e hicieron acopio de valor mediante el contacto entre sus hombros, sus caderas, sus muslos. Sacaron una camisa, un par de zapatos, un pantalón verde. Simin no reconocía las prendas de su hijo, y pensó que se las habrían dado en la cárcel. En un bolsillo encontraron la foto de una mujer. No era Fariba. Parí miró la etiqueta pegada a la mochila: habían escrito el nombre de Yavad a bolígrafo, con una letra apresurada y tosca. Entonces comprendió: al ejecutar a tantas personas, ya no sabían qué pertenecía a quién, y les habían entregado la mochila de otro condenado.

La semana anterior habían caído tres mil presos políticos. No era la primera vez que llevaban a cabo ejecuciones masivas, ni sería la última. El recrudecimiento de las persecuciones había asustado incluso a representantes del clero y funcionarios del régimen. Algunos hallaron el valor suficiente para desvincularse y hacer oír su voz. Por toda respuesta, el tribunal que había dictado las sentencias afirmó que el ayatolá Jomeini en persona había examinado y aprobado todas las condenas.

Simin se rindió al dolor y empezó a llorar. Antes de que su hija la abrazara, imaginó a una madre, a una hermana de cualquier lugar de Irán, abriendo la mochila con las cosas de Yavad. En el fondo, poco importaba que sus lágrimas cayeran sobre unas ropas que no eran de su hijo, pensó desesperada. Otra mujer, en algún lugar, estaría llorando sobre la ropa de Yavad.

## 22

**¿Una nueva vida?**

—Por Shirin, nuestro gallo de pelea —dijo Parí alzando el vaso de sirope de guindas.

—Por Shirin —respondieron a coro los demás.

Intentaron impedírmelo por todos los medios, pusieron toda clase de obstáculos y dificultades, enterraron mi solicitud en el fondo de los cajones de todas las mesas por las que había pasado, pero, al final, ésta llegó a su destino. Tras diez años de paciencia e inactividad, podía volver a mi primera pasión: la justicia. No como juez, pero sí como abogada. Acababa de obtener el permiso para ejercer.

Miré a mi alrededor, feliz y orgullosa. Parí me había organizado una magnífica fiesta sorpresa. Cuando abrí la puerta de mi nuevo despacho, cargada de bolsas, encontré a mis hermanas, mis padres, amigas de infancia y antiguos colegas, todos colocados en fila, como un batallón de honor, para celebrar mi vuelta a la actividad profesional. Les sonreí, en una mano el vaso y en la otra el maletín de piel negra que me habían regalado. Fueron mis hijas quienes me tendieron el paquete con el lazo; se acercaron a mí con paso lento y solemne, como si fuera el momento más importante de sus vidas.

Mientras lo desenvolvía, me di cuenta de que había vuelto al trabajo por ellas. Mi padre me inculcó el sentido de la justicia y la igualdad, y yo transmití los mismos valores a mis hijas. Pero ¿cómo podía defender la paridad en casa si no la buscaba también fuera? Y así fue como me puse manos a la obra, a combatir cual gallo de pelea, como me llamaba Yavad mucho tiempo atrás, para hacerme un pequeño hueco en el mundo del derecho. Mi idea de feminismo había crecido con mis hijas, pues ya no luchaba en abstracto; ahora tenía un objetivo concreto: quería ser un ejemplo y sobre todo, quería luchar para que su Irán fuese mejor que el mío.

—Lo ideal habría sido brindar con champán —me susurró al oído Parí.

—¿Quieres dar un pretexto a las autoridades para cerrarme el despacho antes de que lo abra?

—Sabía que lo dirías, y por eso no lo he traído, pero, al menos, deja que proteste —refunfuñó con una mueca muy graciosa.

Miró al trasluz el sirope dentro del vaso, como si se dispusiera a realizar una cata.

—Tú siempre tan payasa —me burlé.

—Y tú siempre tan sosa —replicó con una sonrisa.

Lo mejor de Parí era que nunca perdía esa ironía que la había acompañado desde niña. Por mucho que la vida la hubiera golpeado, seguía saboreando cada día, igual que

entonces. Y su indómita alegría era contagiosa.

Tras la muerte de Yavad, Simin no se había repuesto.

—Una madre no puede sobrevivir a sus hijos —repetía.

Y su espalda se encorbaba cada vez más. Aquella mujer afable, que recibía a todos los invitados como si fueran sus mejores amigos, se había convertido en una viejecita anquilosada y cetrina. Sufría una especie de agorafobia, y no salía de casa. En su mente, todo, la luz, el sol, el tráfico, el aire, la gente, era fuente de un malestar infinito. Prefería encerrarse en su mundo, entre algodones, y pasaba horas inmóvil ante el televisor, gastando la funda del sofá. Cuando París regresaba, no era capaz de contarle qué había visto. Se olvidaba de preparar el almuerzo y la cena, y, a veces, confundía la sal con el azúcar, la canela con el azafrán.

—Mi madre se ha convertido en una pésima cocinera., Esto sí que es el fin del mundo —se lamentaba París, y ocultaba su preocupación tras una sonrisa.

Intentó llevarla a un especialista y, ante su enésima negativa, se resignó a llevar al especialista a su casa. Con la excusa de que debían hablar de trabajo, invitó a cenar a un amigo psicólogo; esperaba que éste pudiera sugerirle algún modo de desbloquear la situación. Su madre permaneció callada durante toda la velada y, cuando madre e hija se quedaron solas, le habló sin rodeos.

—París, ya te dije que no quería ir al médico, y no iré. No intentes engañarme nunca más.

Al ver que había descubierto su estratagema, mi amiga intentó justificarse pero Simin la interrumpió:

—He criado a cuatro hijos y me he pasado la vida intentando que dejaran de pelearse, pero todo ha sido inútil. Estoy cansada de luchar, y tú también harías bien en desistir. Déjame en paz.

Hacía ya tiempo que París no veía en sus ojos el espíritu combativo de antaño, y comprendió que su madre no se sentía confusa, sino que simplemente había decidido dejarse morir día a día.

Intentó hablar de ello con Alí, pero no sirvió de nada. Su hermano ni siquiera era capaz de cuidar de sí mismo. Al terminar la guerra, en julio de 1988, lo cubrieron de medallas y elogios, y lo pusieron a trabajar en un despacho desde el que veía la ciudad a sus pies. Cada día, al entrar allí, se detenía ante la gran cristalera que daba a la calle. En el muro levantado a lo largo de la avenida había un retrato gigantesco del ayatolá Jomeini, quien había muerto antes de ver materializado su sueño de los Estados Unidos Islámicos. El único intento de exportar la Revolución costó otros seis años de guerra a Irán, y, a Alí; el bombardeo que mató a su familia. En 1982, si el ayatolá se hubiera conformado con echar a los iraquíes y hubiese aceptado el plan de paz de la ONU, Mariam y Ruholá habrían seguido con vida, junto a Alí, lo mismo que cientos de miles de iraníes exterminados por las armas químicas, los bombardeos y ocho años ininterrumpidos de guerra.

Junto al retrato de Jomeini, una truculenta imagen de guerra atraía su mirada: un joven soldado yacía en un campamento cubierto de sangre y cadáveres; una herida le cruzaba el pecho, pero su expresión era serena y triunfante, porque era un *shahid*, un mártir de la causa de Alá a quien se le abrirían las puertas del paraíso. Cada vez que lo contemplaba, Alí, con espíritu poco militar, no podía evitar pensar en las desgracias que habría dejado atrás aquel muchacho: una madre, una hermana, tal vez una esposa e hijos llorando, perdidos, desesperados. ¿Por qué no habría muerto en su lugar él, que ya no tenía nada? Luego se sobreponía, lanzaba una última mirada a esa escena fatua y,

hastiado, empezaba a rellenar impresos cuyo significado no comprendía.

Ahora que había regresado a Teherán, ya no debía tranquilizar a Simin haciéndole saber que seguía vivo, e iba muy poco a visitarla. En aquel piso lleno de muebles y recuerdos, le faltaba el aire. También lo incomodaban las escasas llamadas, en las que siempre se repetían idénticas mentiras.

—Yo bien, ¿y vosotras?

Pero nada iba bien, ni para ellas ni para él.

A sus treinta años, Alí se preguntaba qué sentido tenía su vida. Todo aquello en lo que había creído desapareció con la muerte del ayatolá Jomeini, o quizá nunca existió realmente. Desempeñaba con esfuerzo un trabajo que no le gustaba, y fingía no ver el oportunismo, la mezquindad y la corrupción que lo rodeaban. No había luchado para eso, no era por eso por lo que había sacrificado a Mariam y Ruholá. Se sentía acabado y no le importaba.

Cuando Parí lo llamaba e iba a verlo, la escuchaba con atención, agradecido por aquel momento de afecto sincero, pero se sentía muy lejos, y se sorprendía mirándola como a una desconocida. Ella, para romper su barrera de indiferencia, aludía a recuerdos de su pasado común, o le arrancaba una sonrisa con sus agudezas. Pero cualquier expresión suya se apagaba al cabo de pocos segundos.

—¿Has pensado alguna vez en irte de Irán, Shirin? —me preguntó Parí mientras me ayudaba a limpiar el despacho tras la fiesta.

Levanté la cabeza para mirarla a los ojos, pero ella estaba recogiendo los vasos del escritorio y me daba la espalda.

—No, claro que no. Es mi país, y, a pesar de todo, lo quiero.

—Pero sólo tienes una vida. ¿No crees que tu obligación es vivirla de la manera más feliz? Y me temo que eso no es posible en Irán.

—No podría ser feliz en otro lugar sabiendo que he abandonado mi tierra sumida en el caos y los problemas. Si las cosas van mal, nuestro deber es solucionarlas, no huir. Si no, ¿para qué sirve nuestra vida? ¿Nunca has leído el cuento del *Pececillo negro*?

—Exacto, un cuento. Puede que tenga razón *maman*: llegado un determinado momento, hay que dejar de luchar, cejar en nuestro empeño —reflexionó en voz baja.

Enderezó la espalda y se volvió despacio hacia mí, lanzándome una mirada de soslayo, dubitativa. Parecía que buscara mi aprobación.

—¿Te acuerdas de Zahra? —le dije, contrariada.

Zahra era una amiga nuestra de la infancia. Su hermana era secretaria en el juzgado y, en los últimos meses, había tenido ocasión de verla a menudo.

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué lo dices?

—A su hermano también lo detuvieron por pertenecer al Tudeh. Los pasdaran sospechaban que algún otro miembro de la familia estaba involucrado, y no los dejaban en paz. No tenían pruebas, pero ya sabes que eso nunca ha tenido importancia.

—¿Y el marido de Zahra? —inquirió Parí—. ¿Te acuerdas de él? Era un chico muy guapo, ancho de hombros. Era piloto militar. ¿También sospechaban de él?

—No lo sé. Y ahora eso da igual. El caso es que Zahra se sentía perseguida y espiada. Ya no podía más. Al final, decidió abandonar el país, y ahora vive en Francia.

—¿Y su marido?

—Él no se vio capaz de acompañarla para acabar de dependiente o camionero. Se están divorciando, después de diez años de matrimonio.

—Eso quiere decir que está libre —comentó Parí guiñándome un ojo.

—Me has comprendido perfectamente —dije mirándola con impaciencia—: la Revolución ha roto muchas familias, y ha llevado al país a una situación extrema. ¿Qué felicidad puede sentir Zahra lejos de su casa y de su gente, sin marido y sin familia?

Huir al extranjero no es la solución, lo sabes tan bien como yo. Debemos quedarnos y luchar.

Las palabras para defender mis ideas habían brotado espontáneas de mis labios, y me sentí orgullosa de ello. París guardó silencio y se mordió los labios.

—Conozco esa mirada. Anda, dime de qué se trata —la animé—. Quizá pueda ayudarte.

—Las cosas no me van bien en la universidad. Cuando ejecutaron a Yavad, empezaron a marginarme. Primero eran pequeños desaires, como trasladar mis clases a las aulas más incómodas u olvidarse de convocarme para las reuniones de departamento. A decir verdad —añadió con expresión irónica—, no me disgustaba disponer de una buena excusa para no tener que aguantar la misma tabarra de siempre. Pero después me impidieron ascender, redujeron los fondos para la investigación y tuve que prescindir de algunos colaboradores. Hace dos días, el director del departamento me comunicó que había asignado uno de mis cursos a un colega, y que el otro curso lo había suprimido, porque temía que yo difundiera las ideas comunistas de mi hermano en el aula. ¡Así mismo me lo dijo!

—París, *yun*, lo siento mucho, ¿por qué no me hablaste antes de ello?

—Ya tenías bastantes problemas con tu despacho nuevo. No quería provocarte más preocupaciones.

—Pues tendrías que habérmelo dicho. ¿Y piensas rendirte? —pregunté mientras pensaba qué armas teníamos para contraatacar.

—Si sólo fuera eso, creo que seguiría adelante. Pero luego están los colegas. Muchos me evitan, la mayoría finge no verme en los pasillos, algunos me han retirado el saludo. Estoy sola, no me informan de nada, no puedo hablar con nadie. Incluso mis ex alumnos se sienten incómodos cuando me ven.

Seguía mirándome de soslayo, y se regodeaba en sus pesares con una satisfacción extraña y siniestra.

—¿Por qué debo enfrentarme a todo eso? Estudié en Inglaterra, podría encontrar trabajo allí o en otra parte. ¿Qué me ata a Teherán? Abás y Yavad han muerto, Allí es un fantasma, mis únicos sobrinos viven en Estados Unidos...

—¿Y Simin? —la interrumpí, sintiendo un gran alivio al haber dado con una buena motivación—. Tu madre no soportaría perderte también a ti.

—Tienes razón, no podría resistirlo —concluyó París bajando la cabeza.

Y siguió guardando mecánicamente los vasos.

Me sentí satisfecha por esa victoria; comprendía que uno pudiera sentir la tentación de abandonar la lucha, pero el país sólo se salvaría a costa del heroísmo de todos nosotros. Comencé a enumerar todo lo que podíamos hacer para defender su puesto. Ella me escuchaba y asentía con poca convicción. Paciencia, mañana se le pasará y se mostrará más combativa, pensaba yo.

Me obstinaba en no ver la mirada rendida en los ojos de París. No quería admitir que una persona fuerte y resuelta como ella pudiera abandonar. O quizá, simplemente, sabía que, si mi amiga desistía, yo iba a perder uno de mis apoyos más sólidos y queridos.

## 23

**Largo viaje al abismo**

Tengo que hablar contigo —me susurró mi marido en la puerta del salón.

Con un movimiento de cabeza, me indicó que lo siguiera a la cocina. Eché un vistazo a las niñas, que estaban tumbadas en el sofá viendo la televisión, y me reuní con él. Ya había servido el té que tomábamos cada noche después de cenar.

—Hoy ha llegado la notificación oficial: soy el nuevo responsable de la central eléctrica. Ya sabes que, al principio, no quería aceptar el puesto, pero he pensado que, tal y como está la situación en Teherán, tal vez sea mejor que nos vayamos todos un tiempo.

Me sorprendió. Habíamos hablado de ello cuando el nombramiento aún estaba por decidir, y ambos habíamos acordado que no aceptaría.

—¿Qué significa «todos»? ¿No pensarás que las niñas y yo también debemos trasladarnos?

Asintió. Me quedé estupefacta. ¿Cómo iba a marcharme de Teherán? Me encantaba esa ciudad caótica, sucia y llena de tráfico. En cuanto me alejaba de ella, aunque sólo fuera por unos días, empezaba a sentir una profunda nostalgia. Además, ahora tenía un trabajo, mi familia y amigos vivían allí, y en Teherán todos mis días estaban llenos. Francamente, no tenía ninguna intención de trasladarme a una diminuta ciudad del norte.

—¿Y las niñas? ¿Qué pasa con la escuela? —pregunté.

—No te preocupes —respondió, y dejó la taza en la mesa—. Cambiar de escuela a mitad de curso no supone ningún problema. Además, tú tendrás más tiempo para trabajar en el libro.

No era una discusión fácil. Mi marido aprovechaba cualquier excusa para convencerme de que abandonar Teherán era la mejor decisión, y yo aprovechaba cualquier excusa para convencerlo de que no me pidiese que fuera con él. De excusa en excusa, ambos intentábamos eludir el verdadero problema.

—No es sólo la escuela. Están las clases de piano, la gimnasia, el curso de inglés. Si nos vamos ahora, puede que se retrasen en todo —objeté.

Mi marido me miró, inquieto.

—Shirin —dijo con calma—, las niñas aún son pequeñas. Ya tendrán tiempo de ponerse al día; en cambio, si nos quedásemos en Teherán...

—¿Qué? —pregunté bastante alterada.

—Nada... Temo que pueda ocurrir algo malo.

Ahora sí, por fin lo había soltado. Sin pronunciar las palabras indecibles, impensables. Desde que estalló la guerra con Irak, el régimen perseguía a editores, periodistas y escritores, o sea, a cualquiera que hiciera oír su voz mediante la palabra escrita. Todos eran enemigos, excepto quienes elogiaban directamente al Gobierno. Y, tras el fin del conflicto, la situación no había mejorado.

El blanco más fácil era la Asociación de Escritores, a la cual yo pertenecía. Los periódicos del régimen denigraban a sus miembros, y el *Kayhan* los tachó despectivamente de «viejos estrategas de café». Este calificativo, muy en boga en tiempos del sah, designaba a los refugiados que debatían acerca de la terrible situación política iraní cómodamente sentados en las cafeterías, recreándose en estériles polémicas. Algunos escritores quisieron interponer querellas por difamación, pero ningún tribunal las aceptaba, y, por supuesto, ningún periódico publicaba las réplicas ni las protestas de la Asociación.

Muy pronto, los insultos dieron paso a las acciones. En una calle de Isfahán, hallaron sin vida a un traductor muy conocido. Junto al cadáver, muy a la vista, había una botella de licor, que oficialmente fue considerada la causa de su muerte. La familia se opuso al resultado de la autopsia y pidió a un médico de confianza que examinara de nuevo el cuerpo, pero les denegaron el permiso. Los vecinos de otro traductor, Gafar Huseini, hallaron su cadáver en avanzado estado de descomposición; el diagnóstico médico fue simple: paro cardíaco. En otra ocasión un famoso escritor y profesor universitario fue atropellado por un misterioso coche que nadie pudo identificar.

El episodio más llamativo sucedió algo más tarde, cuando algunos miembros de la Asociación de Escritores fueron invitados a Armenia a un congreso sobre poesía. Yo tenía problemas familiares y decliné la invitación. Los demás alquilaron un autocar y viajaron a través de las cadenas montañosas del norte de Irán. Durante la noche, mientras todos dormían, el chófer se adentró por un camino estrecho y tortuoso a gran velocidad. El vaivén despertó a uno de los pasajeros, quien vio como el chófer abría la portezuela y saltaba al camino mientras el autocar proseguía su marcha, directo hacia un precipicio. El pasajero reaccionó con prontitud: puso el freno de mano y detuvo el vehículo justo en el borde, con las ruedas delanteras ya suspendidas en el vacío. Los escritores se apearon con cautela uno a uno, cuidando de no provocar movimientos que alterasen el precario equilibrio del autocar. No había ni rastro del chófer. Poco después, llegaron unos coches de la policía para acompañar a los viajeros a la comisaría más cercana. Al término de los interrogatorios, recomendaron a las víctimas que no hablaran con nadie del «accidente».

Tras este episodio, todos nosotros sabíamos que la muerte nos seguía como una sombra, y vivíamos en un estado de alerta continuo. Cada noche escribía minuciosamente mis planes para el día siguiente y colgaba la hoja en la nevera. Así, si me secuestraban, mi marido podría reconstruir mis movimientos. Siempre elegía trayectos largos e incómodos, y, al desplazarme, había adquirido la costumbre de ir cambiando de taxi (en Teherán funcionan como pequeños autobuses con recorridos fijos).

En realidad, pese a que tomaba muchas precauciones, nunca me había sentido realmente en peligro. Me lo impedía esa especie de presunción que nos hace decir «a mí no me ocurrirá». Mucho más tarde, comprendí lo mucho que me equivocaba.

Las ejecuciones sumarias que caracterizaron los primeros años del régimen suscitaron las protestas de la ONU, que, al fin, decidió enviar a sus representantes para verificar la situación en Irán. La medida constituía una advertencia que hacía prever sanciones muy



duras. Por toda respuesta, con el fin de dar ante la comunidad internacional la impresión de que la disidencia política no se ahogaba en sangre y, al mismo tiempo, proseguir con dicha represión, dentro de los servicios secretos iraníes se constituyó un equipo de operaciones especiales, cuyo cometido era ejecutar en silencio las condenas que los tribunales iraníes ya no podían emitir. Un comité de expertos, todos ellos representantes religiosos, estudiaba la documentación que el servicio de inteligencia había reunido sobre el acusado, tras lo cual decidía su suerte.

Si el veredicto era la muerte, intervenía el equipo, constituido por agentes adiestrados para acciones militares de alto nivel, como hacer blanco en un vehículo en movimiento a 130 kilómetros por hora. Su formación incluía, además de la capacidad de emplear cualquier tipo de arma, una obediencia ciega a las órdenes en nombre del islam, y debían estar convencidos de que matar a los disidentes o morir durante una misión les abriría las puertas del paraíso.

Así fue como, en Irán, se perpetraron más de cuatrocientos homicidios a espaldas de los occidentales. A día de hoy, y pese a que existen mil hipótesis, nadie conoce los nombres de los jueces que firmaron en secreto dichas condenas. Lo único que se sabe con certeza es que éstas se ejecutaron con la aprobación de los responsables de la «seguridad nacional».

El equipo de operaciones especiales actuaba de formas muy distintas. A veces, administraban a la víctima un supositorio de potasio, lo cual le provocaba la muerte por infarto. Otras veces, la apuñalaban y luego la descuartizaban, o la atropellaban con un coche mientras andaba por la calle. En ocasiones, secuestraban a la persona y, días después, dejaban que se encontrase el cadáver.

Los tentáculos del servicio de inteligencia llegaban hasta Europa. El 6 de agosto de 1991, Shapur Bajtiar, el último primer ministro nombrado por el sah antes de la Revolución, fue asesinado en su domicilio parisiense, donde vivía bajo escolta. El 9 de agosto de 1992, la policía descubrió en Bonn el cuerpo desmembrado de Fereidun Farrojazad, un conocido presentador y cantante iraní, hermano de la famosa poetisa Forug Farrojazad. Fereidun había criticado durante mucho tiempo a la república islámica en sus programas de televisión. En el lugar del asesinato, encontraron una camisa muy grande que no pertenecía a la víctima. En su reconstrucción de los hechos, la policía alemana declaró que, probablemente, el asesino se cambió de ropa tras cometer el crimen. El 17 de septiembre de 1992, cerca del restaurante Mykonos de Berlín, abatieron a tiros a cuatro kurdos conocidos por su oposición al régimen islámico. La policía alemana consiguió detener a uno de los terroristas, un iraní, a quien le fue impuesta una larga condena, pero lo más grave fue que, durante el proceso, se descubrió que quien había ordenado la ejecución fue el jefe de los servicios secretos, Alí Falahian, y se emitió una orden de captura internacional contra el mismo. Junto a Falahian, también reconocieron al régimen iraní como responsable del atentado.

El 23 de mayo de 1997, Seyed Mohamed Jatami fue elegido presidente de la República, cargo que ocuparía durante dos legislaturas, por un total de ocho años. Como exponente reformista del clero iraní, propició un leve giro en sentido moderado y aseguró una mayor libertad de expresión, lo cual permitió a la prensa denunciar, por fin, los delitos políticos. No obstante, tras su nombramiento, efectuado en agosto, las ejecuciones siguieron inexorablemente.

El 12 de septiembre de 1998, hallaron en sus lechos, en Kerman, los cuerpos torturados y sin vida de Hamid Haji Zadeh, docente y poeta, y de su hijo Karun, de nueve años. Haji Zadeh había criticado en reiteradas ocasiones la política de la república islámica.

El 18 de noviembre de 1998 encontraron en el desierto el cuerpo del periodista y

activista político Majid Sharif. Se había perdido su rastro unos días antes, desde que saliera de su casa de Teherán para ir a correr.

El 21 de noviembre de 1998 fueron hallados en su casa de la capital los cadáveres de Dariush Foruhar, secretario del Partido Nacionalista del Pueblo de Irán, y de su esposa, Parvaneh Foruhar, quien había participado conmigo en el congreso de Seattle sobre los derechos de la mujer. Los habían apuñalado decenas de veces y habían mutilado sus cuerpos.

El 2 de diciembre de 1998, el escritor Mohamed Mojtari fue secuestrado en plena calle, poco después de salir de casa. Al cabo de unos días, su cadáver fue hallado en una zona desértica próxima a Teherán.

También en Teherán, el 8 de diciembre de 1998, el escritor y traductor Mohamed Yafar Puyandeh desapareció tras abandonar su despacho. Su cuerpo fue encontrado cuatro días después en un barrio del sur de la ciudad.

Cuando, gracias a las denuncias en los periódicos, la opinión pública comenzó a despertar y estalló el escándalo, Jatami obligó a los responsables de seguridad a emitir un comunicado oficial, en el que se admitía que los homicidios habían sido cometidos por un sector «desviado» de los servicios secretos, una minoría que había actuado de manera autónoma y sin autorización.

Los dieciocho miembros del equipo de operaciones especiales fueron detenidos y procesados. En calidad de abogada de la acusación, yo representaba a la familia Foruhar en el caso del asesinato del secretario del Partido Nacionalista del Pueblo de Irán y de su esposa. Mientras realizaba mis investigaciones, descubrí a través de uno de los dirigentes del servicio de inteligencia iraní, ex responsable del equipo de operaciones especiales, que mi nombre era el siguiente en la lista de disidentes del régimen. Sólo que las ejecuciones se habían interrumpido debido al Ramadán y, entretanto, el presidente Jatami intervino para acabar con la situación. De no haber sido por la celebración islámica, mi nombre sería ahora uno más en la lista de víctimas de los asesinos sin rostro.

El proceso suscitó gran indignación, y toda la cúpula de los servicios secretos se vio obligada a dimitir. No obstante, eran demasiado importantes para correr la misma suerte que todos los presos políticos que se habían podrido en la cárcel o habían sido ejecutados, y, aunque los condenaron a cadena perpetua, todos fueron indultados y puestos en libertad. Más aún, al cabo de unos años, el jefe de seguridad que había tenido que dimitir obtuvo un alto cargo judicial, cargo que sigue ocupando mientras este libro está en proceso de impresión.

Todo ello sucedió en el transcurso de los años. En 1992, mientras hablaba con mi marido en la cocina, la situación todavía no era tan grave, y mi única preocupación entonces era que no quería abandonar a mis seres queridos. Me habría sentido tremendamente culpable si hubiese cambiado el valor de la amistad por mi tranquilidad. Y luego estaban mis padres; no quería separarme de ellos ahora que eran mayores y estaban enfermos. Vivíamos cerca, e iba a verlos cada día.

Presenté batalla como si mi marido fuera un adversario en un juicio, desmontando todos sus argumentos uno a uno, como un castillo de naipes. Seguí insistiendo con la escuela de las niñas, y afirmé que, para ellas, era mil veces mejor quedarse en Teherán. Le prometí que tomaría más precauciones, que dejaría de asistir a las reuniones de la Asociación de Escritores, que no concedería entrevistas a radios extranjeras y que intentaría no ofrecerle pretextos al régimen. Hice todas estas promesas y muchas más, pero mi marido seguía negando con la cabeza: estaba convencido de que la situación era

desesperada.

—¡Eres una egoísta, Shirin! Si no quieres hacerlo por ti, al menos piensa en tus hijas. ¿Qué será de las niñas si te ocurre algo? —me preguntó al fin, exasperado por la infinita discusión.

Se levantó apartando bruscamente la silla. Parecía muy decepcionado y furioso.

Tenía razón. En los últimos tiempos, incluso había recibido cartas de amenaza. Había aprendido a reconocerlas incluso antes de abrirlas, y, aunque imaginaba con antelación su contenido, siempre las abría buscando un motivo para no sentir miedo, con la esperanza de que no fueran lo que parecían: anuncios de muerte.

Las niñas se asomaron a la puerta del salón, intimidadas por nuestros gritos. Corrí a abrazarlas y oí que sus corazones latían fuerte. Las besé e inspiré su olor limpio. Y comprendí que mi marido tenía razón.

Nos marchamos a escondidas una mañana gris de invierno, sin avisar a nadie. Llevábamos poco equipaje, porque en la pequeña ciudad a la que íbamos nos aguardaba una casa equipada. Además, si por casualidad nos encontrábamos a alguien, no queríamos que descubriera que nos estábamos trasladando. Contemplaba por la ventanilla cómo íbamos dejando atrás la ciudad, y lloraba de rabia y dolor. Acababa de empezar a trabajar y ya lo había dejado. Me encerraría de nuevo en casa con mis libros, sin poder hablar siquiera con mis amigos. Odié una vez más al régimen, que me privaba incluso de mi ciudad. Mi marido me apretó la mano y me sonrió; las niñas no tardarían en despertar, y debía serenarme.

La nueva vida fue exactamente como esperaba: aburrida y frustrante. A menudo me hallaba mano sobre mano, sin saber cómo ocupar mi tiempo, y, además, me veía obligada a contar mentiras para engañar a mis amigos. Le pedimos al portero del edificio de Teherán que, por las noches, dejara encendida la luz del salón, y que dijera a quienes preguntasen que nos habíamos ido a esquiar a las montañas del norte. Cada dos días lo llamaba para saber quién había telefoneado, o si alguien había ido a casa. A menudo tenía que ponerme en contacto con mis amigos para decirles que me encontraba en Teherán, pero que estaba demasiado ocupada para asistir a las reuniones. De este modo, creía engañar a los agentes que escuchaban nuestras conversaciones. Parí me propuso que nos viésemos en varias ocasiones, comprendió que inventaba excusas para rehusar y, en tono ofendido, me dijo que la llamara cuando tuviera más tiempo libre. Me sentí muy culpable cuando colgó el teléfono.

Al comienzo de las vacaciones de verano, la situación se volvió insostenible: las niñas no sabían qué hacer en todo el día, y yo me sentía más inquieta que ellas. Mi marido propuso ir a Mashhad para unas breves vacaciones. Estábamos haciendo los preparativos cuando recibí la llamada.

—Shirin, tienes que regresar inmediatamente. *Baba* está mal.

La voz de mi hermana corría veloz sobre las palabras. Yo las iba procesando en mi mente una a una, confusas y fragmentarias —«empeorado», «grave», «poco tiempo»—, pero no lograba darles un sentido completo. Sólo percibía urgencia desde el otro lado del hilo.

Al cabo de una hora ya estábamos en camino. Tenía ganas de gritar hasta que el cielo se partiera en dos. Estaba a punto de perder a mi padre, mi maestro, el guía que, al comienzo de mi carrera como juez, me ayudaba a decidir cuando debía resolver algún caso importante, para evitar que cometiera errores graves debido a mi inexperiencia. Mi padre me había infundido confianza en mí misma, conciencia de mis derechos y fuerza para luchar por ellos. Me lo había enseñado todo. Y ahora se estaba muriendo.

Ni por un minuto pensé que pudiera estar ya muerto, que hubiesen querido ahorrarme el dolor de llorarlo sola. No me pregunté por qué no había llamado mi madre, ni por qué mi hermana estaba ya en casa. Mi angustia me impedía captar esos detalles y razonar. No obstante, cuando entré en casa de mis padres, comprendí por los ojos llenos de lágrimas de mi madre y mis hermanas, y por las ropas negras de los demás, que era tarde. Sentí que la tierra se hundía bajo mis pies, como si una sombra, surgida del abismo marino más profundo, se enredara en mis piernas para absorberme, para llevarme consigo a las tinieblas. Me desplomé en el suelo.

—¡Shirin, Shirin! —gritó mi cuñado.

Pero yo no quería recobrar el sentido. No quería volver en mí para afrontar el hecho de que mi padre ya no estaba. Más tarde, aparecieron el llanto histérico y las convulsiones. Me temblaba el cuerpo, y no conseguía detenerlo; mi cuñado me puso una inyección y, durante un rato, el sufrimiento cesó. El sedante me regaló un breve momento de olvido.

Al día siguiente, me encontraba un poco mejor. A mi lado estaba una vieja tía, una hermana de mi madre, que, en cuanto me vio despierta, empezó a soltarme el típico discurso: debía pensar en mi madre y mis hijas, en cuánto me necesitaban. Yo asentía con ímpetu, esperando que, si lograba parecer convincente, dejaría de atormentarme. Pero no, ella seguía y seguía.

—Los seres humanos se dividen en dos categorías: los que han perdido a su padre y los que, inevitablemente, lo perderán. Tú, ahora, perteneces a la primera categoría, pero lo cierto es que no hay diferencia entre la primera y la segunda. Así es que deja de sufrir e intenta aceptar las cosas como son.

Sabía que tenía razón, y percibí una sincera preocupación en su mirada. Pero me pedía demasiado. Todo cuanto veía o pensaba me recordaba a mi padre; las lágrimas empezaban a resbalar por mis mejillas y no conseguía frenarlas. Por primera vez en mi vida, decidí que luchar era inútil. Y, hasta cierto punto, me sentí liberada al rendirme ante aquel vacío que me deglutía.

En los meses siguientes, me encerré en casa, y me obstiné en no ver a nadie. No leía los periódicos, no me informaba sobre lo que ocurría fuera. Mi único consuelo eran mis hijas; pero, tras abrazarlas unos instantes, también perdía la paciencia con ellas, y las echaba de la habitación. La sombra del abismo en el que había caído aquel día, en el salón de mis padres, se había convertido en una compañía dulce y asfixiante. Cuanto más tiempo pasaba, más reconfortante hallaba el abandono.

En ese estado, fue imposible regresar a la pequeña ciudad donde trabajaba mi marido. Decidimos quedarnos en Teherán. Él dejó su puesto y encontró un nuevo trabajo. Esperaba que la cercanía de mi familia y mis amigos y, sobre todo, la posibilidad de volver a mi despacho, me rescataran. Cada mañana mi marido se aseguraba de que me levantara y esperaba a que estuviera lista para salir. Yo aguardaba a que él se fuera, y, vestida y compuesta, me tendía en el sofá. En realidad, no lo engañaba, pues él sabía que yo no estaba bien, pero confiaba en que, si seguía insistiendo, acabaría por encontrar algo capaz de estimularme.

Llegó el día de mi cumpleaños. Les dije a todos que me dejaran en paz, pero el teléfono sonó sin tregua. Levantaba el auricular sin responder y colgaba; no soportaba oírlo sonar una y otra vez. De hecho, no soportaba ningún ruido. Aquella noche, mi marido compró un pastel y cenamos los cuatro juntos, con la alegría forzada de quienes no están alegres. A mí no me gustaba fingir. Mi marido me había comprado un regalo, pero no lo quise abrir. Mi hija mayor me entregó un libro de poemas y un precioso cuaderno.

—Así podrás escribir poemas para el abuelo.

Al oír nombrar a mi padre, mi estado de ánimo, ya pésimo, estuvo a punto de sucumbir a la enésima crisis de llanto. Pero mi marido me suplicó con los ojos que me contuviera. Me mordí los labios hasta hacerlos sangrar; el dolor físico era lo único que me ayudaba a alejar el dolor del corazón.

—Yo tengo un regalo mejor —anunció mi hija pequeña, ajena a la crisis—: he compuesto una melodía, se llama *La sinfonía de Shirin*.

Se sentó ante el piano y empezó a tocar. La pieza no acababa de dar en el tono, pero ella la ejecutó concentrada y orgullosa, alzando sus manitas con la gestualidad artificiosa de los grandes pianistas. Y, por primera vez en mucho tiempo, sonreí. Era tan graciosa y se la veía tan satisfecha que solté una carcajada cálida y sonora. Ella me miró, contrariada, sin saber lo valioso que era su regalo.

La sinfonía no me curó, pero, aquella noche, pensé en cómo me había comportado en los últimos meses: había sido una estúpida al descuidar a mi marido y mis hijas; eran la razón de mi vida, y, sin ellos, me habría sentido perdida. Me aferré a ese pensamiento con todas mis fuerzas, y empecé una terapia para superar el luto con la ayuda de una psicóloga.

Mucho antes de lo que imaginaba, volví a ser la Shirin de antes, tan activa e incansable como siempre. Poco a poco, reanudé el contacto con mis amigos y asistí de nuevo a las reuniones. Los llamé a todos para preguntarles cómo estaban, y si les apetecía tomar un té. Mientras realizaba todas aquellas llamadas, comprendí que había estado aislada más tiempo del que creía. Mientras yo lloraba en soledad, Simin había muerto, fulminada por un infarto delante del televisor. Ni siquiera recordaba que alguien me lo hubiera dicho. Además, Parí había dejado Teherán para trasladarse a Londres. Ella sí, de eso estaba segura, sin avisarme.

## 24

**Recuerdos a Teherán**

Así fue como Parí y yo perdimos el contacto, pues nuestras vidas nos llevaron en direcciones opuestas. Como suele ocurrir en estos casos, me propuse llamarla muchas veces, pero siempre había algo que me retenía, y acababa posponiendo mi decisión. Sentía un rencor sordo y sin nombre en mi fuero interno. No estuvo a mi lado cuando murió mi padre, y yo tampoco la apoyé cuando falleció su madre. Sin embargo, lo que más me turbaba no era eso, sino su abandono: había dejado nuestra tierra, nuestra lucha y a mí. Se había rendido. Humanamente, comprendía por qué había dejado Irán, pero su marcha me parecía una forma egoísta e irresponsable de huir de los problemas. Nuestro deber era quedarnos y salvar el país, no sólo a nosotros mismos. Yo arriesgaba mi vida por eso cada día. ¿Quién era ella para eludir el peligro?

A finales de los años noventa, me invitaron a Oxford a un seminario sobre menores maltratados; hablaría de mi actividad de tutela de los derechos infantiles en mi país. Inglaterra me recordó de inmediato a Parí. ¿Debía llamarla o no? Dudé unos días, y luego pensé en nuestra amistad, en su familia y en todo cuanto solíamos decir de sus hermanos, quienes se obstinaron en encerrarse en sus jaulas. Me di cuenta de que yo también me había dejado llevar por mis ideas, y de que por mi estúpida obstinación podía perder a una amiga.

Pedí su número de teléfono a viejos amigos comunes. En cuanto llegué a Inglaterra, la llamé. Me sentía azorada como una chiquilla.

—Hola, Parí, soy yo —dije con voz ronca.

Silencio.

Qué boba, no le había dicho mi nombre.

—Parí, soy Shirin.

—Sí, ya lo sé, Shirin, te he reconocido. Es que no me lo esperaba.

Sonreí al notar que su voz temblaba tanto como la mía.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Yo también, gracias. Estoy en Inglaterra.

Le hablé de mis compromisos y de la conferencia. No me dejó acabar.

—Tenemos que vernos. Puedo reunirme contigo o, si te apetece, puedes venir a Londres a pasar unos días.

—Me encantaría.

Quedamos en vernos después del seminario y estaría tres días en su casa. Ella

pediría unos días de vacaciones para poder estar conmigo. Al término de la llamada, me invadió el entusiasmo; era como volver a los tiempos en que Simin se dedicaba a organizar la peregrinación a Mashhad, y París y yo pasábamos horas planeando nuestras breves vacaciones juntas.

Cuando llegué a Londres, me estaba esperando en la estación. Yo miraba ansiosamente por la ventanilla para buscarla entre la multitud. ¿Habría cambiado? Me costaba imaginarla distinta a como la había conocido, tal vez con una permanente rubia que contrastase de modo estridente con su piel aceitunada.

Las puertas chirriaron al abrirse, y me apeé del tren con impaciencia. Me puse de puntillas para superar la barrera de cabezas y peinados. Al fin la vi a lo lejos; agitaba el brazo en señal de saludo. Grité de alegría e hice el mismo gesto. Nos abrazamos largamente, y echamos a andar por el andén muy juntas, como si quisiéramos evitar el riesgo de separarnos de nuevo.

Cuando, por fin, nos separamos, la observé de pies a cabeza con suma atención. París llevaba la misma melena corta y negra; vi alguna pequeña arruga junto a los ojos y nuevos pliegues alrededor de su irónica sonrisa, pero era la misma de siempre. Vestía a la última moda, con un elegante y sobrio traje de chaqueta que resaltaba su perfecta figura. Había adelgazado mucho.

—Cada día voy a correr, y hago algún que otro sacrificio —me dijo leyéndome el pensamiento—. Lo hago para retener a éste a mi lado.

Y, con un movimiento de cabeza, señaló a un joven sonriente que nos miraba. Era muy alto y bien proporcionado, con el cabello y los ojos claros. Al contrario que París, no era elegante; vestía ropa cómoda y deportiva, un poco arrugada. Pero su mano era cálida y vigorosa, y su mirada inspiraba una confianza inmediata. Se llamaba Jack, era de madre italiana y padre inglés. Desde hacía dos años, era el compañero de París.

Cuando comprendí que vivían juntos, me dirigí a mi amiga en farsi.

—Creí que vivías sola —dije, algo contrariada—; no quiero molestaros, me iré a un hotel.

Mis palabras no turbaron a París, quien me respondió en su habitual tono burlón.

—Shirin, *yun*, ¡no seas tonta! Mi piso tiene dos dormitorios, y Jack está encantado de que vengas... ¿Verdad, Jack? —le preguntó en inglés.

Jack se limitó a asentir con la cabeza.

—Además —añadió París—, ya está decidido.

Me tomó del brazo y se dirigió a paso rápido hacia su coche.

París vivía en una bonita casa situada en un barrio residencial. Por fuera, era tan gris y monótona como todas las viviendas de la zona, pero, en el interior, todas las estancias estaban iluminadas con tonos cálidos y vivos. Cortinas, alfombras y fundas de sofás encendían la casa con varios matices entre el naranja y el rojo, y una profusión de cojines grandes y mullidos cubría las camas y los sofás. En las paredes estaban expuestas las telas de Jack, pintor de profesión.

—Si todos sus cuadros están aquí, no debe de tener muchos clientes —le dije a París bromeando.

Rompió a reír mientras Jack nos miraba sin comprender.

—Si conocieras la historia del arte, sabrías que, con muy pocas excepciones, los artistas sólo se hacen famosos cuando están muertos. Yo estoy esperando a que Jack muera para hacerme rica vendiendo sus cuadros. Por desgracia, hasta que llegue ese día, tendré que seguir trabajando para mantenernos a ambos —repuso dando un bufido.

Jack y París estaban muy enamorados. Se veía por los pequeños detalles que tenían

el uno con el otro, por los gestos y miradas que se dedicaban por sorpresa, casi a escondidas. Parí había dejado de fumar para secundar las ideas sanas de Jack, y él, cada noche, tomaba el té con ella, siguiendo la tradición iraní. Por primera vez, veía a mi amiga relajada; tras haber pasado años detrás de sus hermanos y atendiendo a su madre, me pareció que había encontrado a una persona capaz de ocuparse de ella. Lo que más me sorprendió fue comprobar que Jack era el más payaso de los dos; Parí conservaba su buen humor y su aire burlón, pero ya no se veía obligada a utilizarlos de continuo para aliviar tensiones, y dejaba que fuera él quien la hiciera reír a ella.

Cada noche cenábamos en un restaurante distinto con Jack y algunos amigos iraníes de Parí. Durante el día, vagábamos las dos solas por cafeterías, tiendas y museos. Era agradable andar despreocupadas, perdernos por las calles sin pensar en el tiempo ni la meta, disfrutar de nuestra mutua compañía y del mundo que nos rodeaba. Parí me habló mucho de su trabajo y sus colegas, entre los que se había integrado enseguida. Me describió sus últimas vacaciones, un recorrido por Europa, y las extrañas costumbres de los países que había visitado. Imprimía a todos los relatos su vena inconfundible. De pronto, comprendí cuánto la había echado de menos.

Sin embargo, aunque nos entendimos bien desde el primer momento, ninguna de las dos tocaba temas serios ni hablaba de los viejos tiempos. Éramos equilibristas, y poníamos buen cuidado en no caer al vacío, conscientes de que tal vez no hubiese una red para amortiguar el golpe. Por eso, pese a la charla y las risas, yo sentía una especie de barrera entre nosotras.

En cuanto a Jack, Parí se mostraba muy reservada. Le gustaba hablar de cómo se habían conocido, de su vida juntos, de las costumbres de él y sus manías de artista, de las diferencias entre sus formas de pensar y vivir por el hecho de proceder de dos culturas tan alejadas... Pero hablaba muy poco de su unión, de sus sentimientos y del futuro. Intenté provocar sus confidencias, pero era inútil. Un día, mientras recorríamos Hyde Park, abandoné toda cautela y le pregunté por qué no se habían casado.

—Shirin, *yun*, nunca serás una persona moderna. ¿Por qué tenemos que casarnos?

—En Irán, lo harías.

—En Irán, me vería obligada a hacerlo. Y tendría que hacer muchas otras cosas que no deseo —añadió encogiéndose de hombros—. Nada nos impide casarnos, pero, de momento, estamos bien así. No queremos todos esos vínculos estúpidos de un matrimonio convencional. ¿Comprendes?

No tuve tiempo de decirle que quizá la comprendía mejor de lo que ella creía.

—¿Crees que, si nos casáramos, nos querríamos más? —prosiguió—. ¿O que seríamos más felices?

—El matrimonio haría que vuestro vínculo fuese más sólido —balbucí—. Jack es más joven que tú, ¿no temes que, cuando seas mayor, te abandone por una chica?

—No me lo puedo creer —dijo con una mueca divertida—. En primer lugar, Jack no me dejará, porque no va a encontrar a otra tan boba que le pague todos sus gastos mientras él ensucia lienzos. En segundo lugar, si decidiera dejarme, el matrimonio no se lo impediría. Y en tercer lugar, si eso ocurre, yo encontraré a otro más joven y mejor que él. Como dicen aquí, el mar está lleno de peces.

—¿Y los hijos? ¿No queréis tener hijos? —pregunté para recuperar un tono más serio.

De pronto, su mirada se ensombreció.

—Shirin, ¿por qué crees que todos tenemos que vivir de la misma forma? ¿Por qué todo el mundo tiene que estudiar, ir a la universidad, casarse, tener hijos e intentar ser rico? Luego, cuando por fin todos consiguen ser ricos, son demasiado viejos para disfrutar de su dinero. ¿Y sabes qué ocurre cuando los hijos crecen?



—No.

—Se van de casa y llaman a papá y mamá una vez al mes, para saber cómo están. Y entonces los padres se dan cuenta de que es demasiado tarde para ellos, de que han perdido toda su vida sin obtener nada. No, querida, esa vida no es para mí. Quiero disfrutar de mi tiempo y mi dinero mientras esté viva y tenga salud. Luego moriré. Qué se le va a hacer.

Intenté decirle que estaba equivocada, que los hijos no son parásitos, sino una fuente de energía y motivación más fuerte e inagotable que ninguna otra. Le recordé que, gracias a mis hijas, logré reunir fuerzas para superar el luto por mi padre, para seguir creyendo en lo que hacía y en mí misma a lo largo de peligros y tragedias. Continué con vehemencia, acalorándome mientras hablaba. Para mí, no había argumento más estimulante que mis hijas y la enorme felicidad que me habían proporcionado. París me escuchó en silencio, andando cabizbaja. Cuando terminé mi monólogo, alzó los ojos y me miró.

—Muy bien. Antes yo también quería tener hijos, ¿qué te crees? Pero sabes muy bien cómo fue mi vida en Teherán. Sólo aquí me he sentido libre para pensar en mí misma. Y, por desgracia, ya era tarde.

Me sentí estúpida y falta de delicadeza. Sin querer, había vuelto a construir a mí alrededor la jaula de oro. ¿Cómo había osado lanzar semejante invectiva cuando ella había sufrido tanto? ¿Cómo había podido olvidar las heridas que se ocultaban tras su despreocupada sonrisa? ¿Qué sabía yo acerca de las concesiones que habría hecho para pasar de la vida perfecta que no había tenido a la felicidad que había conquistado? París siguió andando con paso rápido mientras yo permanecía inmóvil en la acera. Me apresuré a alcanzarla, sin saber qué hacer para disculparme, pero no me dio tiempo para ello. Empezó a hablar enseguida de nuestra siguiente meta, el Victoria and Albert Museum.

—La reina Victoria amaba profundamente a su marido Albert; por lo menos, eso dicen. En el museo está expuesta la colección de obras y objetos artísticos que ambos poseían. Ya verás, ella viste de negro en todos los cuadros pintados tras la muerte de su esposo. Era tradicional, como tú; en vez de buscarse a uno más joven, llevó luto el resto de su vida.

Aunque me sentía intimidada, estallé en carcajadas.

Esa noche fuimos a la ópera. Mientras admiraba el esplendor de la Royal Opera House, París no dejaba de tomarme el pelo.

—Sé que un sitio como éste no está a tu altura. Aguanta dos horas más, y luego te llevo a McDonald's.

Rompí de nuevo a reír. El día antes, habíamos pasado ante un establecimiento de comida rápida.

—¡Cuánto lo echaba de menos! —suspiré.

—Después de haberte llevado a los restaurantes más *chic* —repuso ella bromeando—, ¿no te da vergüenza decir eso?

Para nosotros, McDonald's era un lugar emblemático. En Irán, tras la Revolución islámica, todas las cadenas de establecimientos cerraron, porque se las consideraba un símbolo de la cultura estadounidense. Al principio, la gente no reparó demasiado en ello; en los restaurantes populares de cualquier ciudad iraní podían comerse hamburguesas mejores. Sin embargo, al cabo de unos años, intentaron abrir un nuevo McDonald's; los periódicos difundieron la noticia, y los jóvenes esperaban con impaciencia la inauguración. La cuestión no era la comida, sino la enésima vuelta de tuerca del régimen, que, en ese período, había impuesto nuevas restricciones, como, por ejemplo, prohibir que hombres y mujeres anduvieran juntos por la calle. La apertura del

McDonald's de Teherán fue un verdadero acontecimiento: ese día, algunos jóvenes hicieron cola durante horas para conseguir su bocadillo. Una chica declaró ante un periodista que le gustaba ese ambiente porque era como estar comiendo en una ciudad estadounidense o europea, lo mismo que cualquier otra muchacha de su edad. Al tercer día, los pasdarán clausuraron oficialmente el local. El Gobierno anunció que no iba a permitir que los símbolos del consumismo estadounidense se instalasen en Irán.

Al confesarle a París mi nostalgia no pretendía que fuéramos a cenar a McDonald's, sino decirle que echaba de menos los años de la universidad, cuando andábamos por la calle con los libros en la mano, charlando entre nosotras y con otros estudiantes; cuando un hombre sólo podía tener una esposa, y los mulás eran simples figuras religiosas; cuando no era obligatorio llevar velo, ni había asientos distintos para hombres y mujeres; cuando la Revolución, la guerra y las desgracias estaban muy lejos, y lo normal era ir al cine, divertirse, cantar y ser felices.

París me había comprendido a la perfección, pero, de todos modos, le encantaba tomarme el pelo. En cambio, Jack no podía captar todas las implicaciones y matices de cuanto decíamos, y pensó que, realmente, queríamos cenar en McDonald's, por lo cual nos miró con desaprobación.

—Si no quieres, no iremos, querido —dijo París, y lo besó.

A continuación, me dio un codazo y susurró en farsi:

—Es tan brillante como sus cuadros.

Ésa fue mi última noche en Londres. Mientras hacía la maleta, París seguía mis movimientos con lágrimas en los ojos.

—No lo olvides, dale recuerdos a Teherán. ¡Recuerdos a Teherán! —repetía.

Me volví a mirarla. Dudé un instante antes de hacerle la pregunta, pero era nuestra última oportunidad de aclarar el silencio de los últimos años.

—Si quieres tanto a Teherán, ¿por qué viniste a Londres?

—Sabía que me lo preguntarías —repuso con tristeza.

—No estás obligada a contestarme.

—Shirin, *yun* —dijo buscando las palabras adecuadas—, tú no sabes lo que pasó. En los últimos años, tú y yo nos distanciamos. Pero yo habría preferido no tener que irme de Teherán.

Se sentó en la cama, junto a mí, y empezó su relato en voz baja, mientras las lágrimas inundaban su rostro, como la noche del funeral de Abás.

La situación en la universidad se volvió insostenible. El director del departamento le dijo sin rodeos que, teniendo en cuenta los antecedentes políticos de su familia, aceptaría con mucho gusto su dimisión. París estaba aislada, pero no quiso darse por vencida y se quedó. Ya no era titular, no había fondos para sus investigaciones y, como mucho, podía hacer alguna suplencia, pero estaba decidida a no bajar la cabeza. Un día, se presentó en su despacho el mismísimo rector para decirle que ya no confiaba en ella, pues temía que pudiera desviar las jóvenes conciencias musulmanas que estudiaban medicina. Pronto se extendió el rumor de que París predicaba el marxismo en sus clases —¿qué clases, si ya no daba?—, y el comité de depuración de profesores la despidió. Ninguna otra universidad de Irán quiso contratarla.

Entonces optó por dedicarse únicamente a su ambulatorio de Teherán. París era una buena médica, y su tarifa era de las más bajas de Irán, por lo que no le faltaban pacientes.

Una mañana, cuando llegó a su consulta, encontró la puerta forzada. Habían descolgado su título de licenciada de la pared y lo habían puesto en la mesa. Sobre el

documento enmarcado, vio la cabeza cortada de un perro. La sangre se había engrumecido en el cristal, había empapado el talonario de recetas y espesas gotas habían caído por las patas de la mesa. París corrió fuera a vomitar, salió del ambulatorio y se refugió en casa, con los ojos cegados por las lágrimas. Pese a todo, al cabo de dos horas decidió que aún no era el momento de rendirse; se encaminó resueltamente a la comisaría más próxima y denunció lo ocurrido. La policía registró su consulta y redactó un informe. Los agentes ni siquiera se molestaron en tranquilizarla; le dijeron sin rodeos que poco importaba lo que hubiera hecho, pero que le convenía abandonar la ciudad. París, dirigiéndose a ellos y, sobre todo, a sí misma, replicó que no había hecho nada malo, y que no iba a dejar que la intimidaran. Cogió el título de licenciada, le puso un marco más bonito y volvió a colgarlo detrás de la mesa, frente a la puerta.

A la semana siguiente, ocurrió algo peor. Al entrar, encontró la consulta completamente patas arriba; los cristales hechos añicos, las vendas rotas y el instrumental estropeado. Habían vaciado todos los frascos de medicamentos, pisoteado las pastillas, y se veían tubos de pomada aplastados por todas partes, en el suelo y sobre los muebles. Habían quemado su título de licenciada, del que sólo quedaba una esquina entre los restos de papel carbonizado, de modo que no pudiese albergar dudas acerca del destino idéntico que la aguardaba.

—En aquel momento, decidí que mi familia ya había dado bastantes héroes a eso que llamamos 'patria'. Dejé el ambulatorio tal como estaba y me fui. Comprendí que Teherán ya no era lugar para mí. *Maman* había muerto, ¿por qué debía quedarme? Escribí a algunos hospitales de Inglaterra y encontré un buen empleo en Londres. Como ves, aunque estoy satisfecha con mi trabajo y mi vida, cada día me pregunto: ¿por qué estoy aquí? Mis pacientes y mis alumnos de Irán me necesitan más que los ingleses. Pero no tuve elección.

La abracé fuerte y me apoyé en ella. Ahora llorábamos las dos, por lo que habíamos perdido y por nosotras mismas.

—Basta, Shirin. Si lloras, yo también lloro. Cuando Jack me vea en este estado, huirá con sus cuadros —dijo París sorbiéndose la nariz.

Era su manera de frenar nuestra crisis de llanto.

—¿Por qué no vienes a Teherán la próxima primavera? ¿Te gustaría? —le pregunté en un impulso.

—Me encantaría, pero mi situación es delicada. Temo que, si regresara, quizá no podría volver a salir. Con los hermanos que tengo, mejor dicho, que tenía, podría estar en la lista de los que no tienen permiso para expatriarse. Es demasiado arriesgado —concluyó secándose las últimas lágrimas.

—Hablando de hermanos..., ¿por qué no se lo preguntas a Alí? —propuse con terquedad—. Ahora es un pez gordo de la República.

—Ya veo que no sabes nada; hemos estado mucho tiempo sin llamarnos. Alí se marchó de Irán antes que yo. No sabía dónde había ido. Cogió una maleta y lo dejó todo atrás de un día para otro. Al cabo de un mes, me envió una postal desde Francia diciendo que no me preocupara. Como si fuera tan fácil. Es el único hermano que me queda.

—¿Alí ha renunciado a su causa? —pregunté con sorpresa.

—Sí. Acabó metido en los servicios secretos, y comprobó en persona lo que ocurría. Decía que, tras la muerte del ayatolá Jomeini, todos eran unos corruptos, y que habían olvidado su objetivo. Sinceramente, siempre pensé que le costaba demasiado admitir su error, y que por eso prefería decir que la Revolución era buena y los revolucionarios, malos. Pero ahora ya no tiene importancia.

—Al menos, él salió de la jaula a tiempo.

—Espero que tengas razón. Aunque míranos ahora: de nuestra familia sólo quedamos él y yo, y ninguno de los dos puede volver a Irán. ¿De qué ha servido todo esto?

Jack nos encontró abrazadas y con los ojos hinchados, hablando sin parar. El relato de Parí había destruido la barrera, y ahora podíamos retomar nuestra antigua confianza. En la paz de aquella larga noche, nos reconciamos con nuestra juventud perdida y con las sombras de Alí, Yavad, Abás y Simin. Recordamos los buenos momentos y lloramos de nuevo los momentos tristes hasta el alba.

## 25

**Enemigo de la Revolución**

Tras mi visita a Londres, París y yo volvimos a telefonarnos de nuevo con regularidad. El coste de las llamadas internacionales no nos permitía conversaciones largas y frecuentes, pero no pasaba un mes sin que nos pusiéramos en contacto. Eran, como máximo, diez minutos de charla, pero tenían el sabor agradable y relajante de nuestras viejas confidencias ante una taza de té. Por un acuerdo tácito, nunca tocábamos temas delicados, para no entristecernos durante el breve tiempo del que disponíamos, y por temor a que mi teléfono pudiera estar intervenido.

Unos años después de nuestro encuentro, París me mandó una carta; en realidad, el nombre que aparecía como remitente era el de Jack. La abrí sorprendida, pues nunca nos escribíamos. Había cuatro o cinco páginas sobre su vida en Londres, impersonales y apresuradas; en medio, unas hojas dobladas, escritas con letra muy apretada. Me reí ante la estratagema; si la censura hubiera querido leer mi correspondencia, no se habría detenido ante un sobre cerrado.

París solicitaba mi ayuda urgentemente; una de las nuevas, infinitas oficinas del régimen la había convocado para que demostrara que seguía residiendo en Teherán, y que, por tanto, tenía derecho a conservar su vivienda. Si no se presentaba, la expropiarían, tal como le sucedió a Abás, aunque por motivos distintos. En el caso de su hermano, el Gobierno se había sentido autorizado a confiscar las propiedades de un partidario del sah; en el caso de París, en teoría, sólo debía gestionar el inmueble de una ciudadana expatriada. Tal vez esto nos dejase un margen de maniobra algo mayor.

Durante su ausencia, París le había pagado al portero para que la ayudara a demostrar que la casa seguía habitada. Cada noche, éste encendía las luces, retiraba la correspondencia, la clasificaba y se ocupaba de los recibos. Si alguien preguntaba por ella, decía que estaba de vacaciones. Parecía una estrategia eficaz, pero, al final, la habían descubierto.

Mi amiga llevaba años fuera de Irán, y en su piso no vivía nadie. Lo más asombroso era la irracionalidad del proceso de expropiación. Si una persona no está en su casa, ¿cómo pueden avisarla para que se presente en una oficina tal día a tal hora? Está claro: dejando un aviso donde no está. Siempre dan los ultimátums a quien no puede recibirlos, pues así es como logran alcanzar su objetivo y, al mismo tiempo, demostrar que han hecho todo lo posible por evitarlo. Un procedimiento en el que se apreciaba toda la hipocresía del régimen.

Al día siguiente, fui a ver al portero del edificio para que me contara cómo habían

ido las cosas. Me invitó a entrar en su casa y me ofreció algo de beber. Vivía en una pequeña habitación situada en la planta baja; en un extremo, un sofá y, enfrente, una modesta cocina de gas. Una mesa y dos sillas completaban el mobiliario. Una vieja cortina desteñida ocultaba el baño. Todo tenía un aire de pobreza y decoro, aunque un osado geranio sobresalía desde el alféizar, y sus flores rozaban una foto que debía de tener, por lo menos, cincuenta años; era el retrato de una mujer vestida de novia. Junto a ella, en otro marco, sonreía un joven con uniforme de soldado. En la esquina superior derecha, ambos marcos lucían una banda de luto.

El portero estaba desesperado. No cesaba de golpear un puño contra el otro.

—¡No sé cómo lo han hecho! ¡No tengo ni idea! Los pasdarán lo descubrieron todo por su cuenta; el otro día estuvieron aquí y me entregaron este aviso para la señora Parí. Les dije que estaba fuera por trabajo, que no sabía cuándo volvería, pero no quisieron escucharme.

Yo asentía en silencio, a la espera de una pausa entre sus palabras. Pero él seguía hablando:

—Conozco a la señora Parí desde que era una muchacha. Ayudé a su pobre madre a hacer el traslado. Unas personas tan buenas... He hecho todo lo que me dijo la señora.

El viejo no podía aceptarlo. Había sido portero toda su vida, y su vida consistía en vigilar las casas de los demás. Para él, hallarse en esa situación era mucho más que una injusticia. Comprendí que se echaba la culpa, que consideraba lo ocurrido como un fracaso personal. Cuánto honor y cuánto orgullo pisoteados por la furia y la avidez. Intenté tranquilizarlo, y le dije que mi amiga sabía que no era culpa suya. Pero él no se lo podía perdonar. Incluso se ofreció a devolver a plazos lo que Parí le había pagado por sus servicios. Sentí que se me encogía el corazón.

Esa noche hablé con Parí. Le pedí que me diera los nombres de algunos viejos amigos de Alí para poder dirigirme a ellos. Ambas sabíamos, por experiencia, que el método más eficaz para resolver un problema era obtener el apoyo de un funcionario del nuevo régimen; el amparo legal, por sí solo, no habría servido de mucho. Mi amiga me dio cinco nombres de personas influyentes que tal vez pudiesen ayudarme.

Al día siguiente, empecé a indagar. El primero de los cinco había sido víctima de un ataque bacteriológico durante la guerra contra Irak, y vivía en estado vegetativo en un sanatorio de Teherán. El segundo era embajador iraní en Kuwait, y difícilmente podría contactar con él. El tercero había renegado de su pasado para convertirse en disidente, y ahora estaba en la cárcel por haber escrito unos artículos en contra del régimen. El cuarto era diputado del Parlamento, donde se limitaba a dormir sin pretensiones y carecía de influencias. Sólo quedaba el quinto, un tal Akbar, vicesecretario del servicio de inteligencia desde hacía tiempo. Él era nuestro hombre.

Llamé a su despacho para pedir cita; pese a que su secretario fue muy amable, se limitó a decirme que se ocuparía personalmente del problema. Para poder acceder a su jefe, tuve que dar el nombre de Alí.

—Me envía él, tengo un mensaje de su parte.

Akbar me recibió al día siguiente. Una calvicie incipiente le afectaba la parte superior de la cabeza, y llevaba barba. Calzaba unas babuchas. Vestía un pantalón gris holgado y una camisa azul a cuadros, con el cuello abrochado hasta arriba. Entre los dedos sostenía un *tasbih*, una especie de rosario islámico, y en el dedo anular destacaba una gran sortija de ágata. Su aspecto era el del típico dirigente, funcionario o administrador de éxito de ese gobierno. Su apariencia exterior testimoniaba todo aquello en lo que creía, o, cuando menos, todo cuanto le convenía demostrar que creía.

Sólo me miró un instante a la cara cuando entré en el despacho. Eso tampoco era una novedad. Todos los fundamentalistas evitaban mirar los rostros de las mujeres, pues

les decían que, tal como está escrito no sé dónde, no es correcto que hombres y mujeres se miren a la cara, o, peor aún, a los ojos. Y eso no era todo. Antes de llegar al edificio, tuve que ponerme un chador negro. Sin él, ninguna mujer podía entrar en las dependencias de la Administración. Según las últimas normas, todas las mujeres, iraníes o extranjeras, musulmanas o no musulmanas, debían llevar, además del pañuelo, un sobretodo encima del pantalón. Y quien no respetara esa ley, incurría en un delito que, a buen seguro, no quedaría impune.

Cuando entré en el despacho, Akbar se levantó de su asiento para acompañarme a la parte reservada a las visitas. Un subalterno nos trajo enseguida té y pastas. En ese momento, advertí lo difícil que resulta dirigirse a alguien que te habla sin mirarte. Tras hundirse en el sillón situado frente al mío, Akbar empezó a pasear su mirada sobre todos los objetos que lo rodeaban, o por el suelo. Me costaba mucho concentrarme en lo que quería pedirle. No obstante, expuse con calma el problema, e intenté no mostrar mi irritación. Le dije que el piso de Alí y de mi amiga era la única herencia de sus padres; afirmé que sólo estaba deshabitado temporalmente, y que sus propietarios regresarían pronto. Nombré sin cesar a Alí, sus medallas, su fe y su heroísmo; obviamente, no mencioné a Yavad ni a Abás.

Akbar asentía, aburrido, y su mirada seguía vagando. Al cabo de diez minutos, me interrumpió con poca delicadeza y dijo que conocía bien a Alí desde la niñez. Me contó que habían ido juntos a la escuela, y que fueron amigos durante mucho tiempo. Cuando era pequeño, conoció también a Simin, Husein, Parí y —aquí hizo una pausa significativa— a los demás. Sabía todo lo que había que saber (y subrayó la palabra *todo*). Me sentí como una escolar cogida en falta.

Mientras Akbar hablaba, me acordé de quién era. Su padre tenía una carnicería; en aquella época, era un niño muy tímido, y recordé que, una vez, yo le había corregido una redacción.

Evocar aquellos recuerdos de infancia desbloqueó algo en su interior, y ahora parecía más relajado, más inclinado a ayudarme. Mientras tomábamos el té, dijo que podía aplazar la expropiación durante unos meses, pero que, en cualquier caso, había que encontrar una solución legal lo antes posible.

—Por eso estoy aquí —repuse.

Akbar siguió desgranando su *tasbih* con aire absorto. Luego me explicó lo que debía hacerse en «estos casos». Lo dijo así, recalcando las palabras una a una. Parecía que quisiera tomarse su tiempo.

Parí debía traspasar oficialmente la propiedad a alguien de confianza, y esta persona debía trasladarse a vivir a su casa; además, había que suscribir otro acuerdo, por separado, según el cual el nuevo titular de la vivienda declaraba que Parí era su verdadera propietaria. De este modo, Parí tomaría de nuevo posesión de su casa en cuanto regresara a Teherán. Esta solución tan complicada era la única posible; si llevaban a cabo una investigación, la persona que vivía en la casa constaría como propietaria, y, al mismo tiempo, Parí conservaría la propiedad efectiva del inmueble.

Me habría dado cabezazos en la pared por no haber pensado antes en ello. Yo era jurista, y no se me había ocurrido nada, mientras que un hombre que se pasaba el día con el *tasbih* en la mano había hallado la solución.

—Todas las leyes tienen sus cláusulas no escritas —dijo Akbar al notar mi perplejidad.

—Lo sé, soy abogada.

—Entonces, como abogada, usted sabe que esas cláusulas no escritas nos indican el modo de trampear la norma.

Me habría gustado replicar, pero decidí renunciar a ello y asentí.

—Busque a una persona de confianza para poner el piso a su nombre —concluyó—. Yo me ocuparé de retrasar la expropiación otros seis meses. Es lo máximo que puedo hacer.

Le di las gracias y me levanté. Antes de abandonar el despacho, mientras el subalterno retiraba el servicio de té y Akbar ya se había sentado tras su escritorio, recordé mi conversación con París antes de dejar Londres, cuando me contó por qué no podía volver a Irán. Los nombres de muchos profesores universitarios estaban en las listas de quienes no podían expatriarse. Ni siquiera los avisaban; de pronto, un día, se encontraban en el aeropuerto, y, en el momento de mostrar el pasaporte, los agentes les decían que no tenían permiso para abandonar el país.

—¿París puede volver a Irán? —le pregunté a Akbar a bocajarro.

El vicesecretario alzó los ojos y, por segunda vez, se vio obligado a mirarme a la cara.

—Todo el mundo puede volver a Irán —respondió, lacónico.

—Disculpe. Lo que quiero decir es que, si volviera a Irán, ¿podría Juego salir de nuevo del país?

Por su expresión contrariada, comprendí que Akbar se estaba arrepintiendo de haberme echado una mano. No dijo nada, pero consultó su ordenador. Permanecí unos minutos frente a su mesa aguardando una respuesta.

—No hay ningún problema —me confirmó—. París no está en la lista.

Exhalé un suspiro de alivio. Por fin, una buena noticia. Me despedí de Akbar en un tono de sincera gratitud y me fui aprisa. Un minuto más dentro del chador y me habría asfixiado.

París me envió unos poderes desde Londres, y yo empecé las gestiones: me puse en contacto con una vieja prima suya, a quien habíamos elegido para traspasarle la propiedad, y, junto a ella, redacté los documentos necesarios, el que había que mostrar a las autoridades y el privado. En este último se declaraba que el piso, con todo su contenido, pertenecía a París, y que su prima no poseía ningún derecho sobre dichos bienes. Deposité la escritura en mi caja fuerte, a la espera de entregársela a mi amiga.

Esa noche, por teléfono, París me dio las gracias efusivamente. Y, cuando le comuniqué que no estaba en la temida lista, afloró todo su entusiasmo. Enseguida empezó a hablar de su vuelta; cogería un mes de vacaciones y regresaría para el *Nouruz*. Así pasaríamos unos días juntas, y por fin podría abrazar de nuevo a sus viejos amigos. Su voz recuperó vigor, e ideó intrincados planes para cumplir con todos los compromisos que tenía y marcharse sin dejar nada a medias. Una inclinación al orden típica de quien ha dejado muchos lugares sin tener la certeza de poder regresar a ellos.

Al cabo de unas semanas, me llamó el secretario de Akbar para concertar una cita. La propuesta me sorprendió y alarmó: ¿qué significaba? ¿Alguna complicación? Quizá, después de todo, París estuviera en la lista y no pudiese regresar. Una noticia que, tras su breve euforia, le partiría definitivamente el corazón. Fijamos el encuentro para la semana siguiente, y viví esos días angustiada. Casi sentí alivio al volver a ponerme el odioso chador negro para dirigirme al despacho de Akbar. Al verme entrar, éste dijo que se alegraba de que la cuestión del piso hubiera quedado zanjada.

—Ahora que hemos solucionado el tema de París, ha llegado el momento de abordar el asunto de Alí —añadió, como si esto último también pudiera resolverse con un contrato privado.

Lo miré sin comprender. Sabía que Alí había dejado Irán, y que vivía en Lyon, pero nadie me había hablado con detalle de sus problemas, ni siquiera París.



—Para un hombre como Alí, que amó profundamente al imán Jomeini y luchó con valor por su patria, es una vergüenza vivir en Francia. Señora Shirin, usted y París deben convencerlo para que regrese a Irán.

—Alí es una persona adulta, en plena posesión de sus facultades mentales, y yo nunca osaría decirle dónde tiene que vivir. Además, no tengo su dirección ni su número de teléfono.

Akbar jugueteaba con su *tasbih*.

—El problema de Alí es que los contrarrevolucionarios le ofuscaron la mente. Desde que volvió a Teherán, perdió su espíritu revolucionario. Iba diciendo por ahí que, tras la muerte de Jomeini, la república islámica había tomado el camino equivocado. Por desgracia, nuestros intentos para hacerlo entrar en razón no surtieron efecto.

—¿No cree usted también que, al principio de la Revolución, todos eran más musulmanes que ahora? —espeté, sin poder evitar interrumpirlo.

A Akbar le molestaron mi interrupción y mi tono brusco. No obstante, se esforzó por no enfadarse e intentó convencerme con serenidad.

—Claro. La figura del imán tenía un valor inmenso para todos nosotros. Pero, por desgracia, él también era un hombre, y tarde o temprano tenía que dejarnos. Ahora, el ayatolá Jamenei hace todo lo que puede por Irán y por el islam. Sólo por que haya unos cuantos funcionarios corruptos no podemos dudar de todo el sistema. Y Alí estaba cuestionando las bases del régimen.

—¿Le preguntó alguna vez a Alí por qué dejó que los contrarrevolucionarios le ofuscaran la mente, como usted dice?

Akbar me miró sin ocultar su profunda desazón ante mi hostilidad. Ya era la tercera vez. Comprendí que había ido demasiado lejos, pero sus maneras autocomplacientes me enfurecían.

—Creo que Alí había perdido la fe —admitió—. Dudaba de todos y, al final, se marchó a Francia y pidió que lo considerasen un refugiado, con lo cual se difamó a sí mismo y a todos nosotros. Lo que le pido es que intente convencerlo para que vuelva. Dígale que lo recibiremos con los brazos abiertos.

Sentí como un puñetazo en el estómago. Era el temor de que sucediera algo terrible, de hallarme otra vez ante el enésimo abuso de autoridad.

—¿Y si no lo hiciera? ¿Y si no tuviera ninguna intención de convencer a Alí para que regrese? ¿El piso de París estaría de nuevo en peligró?

Esta vez, Akbar perdió la paciencia.

—No, señora Ebadi, su amiga no perderá su casa; tiene todo el derecho a seguir siendo su propietaria. Lo que nos interesa es que Alí vuelva a Irán. Y, si lo hace, se lo perdonaremos todo.

Salí muy turbada de la entrevista. La actitud de Akbar había sido serena, su tono, magnánimo, y no había salido ninguna amenaza de sus labios. Sin embargo, seguía planeando sobre mi cabeza un sombrío presagio. Desde hacía tiempo, había aprendido a fiarme de mi intuición; vivir perseguida agudiza el olfato. Desde luego, había cometido una estupidez al mencionar la casa de París. Pero ésa no era la cuestión. Y lo que tanto le interesaba a Akbar no era el alma, o la paz de espíritu, de Alí. Los servicios secretos querían que Alí regresara porque éste, como ex comandante del Ejército y ex funcionario de dichos servicios, podía desvelar los entresijos de la inteligencia iraní a los occidentales. Había visto demasiado, y sus ojos y labios debían permanecer donde el Gobierno pudiera tenerlos bajo control. Si regresaba, estaban dispuestos a perdonarle su falta de fe. Pero ¿y si no lo hacía?

Esa noche llamé a París y se lo conté todo. Le pedí que, si hablaba con Alí, me mantuviera informada, de modo que, si Akbar volvía a citarme, supiera qué debía

decirle. Se mostró muy escéptica con respecto a la posibilidad de que Alí cambiara de opinión y decidiese volver a Irán.

—No lo hará. Y, si estuviera en su lugar, yo tampoco regresaría. De todas formas, ya te diré algo. Esperemos que el tal Akbar te deje en paz.

Al cabo de unas semanas, me llamó para confirmarme que su hermano no tenía intención de volver jamás a Irán, al menos mientras existiera la república islámica. Con el fin de que los servicios secretos iraníes le perdieran la pista, Alí había entrado en un programa gubernamental francés de protección de refugiados políticos. Le dijo a Parí que no podía darle su número de teléfono ni su dirección, porque eso tal vez la pusiera en peligro. Además, en caso de que la torturasen, existía el riesgo de que facilitara esos datos. Ese último comentario sonó tan siniestro como la fingida amabilidad de Akbar.

Alí prometió que, de vez en cuando, la llamaría.

## 26

### Regreso a Teherán

Las familias iraníes celebran a la antigua usanza el *Nouruz*, el Año Nuevo persa, que coincide con el equinoccio de primavera. Preparan una mesa y colocan sobre ella el Corán, algunos platos típicos y otros objetos. Como mínimo, siete de éstos deben tener un nombre que empiece por la letra ese, *Sin* en farsi. Generalmente son un jarrón con *sonbol*, jacintos; un cuenco con *senyed*, el fruto seco del árbol del paraíso; otro cuenco con *somaq*, zumaque seco en polvo; *serkeh*, vinagre; *sib*, manzanas; *sir*, ajo; *sekeh*, monedas de oro; *sabzeh*, la hierba que crece del trigo o las lentejas germinadas; y *samanú*, una crema de cereales.

La mesa, llamada *Haft Sin*, 'de las siete eses', se deja puesta durante todo el período del *Nouruz*. A excepción del Corán, que representa el aspecto religioso de la festividad, los otros objetos simbolizan los valores de la naturaleza, la abundancia y la belleza. Cuando el año viejo da paso al nuevo, todos los miembros de la familia se reúnen en torno a la *Haft Sin* para intercambiar felicitaciones y hacer regalos a los niños. Luego empiezan las visitas a parientes y amigos; los más jóvenes deben ir a casa de los más ancianos, donde se sientan alrededor de su *Haft Sin* para intercambiar más felicitaciones y regalos.

En todo el mundo, allí donde haya una comunidad iraní, por pequeña que sea, se celebra el *Nouruz*. En Irán, hay seis días de vacaciones laborales y catorce en las escuelas y universidades, por lo cual hay tiempo suficiente para visitar a distintas personas cada día y no olvidar a ningún pariente. A menudo, esos días de vacaciones se transforman en un esfuerzo agotador, y a veces uno se encuentra a las mismas personas en varias ocasiones.

En los últimos años relativamente serenos, antes de que murieran Abás y Yavad, Simin adquirió la costumbre de celebrar el tercer día del *Nouruz* con una gran fiesta en su casa. El ágape se convirtió en etapa obligada para amigos y parientes, pues era una mujer anciana muy respetada en la comunidad, y, además, sentarse a su mesa constituía un enorme placer. Aún no había renunciado a su pasión por la cocina, y empezaba a preparar sus especialidades con una semana de antelación.

El ritual se iniciaba con la compra. Parí y Simin se dirigían a sus tiendas de confianza y encargaban carne de cordero de primera calidad; pollos de corral; el mejor arroz y el más blanco; pasas grandes, almendras y pistachos crujientes; kilos de tomates, apio, berenjenas, habas y guisantes. Los tenderos conocían a Simin desde hacía años, y esperaban impacientes su llegada, no sólo por las cantidades que encargaba, sino porque

ello confirmaba que sus comercios seguían siendo los mejores de Teherán. Todos sabían que, si un solo puñado de legumbres no hubiera satisfecho su elevado nivel de exigencia, ella habría devuelto la caja de provisiones entera sin dudarle.

Una vez hecha la compra, seguía una semana de intensos preparativos, durante la cual madre e hija reducían al mínimo cualquier actividad ajena a las cuatro paredes de la cocina. Tenían una lista detallada de tareas que cubría todas las fases de aquella prolongada elaboración. Cada fase, desde adobar las carnes hasta cocer el arroz, tenía sus reglas, y no se saltaban ninguna. Aún recuerdo el intenso olor a menta y limón que reinaba en la casa durante aquellos días, un aroma que impregnaba la ropa y los cuerpos de ambas mujeres y que dejaba un rastro a su paso.

Parí cogía vacaciones y ayudaba a su madre a tiempo completo. Cuando llegaba el *Nouruz*, las dos estaban exhaustas y tensas debido a su larga «convivencia» en la cocina, y a las continuas discusiones acerca de la cantidad adecuada de cilantro o de semillas de amapola. Cada vez que aparecía un plato en la mesa, sus caras reflejaban la inquietud que sentían ante el primer bocado. Simin se preguntaba si estaría a la altura de su fama, y Parí temía que su madre le atribuyera el fracaso de algún plato por habersele ido la mano con la menta. Simin, tan tolerante con los desatinos de sus hijos, no transigía con la desobediencia cuando se trataba de su reino, la cocina.

Tras la muerte de Abás, su madre dejó de celebrar el *Nouruz* con el pretexto del infarto, y la gran reunión en su casa quedó reducida a un recuerdo. Durante más de quince años, el piso permaneció cerrado a amigos y parientes. Desde entonces, algunos habían muerto, otros se habían trasladado y varios habían abandonado el país. Pero todos los que seguían en Teherán estaban invitados al gran banquete de Parí, organizado para rendir homenaje a su madre y su familia. Tal como había prometido, regresó a Irán poco antes de Año Nuevo. Afortunadamente, su vuelta no se vio empañada por ningún hecho nefasto, y no tuvo problemas con las autoridades. Siguiendo los pasos de Simin, encargó comida para un ejército, y pasó una semana limpiando, ordenando, cocinando y volviendo a ordenar. Nos reunió a todos el tercer día de fiesta, pero no quiso ver a nadie antes de esa fecha.

Fui al banquete con mi madre. En cuanto entramos, advertimos que nada había cambiado. La casa era la misma, decorada como siempre. Había puesto la mesa de la cocina junto a la del salón, y ambas ocupaban la mitad de la estancia. Sobre el mantel bordado, comprado para la ocasión, brillaban las velas de colores que debían proteger a cada invitado. Encontré la mía, amarilla, como siempre.

En la pared del salón estaban las fotos de Husein y Simin, colgadas en gruesos marcos de plata. Debajo, algo más pequeños, los retratos de Abás y Yavad. Sus velas estaban encendidas en una mesita aparte, como si aún estuvieran vivos.

Parí nos dispensó una cálida bienvenida. Abrazó fuerte a mi madre y le dijo algo al oído; ella acarició su media melena negra con el mismo gesto afectuoso que dedicaba a sus nietos. Mi amiga sonrió, y sus labios temblaron, pero enseguida se recobró y siguió en su papel de perfecta anfitriona. No podía defraudar a Simin.

Durante toda la cena se mostró incansable; saludaba a todo el mundo en su continuo vaivén del salón a la cocina, y decía frases sin aguardar siquiera una respuesta. No quiso que nadie la ayudara, fiel al lema de Simin según el cual los invitados son invitados y no deben trabajar. Cuando alguien le dijo que su *chelo kebab* no tenía nada que envidiar al de su madre, le brillaron los ojos de alegría.

—Todo está en su sitio —me susurró al oído, inclinada sobre mí—, como si *maman* estuviera aquí. Siempre me decía: «Parí, no quiero que la puerta de casa se cierre cuando yo muera. Te lo ruego, no quiero que me olviden». Si tú no hubieras salvado el piso, no lo habría conseguido. Gracias.

Y se alejó veloz para servir el siguiente plato.

Después de la cena, que había conseguido igualar los banquetes de Simin, Parí dedicó unas palabras a su madre. Su voz traslucía una honda emoción, y todos los presentes, con discreción, se apresuraron a buscar sus pañuelos para frenar las lágrimas que empezaban a brotar. Parí prometió que, mientras viviese, regresaría a Irán para el *Nouruz* y daría esa fiesta todos los años.

—Espero que la noticia no os entristezca —añadió dirigiéndose a una tía que lloraba a mares.

Todos nos echamos a reír y recuperamos la serenidad necesaria para recibir el nuevo año.

Mientras nos despedíamos, Parí me pidió que nos viésemos al día siguiente.

—En tu despacho —precisó.

Me pregunté qué cuestiones legales podía tener pendientes, y fijamos una hora.

Parí vino a verme acompañada de una distinguida señora a quien yo no conocía. Ésta se presentó con una espléndida cesta de rosas y claveles rojos que desprendían un aroma exquisito. Me tendió las flores con una sonrisa afable y segura. Parecía una mujer resuelta y firme; su mirada directa me gustó, aunque me intimidaba un poco.

—La felicito por el premio. Permítame ofrecerle estas flores —dijo adueñándose al instante de la conversación.

Se refería al Premio Nobel de la Paz que acababan de concederme. Le di las gracias e invité a ambas a tomar asiento. Le pedí a mi secretaria que nos trajera té bien caliente y que no nos interrumpiera bajo ningún concepto. Mi intuición me decía que me hallaba ante una visita importante. Parí se mantenía al margen, sin decir palabra. A la luz del día, la vi muy distinta a la noche anterior, cuando se había esforzado por ser la hija perfecta de Simin. Ahora parecía una mujer occidental, con las cejas depiladas, las uñas limadas a la perfección y cierta frialdad al tratar asuntos que, evidentemente, eran negocios. Sin embargo, no se trataba de dinero. Por desgracia, se trataba, una vez más, de cuerpos.

La mujer que acompañaba a Parí se presentó como Behnaz y fue directa al grano:

—Me dirijo a usted como representante de las familias de los que están enterrados en Javaran. Quisiera pedirle algo, y espero que pueda ayudarnos.

La animé a continuar con una sonrisa. Mientras hablaba, yo bebía mi té a sorbos. Su mirada intensa me inquietaba, y sentía la necesidad de mantener las manos ocupadas.

—Queremos obtener permiso para construir un monumento a nuestros difuntos, pagado de nuestro bolsillo —dijo Behnaz en tono reposado, sus ojos fijos en los míos—. Presentamos una petición a las autoridades, pero no se han dignado a respondernos.

Tras la Revolución islámica, Javaran, un vasto desierto al sur de Teherán, se convirtió en la gran fosa común, el lugar donde el régimen, tras haberlos ejecutado, enterraba a los disidentes comunistas, considerados ateos e infieles. Solían enterrarlos en masa, a escondidas y sin ningún tipo de ceremonia fúnebre; incluso prohibían a los familiares que colocasen piedras sepulcrales. En cambio, a los disidentes musulmanes los enterraban aparte, en el cementerio público de la ciudad, y, para ellos, se oficiaban ritos religiosos. Dicho de otro modo: el régimen de la República Islámica de Irán discriminaba incluso a los muertos, y me parecía evidente que no iba a permitir que levantaran un monumento en honor de unas personas ejecutadas y enterradas a escondidas.

Parí advirtió mi perplejidad y decidió intervenir.

—En vista de tu actividad y de que, con este premio, te has convertido en un personaje internacional, pensamos que podrías echarnos una mano defendiendo nuestra causa.

Hubo una larga pausa, durante la cual se agolparon muchos pensamientos en mi cabeza; me parecía una buena causa, pero también una causa perdida. Como abogada, consideraba mi obligación advertir a mi cliente, pero me preguntaba cómo debía exponer mis dudas. Y, sobre todo, me preguntaba por qué París se había involucrado en ese asunto. Luego pensé en Yavad, en su traviesa sonrisa y sus luminosos ojos oscuros, y en Abás, víctima de un mal idéntico y distinto. Y comprendí que París no había cambiado; me había equivocado al ver en ella una mirada y una actitud occidentales, propias de una mujer que había dejado atrás Irán para pasar página. En realidad, mi amiga llevaba consigo su dolor y su nostalgia, sólo que en Londres no podía dar rienda suelta a sus recuerdos. Sin embargo, en Teherán, éstos la invadían por completo, y la luz triste e impetuosa de sus ojos era la misma que ardía en los de Behnaz. Con la diferencia de que Behnaz era una mujer anciana que había permanecido en Irán, viendo morir cada día a los hijos de otras mujeres como ella, y ya no tenía nada que perder. París, por el contrario, corría el riesgo de perder definitivamente a su país, justo ahora que había conseguido regresar. En ese momento, también comprendí por qué mi amiga había decidido volver para el *Nouruz*. En honor de su madre, sí, pero también porque las familias de los muertos de Javaran se reúnen dos veces al año para conmemorar a sus seres queridos: un día de la última semana del mes de *sahrivar*, del 14 al 21 de agosto, y un día de la última semana del mes de *esfand*, del 14 al 21 de marzo, poco antes del *Nouruz*. Sin duda, París había asistido a la reunión.

Mi largo silencio empezaba a resultar molesto, y vi que mis interlocutoras habían bajado imperceptiblemente los hombros, como si se estuvieran preparando para encajar una negativa.

—Como saben, no tengo buenas relaciones con las autoridades —dije para ganar tiempo.

Behnaz sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—Esperaba que al menos usted, después del Nobel, quisiera ayudarnos. Desde luego, su intervención tendría más peso que la nuestra. De todos modos, comprendo que nuestra causa no le concierne. Disculpe que le hayamos hecho perder tiempo —repuso sin circunloquios.

Behnaz había interpretado mal mi vacilación.

—No, no es eso. Sólo quiero que sepan desde el principio que es una causa perdida. La acepto, y la llevaré adelante hasta las últimas consecuencias, pero no espero obtener nada, y ustedes tampoco deben esperar. Quiero que quede claro.

No deseaba ser más explícita ante una persona que, para mí, era una desconocida, de modo que me dirigía sobre todo a París. Y me preguntaba si ella era consciente de que el precio podía ser un exilio sin retorno. La miré con intensidad y vi que asentía ligeramente, con una tristeza infinita en el fondo de sus ojos. Entretanto, Behnaz sonrió y asintió con alivio.

—No pretendemos ganar —aseguró—, sólo queremos que nos escuchen. Eso ya significaría mucho para nosotros y nuestros seres queridos.

Y entonces se levantó para estrecharme la mano.

Acordamos los pasos que debíamos seguir y nos despedimos. Me quedé sola en mi despacho, preguntándome adónde me llevaría todo eso. Mientras pensaba en silencio, arreglé la gran cesta de rosas y claveles. Las flores iraníes, y, en general, de todo Oriente Próximo, tienen un esplendor que nunca he visto en otros lugares. En Occidente, las flores son un bonito adorno, pero en la cultura persa son algo más, tal vez por la importancia que desde hace más de 2500 años se otorga a los jardines persas. Éstos son como un espejo del mundo, un microcosmos en el que se reproduce la variedad de las formas vivas. O quizá porque, en la tradición persa, se atribuía un valor

muy especial a la vegetación, que era una metáfora de la vida eterna. Y, ya que las autoridades no permitían rendir homenajes florales a los muertos de Javaran, habría que dedicarles algo distinto, como un monumento. Aunque, probablemente, éste sólo sería una construcción hecha de palabras.

Parí me llamó esa misma tarde para darme las gracias. Percibí claramente la tensión en su voz. Algo no marchaba bien.

—Parí, *yun*, ¿qué ocurre? —le pregunté sin rodeos.

—Soy una miedica. Llegué aquí convencida de que lo lograría, y luego tiemblo como una hoja por cualquier tontería. —Vacilé un instante antes de proseguir de un tirón—: Me da miedo que me retengan en el aeropuerto. Tengo que irme pasado mañana.

No quedaba nada de la perfecta anfitriona, y tampoco de la dureza que la había sostenido en mi despacho pocas horas antes.

—¿Qué pasará si me cogen? —preguntó asustada—. Están impacientes por capturar a Alí, o sea que tal vez me detengan y me metan en la cárcel. Podrían torturarme.

La comprendía, y sabía que las visitas a Yavad habían dejado una huella indeleble en su mente. Además, yo también había vivido la experiencia de la cárcel, y habría hecho cualquier cosa para evitar que mi amiga pasara por ello. Intenté tranquilizarla, pero mis palabras sonaron vacías a mis propios oídos; sus temores no eran infundados. Quedamos en vernos esa misma noche para planificar una estrategia segura. No me veía capaz de sobrellevar yo sola la situación, y le pedí a mi marido que me acompañara; tres cabezas eran mejor que dos.

Fuimos a recoger a Parí y nos dirigimos al norte de Teherán, a un pueblo que, en otros tiempos, albergaba pequeños chalés donde veraneaban los burgueses de la ciudad, y que ahora era un suburbio de las afueras. Allí había un restaurante tranquilo, donde íbamos con frecuencia con el fin de relajarnos un poco, para huir de la rutina y el clima opresivo de la capital. Teherán es una hermosa ciudad al pie de las montañas, pero vivir en ella comporta algunos inconvenientes graves. En primer lugar, el tráfico, pues tiene más de doce millones de habitantes y está llena de coches. En segundo lugar, y por el mismo motivo, la contaminación: el aire de Teherán está tan sucio que, durante setenta días al año, las autoridades aconsejan a niños y ancianos no salir de casa. El *Nouruz* es la mejor época para visitarla. Durante las vacaciones, muchas personas se van fuera, y hay menos tráfico, porque las escuelas y las oficinas están cerradas. Así, los rincones más bonitos de Teherán salen al descubierto para ser admirados, como si, durante el resto del año, se avergonzaran de la capa de suciedad y contaminación que los oculta.

Durante la cena, hablamos de la preocupación que sentía Parí por si la arrestaban en el aeropuerto. Le dije que no tenía nada que temer, pues ese período había pasado, y todas las organizaciones internacionales conocían los trucos de la policía. Sin embargo, mi marido, que siempre ha sido más práctico que yo, tuvo una idea mejor. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil. Lo puso sobre la mesa y lo señaló.

—Cógelo —le dijo a Parí.

Mi amiga se echó a reír.

—No te entiendo. ¿Es un regalo?

La idea era la siguiente: como el móvil podía captar las voces aun estando dentro de una bolsa de mano, Parí debía llevarlo consigo al aeropuerto, llamarnos a casa en cuanto se acercase al control de pasaportes y meter el teléfono con la línea abierta en su bolso, de modo que nosotros pudiésemos oírlo todo. Si le ocurría algo, lo sabríamos al

momento y podríamos actuar con rapidez. Si informábamos a las organizaciones internacionales, al menos impediríamos que la torturaran.

Parí sonrió. La idea parecía excelente. Sólo se preocupó por el móvil.

—Y luego, ¿cómo voy a devolvértelo?

Mi marido también tenía una solución para eso. Su hermano, que vivía cerca de Londres, debía regresar a Irán la semana siguiente. Cuando llegara sana y salva a Inglaterra, Parí podía ponerse en contacto con él y darle el teléfono. Durante toda la cena no dejó de repetirme que tenía un marido muy notable, un estratega. Y muy generoso, además; aunque fingía una gran despreocupación, lo cierto era que, para un profesional como él, pasar una semana sin móvil suponía un gran trastorno. Parí y yo lo miramos con admiración, y pronto recuperamos nuestro buen humor. A partir de ese momento, nos sumergimos en nuestra charla y nuestros recuerdos, y mi marido lo soportó todo con estoicismo.

El día de su marcha, mi marido acompañó a Parí al aeropuerto, y yo me quedé en casa a la espera de noticias. Si ocurría algo, debíamos intervenir con rapidez para impedir que el rastro de mi amiga se perdiera. Cuando sonó el teléfono, respondí al momento. Parí me informó de que estaba a punto de llegar al control de pasaportes; luego metió el móvil en el bolso y yo me quedé escuchando.

El reloj de la cocina marcaba los segundos. Estaba allí desde hacía diez años, pero, hasta ese momento, jamás había reparado en el compás sordo de la manecilla. Tenía la frente perlada de sudor. Oí a Parí, mientras se acercaba y entregaba el pasaporte al encargado de los controles. El sonido era amortiguado por el bolso. Intenté imaginar al hombre. No era difícil. Debía de ser un tipo con la camisa abrochada hasta el cuello y la barba larga.

Escuché una larga pausa de silencio, el sonido de las teclas de un ordenador. Imaginé que Parí, al igual que yo, estaría conteniendo la respiración. Me pareció que las comprobaciones del hombre se prolongaban más de lo necesario. Allí, encerrada en mi cocina, mientras así con fuerza el auricular del teléfono con la mano derecha, me subió la adrenalina a más no poder. Me sentía perdida, impotente a pesar de todas nuestras precauciones.

El hombre dejó de pulsar teclas. Silencio.

—Aquí tiene su pasaporte, hermana.

Luego, de nuevo silencio. Sólo el rumor del móvil en el fondo del bolso. Después, el ruido de unas puertas correderas, un sonido de pasos apresurados, otras puertas correderas. Me llamó al cabo de una hora, desde el autobús de pista que debía conducirla hasta el avión.

Permanecí a la escucha hasta que la conexión se cortó bruscamente cuando Parí subió a bordo.

Seis horas después, en la zona de llegadas de Heathrow, el bigote de Jack asomaría entre la multitud y la llevaría a casa sana y salva.

Lo habíamos conseguido. Pero ¿qué clase de vida era ésa? ¿En qué clase de país era necesario todo aquello?



## 27

**Un monumento de arena**

Esperaba que Parí, en cuanto llegase a Londres, me telefonara para tranquilizarme con respecto a su viaje, pero no tuve noticias, ni de ella ni de Jack. Tras dos días de silencio, llamé a su casa. No hubo respuesta. Me alarmé: tal vez habían descubierto nuestro truco y la habían detenido en el avión; quizá Parí estuviese presa en algún lugar de Irán. Dejé un mensaje tras otro en su contestador, con la esperanza de que me respondiera. Entretanto, mis sospechas iban en aumento, y no conseguía dormir por las noches. Si hubiera sabido enseguida que la habían capturado, habría podido intervenir antes de que la hicieran desaparecer, pero, de este modo, no sabía dónde buscar ni a quién dirigirme. Pensé en ponerme en contacto con las organizaciones internacionales, pero me detuvo el hecho de que Jack tampoco hubiera llamado. Si Parí no hubiese llegado a Londres, él me habría informado. Me exasperaba no saber qué había ocurrido y tener las manos atadas.

Tras una semana de angustia y exasperación, recibí la ansiada llamada desde Londres. Era Jack. Me aseguró que Parí había llegado con normalidad, y se disculpó por el silencio. En ese momento, no podía hablar, pero lo haría lo antes posible. Su mensaje era lacónico y claramente evasivo. Habría deseado saber más, pero no hablaba bien inglés y me costaba expresarme. Así es que decidí posponer mis preguntas e intenté tranquilizarme mientras esperaba que mi amiga me llamara cuanto antes.

Esos días comencé a hacer gestiones con respecto al monumento a los caídos de Javaran. Para empezar a sondear el terreno, decidí llamar al despacho del alcalde para pedir una cita. Sabía que difícilmente me recibirían de forma oficial, pero quería hacer todo lo que estuviera en mis manos por esas víctimas inocentes.

Bebí un poco de té muy caliente, tomé aliento y descolgué el auricular. Di mis datos al secretario y dije, sin andarme con rodeos, que quería hablar con el alcalde. Pronuncié mi nombre muy despacio, para que quedara grabado sin posibilidad de error. Desde la otra parte del hilo hubo un instante de silencio y asombro. Luego, el secretario me explicó que, antes de nada, debía especificar cuál era mi petición, tras lo cual, si ésta concernía al ámbito municipal, me indicaría el sector competente en la materia. Y añadió que, en cualquier caso, el alcalde no estaba dispuesto a recibirme.

Expuse brevemente mi petición. El secretario hizo otra pausa, esta vez más larga.

—Presente su solicitud al Departamento de Urbanismo. Si no contraviene el plan regulador, puede que la acepten.

«Lo dudo mucho», pensé, pero no dije nada.

Escribí de inmediato una carta al Departamento de Urbanismo y pedí a uno de mis empleados que la entregara. En la alcaldía aseguraron que recibiría una respuesta al cabo de tres días, pero tuve que ir en persona para que me dijeran que aún no había contestación. Enrojecí de desprecio. ¿Qué clase de hombres eran aquéllos, que se ocultaban tras la burocracia y ni siquiera tenían valor para denegar cara a cara la petición de unas familias? Habría preferido una negativa clara y explícita; en cambio, de este modo, no podía decirles nada a Behnaz y Parí.

El asunto no terminó ahí. A la mañana siguiente, cogí el coche y fui directamente al Parlamento. En la puerta, dos guardias me impidieron seguir adelante; necesitaba un pase firmado por un diputado para poder entrar. Repuse que debía ver a los diputados de la ciudad de Teherán para una cuestión urgente, y que no tenía ningún pase, puesto que había ido hasta allí para pedirles que me recibieran. Creí que un argumento tan obvio haría sonreír a los guardias, tanto por mi impotencia como por lo absurdo de la situación. Sin embargo, los dos militares eran impermeables a la ironía y a la lógica, y se limitaron a repetir que necesitaba un pase firmado. Me alejé con profundo desaliento.

Decidí escribir al Parlamento para exponer mi petición; la envié y esperé. Al cabo de un mes, me resigné a la idea de que no me contestarían. Ni siquiera podía estar segura de que alguien hubiese recibido mi carta. Entretanto, me dirigí al Ministerio del Interior, donde un administrativo me dijo lo que yo ya sabía, es decir, que el asunto concernía a la administración municipal, y que debía preguntar allí. No habría servido de nada decir que ya había llamado a esa puerta sin resultado. No era problema del administrativo del ministerio. Con un sentimiento creciente de frustración, volví a la carga en el Ayuntamiento, y entregué la misma solicitud que iba dando vueltas inútilmente desde hacía semanas. Alguien me aseguró que tendría una respuesta en dos días. No pude contener una breve carcajada. Pese a todo, regresé al cabo de pocos días. Me dijeron que mi petición aún no había llegado al Departamento de Urbanismo, y que debía esperar tres días más. Por supuesto, jamás hubo respuesta.

Me hallaba de nuevo en el punto de partida, y cada vez estaba más desanimada. Mientras volvía a casa después de realizar la enésima gestión inútil, sentí ganas de llorar en plena calle. Entonces recordé el día en que, tras mucho buscar, había encontrado la cámara de vídeo en la celda de aislamiento, y refrené mi impulso. Ninguno de ellos merecía mis lágrimas, ni la alcaldía, ni el Parlamento, ni el Departamento de Urbanismo ni el Ministerio del Interior. No obstante, llegué a casa exhausta.

Mi marido escuchó con atención mi resumen detallado de los hechos, rió amargamente y me preguntó:

—¿Qué esperabas? ¿Creías que os dejarían levantar un monumento en la tumba de unas personas a las que fusilaron?

Desde luego, tenía razón. Yo siempre supe que me había embarcado en un proyecto desesperado. Pero nadie, incluido mi marido, entendía que no obtener respuesta era mucho peor que recibir una negativa. Ante una injusticia tan patente, al menos habría podido indignarme, denunciarla. Sin embargo, ese silencio cobarde no me dejaba ninguna opción, y nada podía apelar.

Al día siguiente, me convencí de que debía aceptar mi derrota: tendría que decirles a Parí y Behnaz que todos aquellos meses de gestiones no habían servido para nada; ni siquiera el Premio Nobel de la Paz me abrió las puertas del despacho del alcalde de Teherán, pues éste no aceptó recibirme; el monumento a las víctimas de Javaran no iba a construirse, al menos mientras Irán fuese una república islámica.

En aquella época, el alcalde de Teherán era Mahmud Ahmadineyad.

En las elecciones de 2003, los reformistas perdieron porque el gobierno moderado del presidente Jatami no logró responder a las expectativas de los iraníes. Los proyectos

anunciados durante la campaña electoral no se habían llevado a cabo, y el pueblo, cansado de promesas incumplidas, boicoteó las elecciones municipales y no concurrió a las urnas. Los fundamentalistas, que solían obtener un 15 por ciento de los votos, esta vez triunfaron sin hallar oposición. Y fue elegido alcalde de Teherán quien, dos años más tarde, sería presidente de la República Islámica de Irán. Recordemos que, bajo su mandato presidencial, la cuestión nuclear iraní se ha transformado en uno de los problemas más controvertidos de Oriente Próximo, lo cual ha provocado el riesgo de dar a Estados Unidos un motivo para invadir Irán y hacerse con el control de sus yacimientos petrolíferos. Ahmadineyad siempre busca pretextos para enfrentarse con Occidente, y ha llegado a declarar que el Estado de Israel tendría que desaparecer de la faz de la tierra.

Estaba claro que semejante alcalde no iba a recibirme y que nunca daría permiso para erigir un monumento dedicado a quienes fueron ejecutados por sus ideas políticas; era obvio que los nombres de Yavad y las demás víctimas enterradas en el desierto de Javaran jamás serían grabados en un material más perdurable que la arena. No obstante, ellos merecían que luchara con todas mis fuerzas para lograr ese objetivo, aunque, tras meses de inútiles tentativas, puertas cerradas y respuestas que nunca llegaron, no podíamos seguir engañándonos.

Me armé de valor y llamé a París. Respondió Jack, pues mi amiga no podía ponerse al aparato. Se trataba de una cuestión importante, insistí. Entonces Jack me contó el misterio que se ocultaba tras el obstinado silencio de mi amiga.

## 28

### El cielo de París

A Alí le gustaba su nueva vida, aunque fuera una vida incompleta, de refugiado esquivo y desconfiado. Desde su llegada a Francia empezó a estudiar francés con empeño, gracias a lo cual fue admitido en la Facultad de Derecho, y se trasladó a París. Asistía a clase, pero se mantenía al margen y sólo se comunicaba con los demás para lo indispensable. Era agotador recordar la cantidad de mentiras que se veía obligado a contar para sostener la fachada de su identidad ficticia, si bien el programa de protección le hacía interpretar un personaje cuyas distintas facetas siempre tenían algo en común: todas eran tristes, reservadas y solitarias. Había alquilado una habitación en los alrededores del cementerio de Père-Lachaise, en una pensión regentada por una señora mayor que se fió de sus ojos y le tomó simpatía. El lugar estaba tan próximo al cementerio que cada mañana lo despertaban las campanas, con sus tañidos pesados y largos, imposibles de ignorar.

—He encontrado a un viejo compañero de escuela —le dijo a Parí durante una de sus llamadas dominicales—. Al menos puedo hablar con alguien de vez en cuando.

A través del hilo, percibió que su hermana, desde Londres, se ponía rígida y contenía la respiración. No le había gustado esa noticia.

—¿Te fías de él? —se limitó a preguntar.

—Ciegamente —respondió Alí con seguridad.

Se cruzó con él en las proximidades de la plaza de la Bastilla, en una bocacalle saturada de restaurantes; ese día había decidido concederse un almuerzo digno de tal nombre. Fue Alí quien llamó a su amigo y se acercó. «¡Siamak!», dijo con una alegría incontenible. Siamak se volvió con rapidez, acechó a los viandantes y, tras una leve vacilación, lo reconoció. Lo invitó a su mesa, en la que estaba bebiendo un zumo de naranja, observó la calle repleta de gente y suspiró.

—Ya no me llamo Siamak. He cambiado tantas veces de nombre que ya no recuerdo cuál tengo ahora.

Había vivido un año y medio en España, donde trabajó de camarero en un restaurante muy concurrido, y hacía cinco meses que había llegado a París con una nueva identidad. Alí se sintió aliviado; su amigo vivía huyendo continuamente, y, a través de aquella existencia tan similar a la suya, tuvo la sensación de que volvía a entrar en contacto consigo mismo. Siamak, o como quiera que se llamase ahora, le hablaba con la franqueza de siempre, y eso lo tranquilizaba. Conversaron con fluidez durante una hora, hasta que Alí decidió ir a comer, solo.

—Sigamos en contacto; podríamos vernos de vez en cuando —propuso Siamak.

Alí vaciló. Las únicas personas a quienes veía con regularidad eran la anciana dueña de la pensión y los profesores de la universidad, y, para estos últimos, él no era más que un rostro moreno entre la multitud de estudiantes. Finalmente, fijó un encuentro con su viejo amigo para la semana siguiente, en la calle, sin dejarle ninguna dirección. Siamak se mostró de acuerdo, y añadió que él tampoco daba nunca sus señas y que no tenía teléfono.

Siguieron así un par de meses. Una vez a la semana, siempre en días distintos, se citaban en alguna parte y vagaban por la ciudad. La zona también cambiaba en cada encuentro. Pasearon juntos por todos los rincones de París, y descubrieron las zonas turísticas y las más recónditas e ignotas sin llamarse nunca por sus nombres, para no correr el riesgo de que alguien pudiera oírlos. Cuando hablaba por teléfono con París, Alí nunca le decía el nombre de su amigo, por temor a que el aparato estuviese intervenido y consiguieran localizar a Siamak, y, luego, tal vez a él. Debía protegerlo y protegerse. Pero mencionaba los largos paseos que daban, las conversaciones sobre sus vidas de antaño, ya sepultadas; al cabo de un tiempo, le dijo a su hermana que Siamak había estado en su casa. Rompieron el tabú de sus respectivas direcciones debido a la nueva confianza que habían adquirido, y también porque, al desvanecerse el entusiasmo de la novedad, empezaron a cansarse de las interminables caminatas por aquella ciudad extranjera. Así, se reunían en casa y jugaban al ajedrez o al *backgammon*. Esa distracción se convirtió en el centro de la semana para Alí, y era el único momento en que volvía a sentirse vivo.

Aquella tarde, Siamak fue a ver a Alí a la pensión. Saludó a la anciana, que vivía en el primer piso del mismo edificio, subió al tercero y llamó a la puerta de la habitación según un código convenido. Alí abrió enseguida. Como siempre, charlaron sobre los hechos del día, jugaron al *backgammon* y bebieron té.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo Alí.

Y miró a su amigo con la ficha en el aire, infringiendo las reglas de aquel juego tan rápido.

—Anda, juega —repuso Siamak con la mirada puesta en la ficha, impaciente.

Pero Alí puso la mano sobre el tablero.

—No, lo digo en serio. Cuando hablo contigo, es como si levantara un velo en mi alma. Como si, por unas horas, volviera a ser yo mismo.

Alí se había expresado con cierta timidez. Nunca fue un muchacho ni un hombre extrovertido, y sus últimos meses de soledad no habían contribuido a cambiarlo.

Quizá Siamak fuera igual de reservado, puesto que las palabras de Alí lo ensombrecieron. Parecía cohibido e incluso irritado por aquella repentina confianza, o por la interrupción de la partida.

—Será mejor que volvamos a empezar —masculló cogiendo los dados.

Alí, sorprendido y algo herido por su frialdad, se encerró de nuevo en sí mismo. Enderezó los hombros y se puso en pie.

—Tienes razón —asintió con sequedad, ofendido—. Pero antes voy por más té.

Cuando estaba en la puerta de la cocina, su amigo lo llamó, arrepentido por haberse mostrado tan duro.

—Alí —dijo en tono conciliador.

Y Alí se volvió, dispuesto a perdonarlo. Siamak le disparó dos veces en medio de la frente. Luego derribó de un puntapié el tablero de *backgammon* y salió.

Ésa fue la primera noticia que recibió París al volver de Teherán.

—Su hermano me dio hace tiempo su número de teléfono, y me dijo que la llamara en caso de emergencia.

Parí no sabía quién era, jamás había oído aquella voz, pero imaginó a una anciana que andaba con lentitud, con un rostro bonachón, tal como Alí la había descrito. Estaba muy nerviosa, y su relato fue parcial y entrecortado. Un chico que iba a casa con bastante frecuencia subió hacia las cinco de la tarde; después, ella creyó que habían salido juntos. Al cabo de dos días, al no ver entrar ni salir a Kadur (ése era el nombre con el que Alí se había presentado y registrado en la pensión), subió al tercer piso, donde no había más habitación que la suya. Hacia la mitad del pasillo vio unas manchas oscuras en el suelo y no fue más allá. Sólo la policía abrió aquella puerta.

Parí le dio las gracias a la señora y colgó, interrumpiendo así una retahíla de explicaciones confusas y disculpas acerca de su estado de salud, su corazón, sus nervios. Debía ir a París, reconocer el cuerpo de su hermano y organizar el funeral. Otro más. Durante unos segundos, permaneció inmóvil contemplando el teléfono. Por primera vez, al recibir una mala noticia no sintió un dolor inmediato, sino una especie de resignación sin remedio. Nadie puede resignarse así ante la muerte, pensó Parí. A menos que hayas muerto muchas veces.

Al cabo de unos días, la policía reconstruyó los hechos. Gracias a la descripción facilitada por la propietaria de la pensión, así como a las declaraciones de tenderos de la vecindad que habían visto pasar a los dos hombres en varias ocasiones, lograron identificar a Siamak. Colaboraba con la embajada iraní de París, y abandonó su empleo y Francia el mismo día en que mató a Alí. Antes de salir de Londres, Parí ya sabía que no cogerían al asesino. Y, mientras estaba en París, firmando un montón de papeles en una habitación con paredes verde oliva, no sintió siquiera un impulso de rabia o de venganza. No tenía ninguna importancia que el autor material pagase por su delito, pues el verdadero culpable, la república islámica, quedaría impune.

Cuando salió del edificio, la envolvieron las nubes bajas que se habían posado sobre la ciudad. Entornó los ojos, y recordó el momento en que había comunicado a Alí la noticia de la detención de Yavad.

—Hay tantos buenos soldados que arriesgan su vida en el frente a diario... ¿Por qué debería preocuparme más por Yavad que por ellos?

Ésas fueron sus palabras. Su hermana percibía el latido del auricular en el oído, como si estuviera a punto de explotar.

—Si lo condenan y lo ejecutan —prosiguió Alí—, será porque se lo merece. La república islámica no hace nada sin tener buenos motivos para ello.

Parí concluyó enseguida aquella conversación. No podía creer que alguien pudiera hablar así de su propio hermano, ni que Alí creyera más en Jomeini que en su familia. No concebía que la política pudiera borrar el más sólido y profundo de los afectos.

Lo más irónico era que las palabras de Alí se habían vuelto en su contra. Mi amiga pensaba obstinadamente en ello, sin fuerzas y, ahora sí, entre lágrimas, bajo el cielo grisáceo de París.

## 29

**La familia reunida**

Parí estuvo ingresada en una clínica durante meses por un grave estrés emocional que le había debilitado el cuerpo y el espíritu.

—Nada de preocupaciones —insistió el médico—. Y ninguna noticia de Irán.

Jack, como hombre enamorado que era, siguió sus indicaciones al pie de la letra. La protegió del dolor, de los recuerdos, del sufrimiento, de la rabia, y, por tanto, también de mí, a la espera de que se recobrase. Porque, de eso estaba seguro, Parí se recuperaría. Ella era así.

Jack iba a verla todos los días y estrechaba su mano fría, pensando en todas las veces que Parí, en la cama, le pedía que se las calentara. Ahora lo hacía cada día, aunque ella ya no se lo pidiera. No le pedía nada. No obstante, él intentaba que recuperase el amor por la vida y por él, y le llevaba fruta y pasteles, charlaba con alegría de nimiedades, le regalaba dibujos hechos especialmente para ella con colores vivos, y paseaban juntos por el parque de la clínica. Al principio, Parí iba en silla de ruedas; luego, él la sostenía del brazo, despacio, como si fuera una vieja. Jack adquirió la costumbre de anotar todas las anécdotas graciosas que le ocurrían en la ciudad para contárselas después una por una, esperando hacerla reír. Si no se le ocurría nada, le hablaba del tiempo, como buen inglés. Lo único que temía eran sus preguntas.

Pero mi amiga no preguntaba nada. Escuchaba, bebía té y dejaba que él guiara sus pasos. Participaba con desgana en la conversación, y a menudo se limitaba a asentir.

—Necesita tiempo —decía el médico—. Mucho tiempo y mucha paciencia —añadía observando a la mujer inmóvil, blanca en el lecho blanco.

Jack tenía tiempo y paciencia, eso no lo asustaba. Sin embargo, cada día, un instante antes de abrir la puerta de aquella habitación, lo asaltaba como un rayo el temor irracional de hallar la cama vacía, de descubrir que ella se había rendido, que su Parí no lo había logrado. Sacudía la cabeza para ahuyentar su miedo y se armaba de valor para hacer girar el tirador de la puerta. Por suerte, Parí seguía allí, viva. Aunque inmutablemente desinteresada por cuanto la rodeaba. Jack se avergonzaba de ello, pero lo cierto es que, en el momento de abandonar la clínica, no podía reprimir cierto alivio.

Parí me contó todo esto durante su segunda visita a Teherán con ocasión del *Nouruz*. Me llamó meses antes para disculparse por su largo silencio, y para invitarme a la cena que nos había prometido a todos el año anterior. Luego me pidió que nos viésemos

antes, las dos solas. Quería decirme algo.

Quedamos en la cafetería a la que solíamos ir de jóvenes, cerca de la universidad. Parí había adelgazado más aún; la otra vez lo había hecho de manera sana, y ello le había dado un aspecto vigoroso y ágil. En cambio, ahora, la nueva pérdida de peso le había afilado el rostro, y sus ojos parecían enormes. La media melena, el maquillaje y el tono eran idénticos, pero la cara era distinta. No más fea, pero sí apagada. Cuando empezó a hablar de Alí, comprendí a quién se parecía: a su madre en los últimos años, vencida por disputas y lutos. La voz de Parí dejaba entrever la misma fatiga, la misma resignación.

El médico le desaconsejó vivamente que regresara tan pronto a Teherán. Pero ella no quiso atender a razones. Había prometido la cena de *Nouruz* y mantendría su palabra. Jack la acompañó y la cuidó todo el tiempo, para asegurarse de que tomara sus medicamentos y de que no sufriera una nueva crisis. Incluso se puso a cocinar con ella.

—Por fin hace algo, el muy holgazán —bromeó Parí—. Mira lo que he tenido que sufrir para verlo entrar en la cocina.

Solté una carcajada; no por su ocurrencia, sino porque me di cuenta de que se esforzaba por hacerme reír, de que quería demostrarme y demostrarse que volvía a ser la de siempre. Comprendí que su empeño partía de la cabeza, pero no del corazón, aún no; con todo, su actitud me tranquilizó. Sabía que podía contar con la voluntad y la obstinación de Parí.

El día de la cena, me presenté en su casa muy pronto, dispuesta a ayudarla. Contrariada, me repitió que los invitados eran invitados y no debían trabajar, e intentó que me sentara en el sofá. Al final, tras súplicas y ruegos, la convencí para que, al menos, me dejase cortar las verduras.

—Sólo eso, nada más —protestó con fingida severidad—. Si no, a saber la que ibas a liar. —A continuación le dijo a Jack—: Tú vigílala, que no eche frutos secos en mi *chelo kebab*. Aún no ha aprendido cómo se hace.

—Si vuelves a repetir eso, me enfado —repuse.

Seguimos bromeando durante el resto de la tarde. Jack silbaba junto a nosotras mientras lavaba las verduras, feliz al ver a Parí tan animada. Pese a las advertencias del médico, mi amiga quería organizar una fiesta de *Nouruz* a lo grande, y lo intentó con todas sus fuerzas. Sin embargo, en cuanto abrió la puerta a los primeros invitados, fue muy evidente que no se reproduciría el clima alegre del año anterior: amigos y parientes se habían enterado hacía poco de la muerte de Alí, y el recuerdo de aquella enésima pérdida planeaba sobre nosotros como una sombra; en la mesa, los comensales se esforzaron por mantener viva la conversación, pero todos los temas se diluían en respuestas forzadas. Por primera vez desde que la conocía, Parí fue la más silenciosa. No quiso cambiarse la ropa de luto, y nos miraba con aire ausente desde el asiento que había ocupado Simin en el pasado. La cena prosiguió con dificultad, entre tímidos cumplidos y vagos murmullos, hasta que sólo se oyó el monótono entrecuchar de los cubiertos.

Parí interrumpió el silencio.

—Os agradezco que hayáis venido también este año, tras la desgracia que, una vez más, ha caído sobre mi familia. Debería decir sobre mí, porque no queda nadie más. —Aquí su voz tembló, y todos vimos que intentaba contener las lágrimas—. Creo que todos estáis enterados de que Alí ha muerto, pero quizá no sepáis cómo. Y creo que vosotros, al menos, debéis conocer la identidad de su verdadero asesino: la república islámica.

Así fue como les contó la muerte de su último hermano. Su voz discurría dulce y contenida, y llenaba el vacío que nos rodeaba. Con los ojos brillantes, pero secos, buscó



la mirada de cada uno de nosotros, para imprimir su dolor y su rabia en nuestras mentes, en nuestros corazones.

—Disculpad que os haya entristecido en este día de fiesta. Pero es la última vez. Ahora, Irán ya no puede arrebatarme nada.

Una anciana tía tuvo el impulso de levantarse y abrazarla; luego, todos los invitados, uno a uno, siguieron su ejemplo. Con cada abrazo, mi amiga recuperaba algo de su fuerza, y, en algún rincón oculto en su fuero interno, volvió a hallar, pese a todo, el vínculo profundo con su tierra y su gente.

Después de aquel gesto, los invitados se marcharon; todas sus caras reflejaban la misma expresión de afecto y conmoción. Yo me quedé para asegurarme de que Parí estaba bien, y me ofrecí para ayudarla a limpiar.

Desde donde estaba, tenía enfrente la pared con los retratos. Arriba, Husein y Simin; abajo, sus hijos. Ahora también estaba Alí, sonriente el día de su boda. No faltaba ninguno.

—La pared está llena. Esperemos que no muera nadie más: no sabría dónde colocar nuevas fotos —dijo Parí despacio.

Y se echó a reír, mientras dos gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas.

—Por lo menos, me gustaría que no hubiesen muerto tan inútilmente.

La abracé fuerte, llorando con ella.

—Alí era el pequeño —susurró tan bajo que apenas la oía—. Mi pequeño.

Luego se separó de mí, y, con un gesto resuelto, se secó las lágrimas y me preguntó por la cuestión de Javaran.

—Veo que aún no se ha construido el monumento, letrada. ¿Qué ha ocurrido?

Le hice un breve resumen de las peripecias de los últimos meses, tras las cuales Behnaz y yo, de común acuerdo, habíamos decidido renunciar al proyecto.

—¡Cómo iban a dejarnos levantar el monumento! —comentó Parí, sarcástica—. Habría sido como resarcirnos por las injusticias cometidas. Suponiendo que sea posible resarcir a alguien de semejantes monstruosidades.

Esas palabras me iluminaron. Recordé una célebre frase del sociólogo Alí Shariati, uno de los principales teóricos del islam, muerto en extrañas circunstancias un año antes de la Revolución islámica. Mucho tiempo atrás, Shariati había dicho: «Si no podéis acabar con la injusticia, dedicaos a airearla por todo el mundo».

No nos estaba permitido construir un monumento en recuerdo de Yavad y de quienes, al igual que él, fueron víctimas del régimen. Tampoco podíamos rendir homenaje a todas las familias divididas, rotas y consumidas por el odio político que la Revolución había esparcido cual viento maléfico. Pero, al menos, podíamos contarle a todo el mundo su historia, aquella tragedia que había congregado a un país entero. Le propuse a mi amiga escribirla; haría que saliese a la luz, aunque tuviera que mandarla por fax a la ONU.

Parí me miró largamente, en silencio. Luego me sonrió.

—Me encantaría que lo hicieras. Con una condición: no debes hablar sólo de Yavad; cuenta también la historia de Abás y la de Alí. A su manera, ellos también fueron víctimas de la misma injusticia. Me gustaría que sus destinos se reunieran, por lo menos en un libro.